El Viaje Hacia Adentro

Posted on ***May 24,2026*** *by* ***Néstor Martínez***

-

GENE EDWARDS

Una historia del amor transformador de Dios

De Gene Edwards, un antiguo pastor Bautista estadounidense, leí un trabajo titulado "Más Allá de lo Radical", y me fue suficiente para entender que se trata de un hombre que ha recibido un toque del Espíritu Santo mostrándole una nueva realidad dentro de la vida cristiana. Una realidad que va mucho más allá de templos, modismos, costumbres y tradiciones supuestamente doctrinarias.

Introducción

El porqué de este libro tiene su origen en un incidente que me ocurrió poco después de convertirme a Jesucristo. En la época de mi conversión yo estudiaba en la Universidad Estatal East Texas, de Commerce, Texas. Me hice miembro de la Primera Iglesia Bautista de esa ciudad y también entré a formar parte de la confraternidad estudiantil bautista, en los predios mismos del colegio universitario. ***Yo también fui miembro de una Primera Iglesia Bautista, de allí mi identificación natural con el autor. Milité quince años con Bautistas, coseché amigos fuertes y hermanos fieles en sus filas. También disentí con muchas de sus antiguas estructuras doctrinales y avalé muchas de sus posturas globales en torno al significado del Evangelio. Estimo en lo personal, que dentro de la Iglesia Bautista hay sólidos hermanos ungidos por Dios para grandes cosas y también relleno inconsistente que la perjudican y deterioran.*** Durante el verano subsiguiente a mi conversión, el Señor vino a visitar ese grupo de unos 20 estudiantes universitarios; fue un tiempo tan glorioso, que incluso ahora —pasados más de 30 años— el recuerdo de aquello todavía nos produce calofríos y lágrimas. Esa visitación duró unos tres meses, y su resplandor secundario subsecuente, alrededor de un año. Como grupo, quedamos muy unidos unos a otros y, por consiguiente, hasta donde nos era posible hacíamos todo, juntos. Algo que hicimos ese verano fue apiñarnos en un ómnibus y salir de viaje a lo desconocido, hasta el sitio de una conferencia para jóvenes, en los terrenos de la Asamblea Bautista de Ridgecrest, en Carolina del Norte. Yo cursaba mi último año en el colegio universitario y era un estudiante más bien cándido y un cristiano muy ignorante. Fue así que un día, andando sin rumbo fijo, entré en la librería bautista ubicada en esos terrenos. Al entrar en esa tienda quedé absolutamente sobrecogido por la interminable e infinita colección de libros que había allí y por la miríada de categorías en que estaban divididos. Aturdido, me acerqué a la dependiente que estaba detrás de uno de los mostradores y le pregunté: — ¿Dónde tienen los libros para cristianos nuevos? Ella me miró bastante desconcertada, consideró mi pregunta y me contestó: —Bueno, no tenemos tal sección. Y ¿En qué está interesado? —me preguntó a su

vez. Esa pregunta aún figura como una de las más incongruentes que se me hayan hecho jamás. ***No me extraña lo que Edwards relata. Personalmente siempre tuve una muy pobre impresión respecto a la mayoría de los empleados de las librerías cristianas. Parecerían ser hermanos contentos de tener un trabajo y percibir un salario por ello, pero sin la menor formación y, lo peor, disposición, para aconsejar, sugerir, recomendar o ilustrar a los incipientes o nóveles lectores concurrentes.*** Yo no tenía ni la más remota idea de qué era lo que había, en que yo pudiera estar interesado. Cuando aquella conferencia terminó, volví al colegio universitario, entré al ministerio y a continuación fui a matricularme en el seminario, donde, a lo largo de casi cuatro años, me figuro que intenté leer el contenido entero de una de las mayores bibliotecas teológicas del mundo. Han pasado tres décadas desde entonces. Supongo que durante todos estos años he leído más o menos tantos libros como cualquiera puede permitirse comprar, pedir prestado o copiar. Y en todos esos años transcurridos pasé la mayor parte de mi ministerio entre jóvenes de edad universitaria, en cuatro continentes y como en 30 países. Adondequiera que voy, sigo estando constantemente a la búsqueda de tan sólo un buen libro más para leer. En estos últimos diez años he encontrado muy, muy pocos libros que valgan la pena de leerse. Y cada vez que un cristiano nuevo me pregunta: "¿Cuáles son algunos de los buenos libros que yo pudiera leer?", todavía fracaso al intentar contestarle y me doy cuenta de que estos jóvenes no están en mejor posición en cuanto a su indagación, que como yo estaba cuando hice esa pregunta hace ya tanto tiempo. Desafortunadamente, a nosotros los cristianos más antiguos nos va tan sólo un poco mejor. Recuerdo que cierta vez me propuse aprender todo lo que pudiese en lo que a la Epístola a los Gálatas se refiere. Ordené cuanto libro se había impreso al respecto. Luego puse manos a la obra. Pero aquellos libros eran o más áridos que el Sinaí, más muertos que Adán, más aburridos que un culto de la mañana de domingo (excúseme, estimado lector, pero aún como ministro del evangelio debo confesar que nunca he hallado nada más aburrido en toda mi vida, que estar sentado en un banco de iglesia el domingo por la mañana) o tan incomprensibles como la teoría de la relatividad de Einstein. ***(Súper-Ultra-Macro coincido)*** Y este es, por desgracia, el típico menú de libros del cual nosotros los cristianos 'maduros' tenemos que almorzar. Hasta el presente todavía me pongo a leer literatura marcada 'para el cristiano nuevo', pero con gran desilusión la encuentro o bien sosa, inútil, tradicional, intelectual, vieja, superficial y fuera de propósito, o que lleva entre sus cubiertas el anatema de la erudición. Esta pregunta aún me obsesiona: "¿Dónde están los libros para los cristianos nuevos?" Es con la publicación de la presente obra que me propongo empezar a contestar esta pregunta. Si Dios me otorga su gracia, pienso escribir una serie de libros destinados a jóvenes de edad universitaria (18 a 24 años), nuevos en la fe; libros que cubran lo básico, que pongan un sólido fundamento para una vida cristiana más profunda. Además, estoy preparado para quebrantar toda regla literaria conocida —sea sagrada o secular— para hacer que estos libros sean tanto interesantes como fáciles de leer. Si logro alcanzar el objetivo que me he propuesto, estos libros serán no sólo una buena ayuda a los recién convertidos, sino que tal vez le hablarán con profundidad hasta al creyente maduro. ¿El tema que presento aquí? Bueno, podría llamarse guía del viajero, que describe lo que un joven creyente pudiera esperar encontrarse experimentalmente, en su viaje a lo largo del camino hacia la transformación. **Gene Edwards** *Quebec, Canadá*

Cris Young Portland, Maine

Bill Young Gales, Gran Bretaña

Querido tío Bill: Supongo que ya te habrás enterado de mi completo viraje en la vida. Tuve realmente una experiencia bastante abrumadora con el Señor. Pero eso fue hace varios meses. Perdóname por no haberte escrito para decírtelo. Ahora déjame ir al grano. No te voy a preguntar: "¿Por qué sufren los hombres?" o "¿Por qué un Dios amante permite el

sufrimiento en su creación?" Bueno, podría haberte preguntado esto la semana pasada, pero esta semana me siento un poco mejor. Tío Bill, la verdad es que estoy experimentando mi primer encuentro con el cincel de Dios, después de meses de conocer su paz, su amor y su gozo. Quisiera que, si no es pedirte mucho, me escribas con toda sinceridad exactamente qué parte tendrá el sufrimiento en mi vida en los próximos cuarenta o cincuenta años. Eso es todo. Pero si insertas algunos 'porqués', te aseguro que no me ofenderé. **Tu sobrino y hermano Cris** ***Convengamos que esta es una pregunta que, a varios años de la autoría de este libro, todavía muchos cristianos se siguen formulando y, si pueden, formulándosela a aquellos que ellos estiman están por encima en unción, jerarquía y prestigio. No le hace; la carencia de respuestas sólidas, sigue siendo el común denominador de hombrecillos, hombres y "hombrazos" del evangelio.***

Bill Young Gales, Gran Bretaña

Cris Young Portland, Maine

Querido Cris: Sí, tu mamá me escribió y me contó que has recibido la vida del Señor. ¡Maravilloso! En cuanto a escribirte, me has pillado en el momento perfecto. ¡Estoy enfermo, en cama! Puede que tenga que pasarme semanas aquí. De hecho, con el tiempo quizá hasta tenga que operarme. Cris, esto es lo que voy a tratar de hacer —entre gruñidos y gemidos te voy a ir garabateando notas. Luego, las recogeré periódicamente y te las mandaré en montones. Espero ir trabajando en un manuscrito sobre el tema del sufrimiento, pero dudo que lo termine antes que pasen años; no obstante, si logro dar forma a parte del mismo, puede que te mande un borrador de él. Pero, para empezar, el manuscrito requiere muchísimo trabajo, de modo que dame un poco de tiempo para esa posibilidad. Comenzaré las cartas de inmediato. Gózate en el Señor. Ese primer par de años como cristiano son algunos de los más memorables de la vida. **Tu hermano en El Ungido, Tío Bill**

PARTE I

Capítulo 1

Cris Young era cristiano desde hacía tan sólo muy poco tiempo... y estaba muy triste. Las lágrimas le corrían libremente por el rostro. Sus sollozos eran profundos. Estaba sentado en su cama, y su cabeza era un remolino de preguntas. El cuartito dormitorio del colegio universitario era pequeño y el pasillo estaba desacostumbradamente tranquilo, aun para una tarde de domingo. Cris hundió la cara entre las manos y sollozó sin poder contenerse, seguro de que no había nadie por allí que pudiese oírlo. Por último se calmó, sintiéndose físicamente muy cansado como para seguir llorando. Por un largo rato permaneció sentado en silencio, hasta que lo misterioso mismo del silencio empezó a molestarlo. De repente Cris se dio cuenta de que no quería abrir los ojos. Tenía miedo de hacerlo —tenía la sobrecogedora sensación de que su cama se hallaba al borde de como una sima... y que alguien estaba de pie en el cuarto. De alguna manera Cris sabía qué era lo que vería cuando abriese los ojos. Estaba seguro de que la habitación se había desvanecido... y si abría los ojos, penetraría con la vista directamente en la eternidad. Sin abrir los ojos, Cris levantó la cabeza. — ¿Dónde estoy, y quién eres? —preguntó. —Ven, —respondió una voz tranquila y discreta. —Ven; contestaré tus preguntas... conforme puedan

ser contestadas. Cris echó atrás la sábana y al fin se atrevió a entreabrir los ojos. El universo había desaparecido; la creación entera y todo átomo de ella... no estaban. Con los ojos aún no del todo abiertos, el joven Cristiano se aventuró a preguntar otra vez: — ¿Dónde estamos? —Antes — ¿Antes? —Antes de todas las cosas. Antes de todo. Antes de cualquier cosa. Antes de la inexistencia. Al oír eso, Cristiano Young acabó de abrir los ojos. La cama había desaparecido. Alguien estaba parado detrás de él. Delante de él no había ni día ni noche, ni tiempo ni espacio. Delante de él había una ausencia de todas las cosas. Entonces Cris dio la vuelta y vio una criatura no muy distinta de un hombre; con todo, ciertamente no era un hombre. Cris estuvo a punto de preguntar lo obvio, pero la respuesta llegó más rápido que la pregunta. —Yo soy Mensajero. Ven. —Por favor, ¿dónde estamos? —preguntó de nuevo el joven, seguro de que esta vez recibiría respuesta. Mensajero estaba vestido de algo blanco que irradiaba una suave luz, y su figura era tan sólo parcialmente discernible en ese resplandor; sin embargo, Cris pudo ver que Mensajero tenía la mano levantada y estaba señalando. —Por aquí. Viajaremos por aquí —dijo al empezar los dos a moverse penetrando en la ausencia de tinieblas que se entendía delante de ellos. —Nosotros somos todo lo que hay. Ni el tiempo, ni la eternidad, ni la creación han comenzado todavía. Y aun nosotros no somos más que forasteros aquí. Y esto solamente por un momento. Cris no habló, pero lo siguió. Ni palabras ni pensamientos parecían apropiados al avanzar los dos a través de aquel extraño progenitor de las tinieblas. — ¿Qué es aquella luz allá adelante? —preguntó abruptamente Cristiano muy asombrado, porque parecía que nada en absoluto podía existir allí. —Tú has preguntado: "¿Por qué todo este sufrimiento? ¿Qué propósito tiene? ¿Por qué se permite que haya?" —dijo Mensajero, al tiempo que se volvía del todo para encarar al joven. Incómodo y bastante inseguro de sí mismo, como si hubiese causado un gran problema con sus preguntas, Cris balbuceó una respuesta: —Sí; pero esas preguntas no son enteramente mías. Yo estoy tomando esta clase... y... —Cristiano paró de hablar; esas palabras parecían absurdas allí. —Me siento confuso —agregó en forma más realista. —Entonces, avancemos hacia aquella luz. Allí encontrarás una respuesta. Quizás no sea la respuesta a tus... o sus... preguntas. Pero hallarás... Mensajero hizo una pausa y miró directamente a los ojos del joven Cristiano. —Nos hallamos en el borde. Estamos muy cerca del principio. — ¿Es aquella luz... éste... el principio? —No. Aquello es algo anterior al principio. Anterior a los ángeles, anterior a las regiones celestes, anterior a todos los ámbitos. Anterior al hombre, a la tierra, a los cielos, al tiempo y al espacio. Anterior a todo. A todo, excepto el sufrimiento y el dolor. — ¿El sufrimiento y el dolor están aquí? ¿Antes de nada? —Antes de nada —dijo Mensajero, y su voz se desvanecía. Los pasos de Mensajero se habían hecho lentos e inseguros. Justamente delante de ellos había una luz, como la que un farol de la calle pudiera producir. —Puedes ir tú solo. No tengo deseos de ver aquello que está allí... no dos veces —dijo Mensajero con una voz casi fría. —Un poco más allá de esa luz, hay algo más ahí afuera. ¿No hay allí una frontera? —preguntó Cris. —No —contestó Mensajero. —No hay nada más, ni puede haber, hasta que haya primero aquello... —Mensajero señaló otra vez en dirección de la luz. —Aquello debió ser antes de todas las cosas. Aquello y el dolor, aquello y el sufrimiento fueron aun antes de los principios... ni podía haber habido nada... excepto... —Mensajero se calló. Con cautela, Cristiano siguió adelante. Evidentemente había algo tendido allí afuera delante de él. — ¡Oh, no! ¡Oh, no! —gritó Cristiano. — ¡No! ¡No! ¡Por favor! ¡No! —gritó de nuevo al caer de rodillas. Justamente delante de él, tendido en un charco de sangre, yacía la figura fría, muerta o inmolada de un cordero blanco como la nieve. Porque Él fue inmolado desde antes de la fundación del mundo.

Capítulo 2

—Ah, en éste lugar hace mucho calor —dijo Cristiano en un tono fatigado. —Estás en el sureste de Palestina. —Aquello, por allí, es una ciudad, ¿Cierto? —Sí; pero para nuestro propósito no necesitamos entrar en ella. Aquel montón de estiércol allí es nuestro destino. — ¡Un estercolero! ¿Dónde he oído hablar de eso antes? —Cristiano quedó pensativo un momento, y luego exclamó: — ¡Un estercolero! Sí, Job. ¿Veré a Job? Mensajero no contestó, sino que avanzó

decididamente hacia el montón de hediondez. Finalmente, habló otra vez: —Es a este lugar a donde se traen las cosas muertas. — ¿Sacarán a Job a este lugar? Pero si él no estaba muerto. —Como si lo hubiera estado —contestó Mensajero con voz serena. —Pero no, no verás a Job sentado sobre este montón. Todo eso es del pasado. Job está bien; él ha sido plenamente restablecido en cuanto a salud y prosperidad. Cristiano quedó pasmado por un breve momento. Había algo en esa pizca de noticia que tenía tremenda importancia, y él estaba tratando de comprenderlo. Lentamente empezó a hablar: —Si yo pudiese encontrarme con Job, con el Job restablecido, podría hablar tal vez con el único hombre de la historia que podría explicarme el sentido del sufrimiento... al menos del suyo. Mensajero ignoró las palabras de Cristiano y siguió tan sólo mirando fijamente el estercolero. Entonces Cristiano fue a su lado y se puso a mirar junto con él. —Qué lugar tan horrendo para ser tirado allí —observó finalmente Cristiano. Luego, pensando que esa afirmación no había sido una muy adecuada expresión de sus sentimientos, movió la cabeza y dijo: —Con razón se habla de la paciencia de Job. — ¿La paciencia de quién...? —preguntó alguien desde atrás. —De Job —dijo Cristiano con espontaneidad al volverse. —Y ¿quién eres tú? —añadió. —Pues, Job. Ningún otro. ¿Y quién dijo que yo tenía paciencia? —preguntó riéndose. —Job, el acaparador más grande del mundo, se acerca más a la verdad. — ¿Tú eres Job? ¡Pero tú eres demasiado joven para ser Job! —Oh, sí incluyeses también a la Sra. de Job en esa apreciación, ¡Los dos te estaríamos muy agradecidos! — ¿Viviste realmente sobre este... estercolero? —Oh, sí —dijo Job haciendo un movimiento abarcativo con la mano, al tiempo que echó a andar con pasos rápidos hacia el montón de estiércol. —Permíteme mostrarte mi segundo hogar. No es ni aproximadamente tan primoroso como era el primero. Diciendo esto, Job subió como una tromba por la loma de estiércol, siguiéndolo Cristiano con pasos vacilantes. — ¿Qué aprendiste respecto del sufrimiento mientras... vivías aquí? —preguntó Cristiano. Obviamente sorprendido con que alguien se interesara en eso, Job miró al joven de hito en hito por un largo rato. —Cocodrilos. Eso fue lo que aprendí. ¡Cocodrilos! — ¿Qué? –dijo Cristiano, mirando por un momento de modo muy parecido a un niñito. —Cocodrilos. Dios el Señor creó los cocodrilos. No fui yo. Para añadir insulto, creó al cocodrilo antes de crearme a mí. Ni tuvo el menor problema en crearlo sin consultarme en lo que respecta a su diseño, su color o el propósito de crearlo. De hecho, Él tiene que explicarme todavía por qué se atrevió a crear semejante monstruosidad... o para qué propósito se supone que sirva esa criatura bestial... ¡Para ninguno en absoluto, creo yo! —¿Qué tienen que ver los cocodrilos con... que hayas perdido todo en la tierra... y que hayas venido a parar aquí arriba? —Nada. Absolutamente nada. Excepto esto: Parece que nuestro Señor ve el crear los cocodrilos y el decretar los desastres humanos, más o menos con el mismo desdén respecto a los consejos de afuera... y asimismo ¡Sin dar la más mínima explicación, podría añadir yo! Suavizando un poco el estilo exuberante que obviamente estaba disfrutando, Job bajó la voz: —Mira, hijo —continuó, —parece que tenemos un Dios que tiene suprema confianza en su propio discernimiento. Y no puede ser persuadido a que demuestre mucho interés en explicarse. Según parece, Él se reserva su consejo; y no se perturba en lo más mínimo porque nosotros nos perturbamos con respecto a que Él no se perturba. — ¿Es eso todo lo que aprendiste? Quiero decir, después de todo lo que pasaste. —Eso es todo –respondió Job con determinación... y empezó a alejarse caminando. — ¿Nada más? —preguntó Cristiano levantando la voz. —Nada más, —replicó Job sin volverse. —Pero —dijo, levantando el índice en un gesto de descubrimiento, —no necesité aprender nada más. Yo lo vi, a Él. Obtener respuestas a las preguntas parece algo bastante mezquino comparado con haberlo visto, a Él. Job siguió caminando. Cristiano sabía que no oiría nada más acerca de ese asunto, al menos no de parte de Job. Pero para su sorpresa, Job se volvió de nuevo y exclamó: —Simplemente me muero por contarle a mi esposa tu chiste de mí. Sé que le encantará. También les gustará a mis amigos. ‘La paciencia de Job’... —su voz se perdió en una risa. Cristiano permaneció parado allí por un largo rato. — ¡Vaya! —exclamó entonces. — ¡Es difícil creer que ése era el hombre que Satanás persiguió con tanta violencia! —Shhh, —dijo Mensajero. — ¡Él no sabe nada de eso! — ¿De veras? —preguntó Cristiano muy asombrado. — ¿Quieres decir... ¿¡Nada!? —Nada —replicó Mensajero. —Muchas de las tragedias de la vida... y de sus alegrías... tienen su origen, y su explicación, en lugares invisibles. —Y por razones desconocidas —murmuró Cristiano. ***El fundamentalismo podrá argumentar que sólo es hipótesis, que nada ni nadie puede probar o comprobar que esto fue así, como ha sido relatado en esta semi-ficción. De acuerdo, pero no me digas que no te hizo pensar respecto a las innecesarias, desubicadas y hasta pretenciosamente vanidosas preguntas que a veces nos hemos atrevido a formularle a nuestro Dios***

Capítulo 3

—Será mejor que no indagues en lo que concierne al nombre de este hombre, al menos no al principio. Simplemente visítalo por un momento, eso será suficiente —dijo Mensajero cuando se acercaban a una gran tienda negra que parecía estar sobrecargada por el calor abrasador. La solapa de la tienda se encontraba abierta y Cristiano ansiaba escapar del quemante sol. — ¡Hola! —dijo Cristiano más bien pausadamente al observar al anciano que estaba sentado delante de él. —Siéntate —respondió la voz del anciano. Por un largo rato los dos permanecieron sentados en silencio. Finalmente, sintiéndose ya incómodo con el silencio, Cristiano observó: —No estoy seguro de exactamente por qué estoy aquí. —Ni tampoco lo estoy yo —dijo el anciano con una ligerísima vibración en su voz. —Bueno, mi señor, veamos: ¿Has estado enfermo alguna vez como para estar sentado sobre un estercolero esperando morir? —No puedo decir que lo haya estado —respondió él. — ¿Salud delicada, tal vez? —siguió preguntando Cristiano. —No: nunca —replicó el anciano, tratando valerosamente de ser servicial. — ¿Y otros en tu familia? —Nooo —canturreó el anciano caballero. — ¡El hecho es que todos en mi familia tienden a vivir hasta una edad tremendamente avanzada! — ¿Guerras, epidemias? ¿Algo como eso? —Bastante menos que la mayoría de la gente que conozco —contestó alegremente. — ¿Tragedias? — ¿Tragedias? —dijo el anciano pensativamente. —Supongo que no. No. Ninguna tragedia personal grande. Oh, una vez trabajé para un tío mío que era terriblemente intratable. Pero no hubo ninguna tragedia. Cristiano se recostó hacia atrás sintiéndose completamente frustrado. Miró hacia la solapa de la entrada esperando recibir alguna señal de Mensajero, a quien —no era de sorprender— no se lo veía en ninguna parte. Cristiano consideró que debía irse ya. Perder de vista a Mensajero era bastante enervante. Poniéndose de pie, Cristiano dijo medio aturdido: —Creo que mejor me voy. El anciano se inclinó hacia delante y empezó a levantarse con gran esfuerzo. Enseguida entró un siervo y lo ayudó a ponerse en pie, viéndose entonces que tenía el cuerpo grotescamente retorcido. —Oh, estás... estás... —Cristiano se esforzó por hallar un substituto a la palabra ‘contrahecho’. —Estás lisiado —exclamó finalmente. —Así que lo estoy —dijo el anciano con fingida sorpresa. — ¡Así que lo estoy! —Y después de unos momentos de arrastrar su pierna seca a través del recinto, el anciano se puso al lado del joven a la entrada de la tienda. Allí afuera estaba Mensajero. Por un momento, los ojos de Mensajero y los del patriarca quedaron clavados unos en los otros. —Tú has estado en esta tienda antes, ¿Verdad? —inquirió el anciano. —Sí; en varias ocasiones. Una vez fue para visitar a tu anciano abuelo y... —Sí; ya sé. Tú eres Mensajero. —Entonces volviéndose hacia Cristiano, le dijo alegremente: —eres muy afortunado, pues hasta donde sé, éste no saber luchar. Cristiano miró primero a uno, luego al otro, buscando un indicio que aclarase su evidente confusión. —Señor mío, antes de irme... tu cadera: ¿Es algo reciente? —Déjame pensar —dijo el anciano juiciosamente. —No; según recuerdo, eso me sucedió hace mucho tiempo. —Adiós, Príncipe —dijo Mensajero al anciano. —Adiós —respondió con voz carrasposa y gastada el anciano. —No he aprendido nada —dijo Cristiano a Mensajero en tono como de protesta cuando se alejaba caminando. —Nunca ha estado enfermo, ni nada así como Job. Este es sencillamente un anciano piadoso que tiene la cadera lisiada. La... la... ¡un momento! —exclamó Cristiano al volverse rápidamente. —Señor mío, ¿Cómo te lesionaste esa cadera? —Un ángel me hizo este favor —fue la deleitable respuesta del anciano. Mensajero puso la mano en el hombro de Cristiano y susurró: —El sufrimiento, el quebrantamiento y el dolor vienen al hombre de muchas maneras. Caminaron por una corta distancia, pero Cristiano sintió que Mensajero tenía algo más que decir. Finalmente, todavía hablando en un susurro y sin quitar la vista para nada de un montón lejano en que la tenía clavada, Mensajero añadió... casi como al viento: —Le tomó a Dios, con toda su buena voluntad, casi una vida entera quebrantar a este hombre, y aun entonces... sólo cuando lo tocó en el punto más fuerte de su vida.

He oído en más de una ocasión a fieles aunque un tanto inconscientes hermanos pedirle al Señor en oración, que los quebrante. No es malo el pedido, porque evidencia fidelidad y deseos de servir hasta la última consecuencia. Sin embargo, también me ha tocado ver que muchos de los que así oraron en su momento, luego se han derrumbado estrepitosamente ante la primera señal de ese mínimo quebrantamiento.

Capítulo 4

La hediondez del calabozo egipcio era nauseante. Cristiano apoyó una mano contra la viscosa pared del oscuro pasillo, pero de inmediato la retiró con repugnancia. Tapándose la boca y la nariz con la otra mano, avanzó detrás de Mensajero dando traspiés, pasando frente a una celda tras otra de criaturas humanas inmundas y espantosas que nadie podía atreverse a llamar hombres. Al final de ese pavoroso calabozo había una última celda. —Aquí —dijo Mensajero. — ¿Ves a ese hombre? Está aquí injustamente. Con una voluntad casi insoportable, Cristiano miró horrorizado el cuadro que tenía delante: una figura sucia y desgreñada. — ¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí? —preguntó Cristiano vivamente consciente de que la figura que tenía delante pudiera no estar en condiciones de hablar. Entonces Cristiano se volvió para repetir su pregunta a Mensajero: —¿Mensajero, quién es él? —Un futuro gobernador de Egipto, segundo después de Faraón —respondió Mensajero con palabras suaves, pronunciadas en voz muy baja para que el prisionero no lo oyese. —Entonces, ¿por qué se encuentra aquí? —exclamó Cristiano. Se oyó un gruñido, seguido de la trabajosa respiración del cautivo de esa celda. Ellos pensaron mal contra mí, Pero Él lo encaminó a bien.

Capítulo 5

—Espera aquí —ordenó Mensajero. Cristiano se detuvo y miró hacia abajo. Se encontraban sobre un angosto saliente, a gran altura en la ladera de una montaña. Allí, debajo de sus pies, se extendía un escarpado precipicio. Suspiró y se recostó de espaldas, apoyándose firmemente contra la falda de la montaña. — ¿Quién va por allí? —gritó alguien, atemorizado. —Un amigo —respondió Mensajero con voz tranquila. Cristiano avanzó un poco más, de lado, esforzándose por vislumbrar el misterioso encuentro que tenía lugar a unos metros de él, tras una vuelta del saliente que quedaba fuera de su vista. No se le permitía ver la escena de ese encuentro. Cristiano podía tan sólo escuchar. — ¿Eres de la corte del rey? —se oyó la segunda pregunta. —No de esta tierra —fue la firma respuesta de Mensajero. —Entonces ¿Quién eres? —Un amigo. — ¿Cómo me encontraste? ¿Saben otros de este sitio? —Tu secreto es solamente nuestro, y así seguirá siendo. — ¿Qué quieres de mí? —la pregunta tenía un tono ligeramente más confiado. —Hace unos momentos, cuando nos aproximábamos, tú estabas cantando, ¿no es así? –preguntó Mensajero al hombre que permanecía agazapado frente a una pequeña cueva que había en la falda del saliente. —Sí; lo hago con frecuencia. No hay muchas cosas más que yo pueda hacer aquí además de eso. —Pero seguro que tienes alguna otra razón aparte de ésa. —Cosas que siento aquí, muy hondo dentro de mí. Y a menudo las escribo. —El contenido de ese zurrón de piel de cabra que está allí junto a ti, ¿Son tus escritos? —Sí, además de algo de carne curada. — ¿Me puedes prestar el zurrón un momento? Traigo conmigo un joven amigo a quien deseo mostrarle tus escritos. —Eres una persona extraña... con una petición extraña —dijo el hombre al alcanzarle a Mensajero aquel cuarteado zurrón de piel de cabra. —Te los devolveré en un momento —le dijo Mensajero al volverse, caminando sin esfuerzo alguno a lo largo del estrecho saliente hacia Cristiano. —Tengo una buena razón para pedirte que mires estos escritos —dijo Mensajero a Cristiano, en tanto que le alcanzaba el zurrón. — ¿Aquí? ¿En este saliente? ¿Ahora? —preguntó Cristiano con incredulidad. —Ese hombre que está allí, a la vuelta de la esquina, vive en este saliente, joven Cristiano. Además, dudo mucho que te vayas a caer. —Lee —continuó Mensajero en un inequívoco tono de mando. Cristiano se equilibró cuidadosamente al sentarse en forma precaria, en cuclillas, delante del abierto zurrón de rollos escritos. Uno por uno los fue abriendo y leyendo. Al principio leyó cada rollo enteramente. Pero bien pronto ya no hacía más que desenrollarlos un poco, echándoles un vistazo a las primeras líneas y volviendo a meterlos en la bolsa. Cristiano metió el último rollo de vuelta en el zurrón, se puso de pie y miró de hito en hito a Mensajero. —Es el libro de los Salmos entero —declaró, mirando a Mensajero en busca de algún indicio de explicación. —No. No todo. Tal vez un tercio. — ¿Por qué me los has mostrado? —Por ninguna

razón de importancia que digamos —respondió Mensajero al levantar el zurrón. —Si bien —añadió al volverse, casi como reconsiderando, —pensé que pudiera interesarte ver la sala de arte en que fueron escritos.

Capítulo 6

—Nos encontramos en la época de Salomón —dijo Mensajero. —Este lugar está cerca de la ciudad de Dios, pero nuestro destino es aquella cantera. Cristiano y Mensajero empezaron a descender por la empinada ladera de la colina. Al ir bajando, Cris vislumbró una cercana meseta en que, al parecer, había esparcidas una innumerable cantidad de enormes piedras. Más allá de la meseta había como una inmensa oquedad de donde, obviamente, aquellas grandes piedras habían sido sacadas. Al pasar cerca de las desparramadas piedras, Cristiano trató de verlas por encima, pero se dio cuenta de que ésa era una tarea escasamente posible. Cada piedra se encontraba en una diferente etapa de terminación. Algunas eran todavía unas informes masas de roca, otras ya eran inmensos rectángulos, toscos y mellados. Otras más estaban finamente pulidas por una o dos caras, en tanto que todavía eran ásperas en las otras. Algunas estaban terminadas, con las seis caras perfectamente labradas, dos de ellas pulidas. Siguieron caminando, pasando entre cientos, tal vez miles de piedras. Cristiano empezó a preguntarse dónde estarían todos los operarios, y estaba a punto de inquirir, cuando de pronto llegaron al borde del gigantesco hueco. Era el sitio de un cerro que había habido allí, ahora un vasto foso, donde se cortaban las piedras de la roca. Allí, en la cantera misma, había varios centenares de trabajadores. Justamente entonces estaban arrancando de las entrañas de la montaña una tosca piedra. Por largo rato Mensajero y Cristiano se quedaron observando cómo aquellos trabajadores y canteros ponían en práctica su habilidad para llevar aquel burdo trozo de roca al terreno más elevado. —Después que se corta y se saca la piedra de la roca, se la arrastra aquí a terreno llano. Luego la cortan a un tamaño exacto predeterminado, la cincelan con herramientas grandes y burdas hasta que llega a tener un aspecto de forma. Luego la trabajan con cinceles más finos. —Mensajero hizo una pausa, miró a Cristiano y prosiguió: —A continuación la alisan burdamente, luego finamente y, por último la pulen. Cristiano no respondió, aunque obviamente estaba escuchando con seriedad para estar seguro de que entendía cualquier significado oculto. —Cuando el cantero termina su tarea, la piedra labrada no tiene imperfecciones. Entonces la lleva a una ciudad distante, a un sitio de construcción. Todas estas piedras serán llevadas a esa ciudad. Cada una está destinada a ser colocada en un lugar ya predeterminado. Es interesante, Cristiano, que cuando ocurre esto, cada piedra encaja perfectamente en su lugar. —Mensajero hizo otra pausa, luego prosiguió: —De hecho, encajan tan perfectamente, que parecen ser una sola piedra. —Una piedra. ¿Una piedra? —musitó Cristiano observando esa interminable colección de miles de piedras y pedazos de roca. —Una —repitió. — ¿Qué clase de edificio va a ser ese? ¿Algún tipo de santuario? —preguntó Cristiano. —No —dijo Mensajero mirando por arriba una de las piedras ya terminadas. —No; una casa. Podrías llamarla un hogar. Me referiría a ella como un hogar. Un lugar para que alguien viva en él. Esto es, alguien y su familia. — ¿Un rey? —Sí; supongo que podrías llamarlo así. — ¡Pero aquí hay suficientes piedras como para construir una ciudad! Una ciudad grande, bien grande —protestó Cristiano. —Eres muy observador —respondió Mensajero. —Oh, una cosa más —continuó, caminando hacia la piedra más próxima a Cristiano. Allí se inclinó y recogió una maceta y un cincel. — ¿Puedes oír los canteros? Están empezando a volver a su trabajo por ese lado. ¿Oyes los mazazos? ¿Los cinceles? —Un día, cuando todas estas piedras estén completas y terminadas, serán llevadas al sitio, cerca de la casa. Allí serán pasadas por una puerta, y de allí, llevadas al sitio mismo de la construcción... donde las piedras serán ensambladas. —Ahora Mensajero bajó la voz y prosiguió despacio, como para hacer bien claro este detalle: —Ensambladas, para formar una casa... casi como una gigantesca piedra. —Como quiera que sea, joven Cristiano, en aquel lugar, por aquel lado de la puerta, no habrá más martillos, ni cinceles, ni trabajo alguno de cantero. Es aquí, ahora, por este lado del sitio de la construcción, donde todo corte, cincelado, alisado y pulido deben tener lugar. — ¡Aquí! No allí. Todo mazazo, todo golpe de herramientas, todo cincelazo y todo alisamiento y pulido... ¡se hacen aquí! —Es el plan del

Maestro Arquitecto, que toda la labor de transformar burdos trozos de roca en pulidas piedras que ajusten en forma perfecta, se realice en la cantera. Allí, ahí, más allá de este lugar, al otro lado de esa puerta, tendrá lugar únicamente el ensamblaje de lo que se ha hecho aquí. —Mensajero, estoy confuso. Entiendo lo que acabas de decir, de veras que lo entiendo. Pero me siento confundido en cuanto al tamaño de la casa de ese rey. Aquí hay bastantes piedras como para construir una casa del tamaño de una metrópoli. —Tienes mucha razón —respondió Mensajero, en tanto que levantaba ambas manos. —Esta casa en particular es grande. Bastante grande como para ser una ciudad, porque será una casa en que va a vivir Dios. ***No soy un erudito en ejemplos, de allí que experimento sana admiración por consiervos que los utilizan con una amplitud y precisión que impide equivocarse en lo que se escucha o lee. Este es un ejemplo. Sabíamos que somos piedras vivas, pero explicado así como Gene lo detalla, resulta tan fresco y esclarecedor que muy difícilmente alguien podría argumentar ignorarlo, luego.*** Y, en misterios que están más allá de tu limitado entendimiento, esta casa es una mujer, esa mujer es una desposada y esa desposada vendrá a ser una esposa. La esposa del rey. —Ahora, te mostraré aún otra cantera. Al decir esto, Mensajero dejó caer los brazos como alguien podría dejar caer las cortinas de un escenario. Súbitamente todo se puso negro como alquitrán.

Capítulo 7

— ¡Atiza! —exclamó Cristiano con gran asombro. — ¡Estamos en el espacio exterior! —Cierto, joven Cristiano. Ahora, vuélvete despacito. Mira cuidadosamente detrás y debajo de ti. Pero no te asustes. No te vas a caer. — ¡No puedo creerlo! Aquélla es la tierra. Es como si yo estuviera parado en una plataforma espacial... que no está aquí. Mensajero no hizo caso de las exclamaciones de Cristiano. —Es un misterio, este asunto —reflexionó Mensajero, musitando casi como para sí mismo. — ¿Qué? —preguntó Cristiano, en tanto que la incertidumbre de su andar se reflejaba en la inestabilidad de su voz. —Allí está la verdadera cantera —dijo Mensajero, señalando a la tierra. Tú estás allá abajo en alguna parte, siendo cincelado por Dios, por los hombres y por las circunstancias. Pero no eres tú solo. Todo creyente que haya vivido jamás, los que vivieron antes de la visitación de Él y los que todavía están por venir. Un día, todos ustedes serán levantados y sacados de esta cantera a través de aquella puerta. Cristiano se volvió rápidamente hacia la dirección que Mensajero estaba señalando, pero no vio nada. —Entonces no se oirán macetazos, porque todo eso se hace en la cantera. Ni van a estar allí los creyentes como una perpetua colección de piedras labradas. Sino que conjuntamente serán ensamblados en un lugar, como uno, en uno. Una ciudad viviente. La desposada. La Nueva Jerusalén. —Nosotros que vivimos allí —de nuevo Mensajero señaló hacia la puerta que no estaba, —estamos esperando ese día con una gran expectación. —Cristiano, hay un solo lugar donde aprenderás a seguir al Señor, a adorarlo, a obedecerlo, a amarlo. Una sola oportunidad de ser transformado en su imagen. Ese lugar es allí. El tiempo... tu vida, tal vez unos setenta años. Cristiano no dijo nada, sino sólo miraba al distante planeta allá abajo. Finalmente, susurró: —Una cantera. Vivo en medio de una cantera. Llamada Tierra. Mensajero puso la mano firmemente en el hombro de Cristiano al tiempo que le decía con voz suave: —Los pétalos de rosa que caen sobre una piedra, nunca han hecho de ella una piedra preciosa. Tampoco el gozo continuo ha producido nunca un... transformado... —Comprendo —respondió Cristiano. —Magnífico —dijo Mensajero. Siguió una larga pausa. Cuando Mensajero habló de nuevo, fue con un presagio que hizo que Cristiano sintiese un escalofrío: —Ahora tenemos que volver a la tierra. Estaremos en un lugar que yo preferiría ni visitar y ni siquiera considerar. Ven, Cristiano, pero estate prevenido, porque en ese lugar yo sirvo de muy pobre compañía.

Capítulo 8

Cristiano se encontraba parado sobre el techo de tejas de una casa de alguna antigua ciudad. De cierta manera él sabía que por alguna razón en particular él estaba parado en ese lugar, de cara hacia aquella dirección. —Nunca he sentido

nada como esto en mi vida —dijo Cristiano. —Como si el aire estuviera saturado de maldad y de peligro. Con una voz que casi rezumaba juicio, Mensajero respondió: —No estaremos mucho tiempo aquí, Cristiano. Hay desventajas que se hallan en el dominio del tiempo y del espacio. —Estás parado en un lugar donde el pecado, la perversidad, la muerte e incluso el infierno han convergido. Cristiano, estás en Jerusalén... en el día más negro de su historia. —Jerusalén —susurró Cristiano con temor reverente. —Pero no es la ciudad lo que nos ha traído aquí. Es allí, hacia el norte, al otro lado del muro. —No puedo ver nada. Es demasiado lejos. Además, por allí se está poniendo negro como la noche. —Es mejor que no estemos demasiado cerca de ese lugar maldito. Además, no es necesario que veas, sino sólo que escuches. En ese instante se oyó un penetrante grito de angustia que llegó hasta las entrañas de Cristiano, estremeciendo cada célula de su ser. Mensajero cruzó los brazos sobre su rostro y cayó de rodillas. Instintivamente, Cristiano se tapó la cara con ambas manos. Los dos quedaron sumidos en una sensación de pesar agonizante e insoportable. Aquella colina quedó cubierta de espesa negrura. La tierra empezó a sacudirse en ondas. El techo en que estaban parados comenzó a derrumbarse. —Mensajero, por favor, sácanos de este lugar. Yo no pertenezco aquí. Puedo sentirlo, no pertenezco aquí. Por favor. Mensajero permaneció allí, inmóvil, con los ojos clavados en forma directa e inexorable en los aterrorizados ojos de Cristiano. Este percibió desagrado en todo el ser de Mensajero. —Joven mortal —dijo Mensajero con una voz que habría amenazado a un arcángel. —Tan fácilmente te pones descontento con Dios porque no entiendes sus propósitos en ti. Tú, que incluso has considerado la idea de desagrado hacia un Dios que no da explicaciones con respecto a sus propósitos. Escucha ahora, joven mortal, y entiende... que ni siquiera el Hijo de Dios fue eximido del desamparo de Dios. Luego, ¿Lo serás tú? —Hace un momento murió tu Salvador —continuó Mensajero. —Murió como la encarnación del pecado, sorbido en la iniquidad de toda la humanidad. En el frenesí final de ese alud, hasta Él se sintió inseguro. — ¿Inseguro de qué? — ¿De qué? De todo. —Mensajero hizo una pausa. Al proseguir hablando, sus ojos ardían como llamas de fuego: — ¿De qué, Cristiano? De esto: Él estaba inseguro de que se levantaría de entre los muertos. Sin incertidumbre, sin preguntas no contestadas, no hay cosa tal como la cruz. ***Me pregunto cuántos cristianos, hoy, y no estoy hablando de los tibios o los débiles, sino de aquellos que hacen gala de gran fortaleza y fe, de pronto se sienten invadidos por esa sensación de incertidumbre, similar a la que aquí se nos cuenta que experimentó Jesús. Jamás van a reconocerlo, jamás van a aceptarlo porque sonaría como desmérito o incredulidad, pero; ¿Sabes qué? Estar en guerra con las huestes diabólicas es patrimonio de los creyentes genuinos, no de los religiosos. Y parte esencial del armamento que el enemigo muestra en esa guerra, es esa clase de incertidumbres. ¡Ánimo, ya has vencido! Sólo créelo y se hará visible en tu vida.***

Capítulo 9

La oscuridad aumentó. En breve Cristiano no podía ver nada sino las tinieblas que se extendían delante de sus ojos. Los sonidos se desvanecieron junto con la luz. Por un momento Cristiano creyó que había regresado a aquel lugar de antes del tiempo, donde primeramente comenzó su viaje. Entonces oyó a Mensajero hablar. Su voz venía de un lugar algo distante. —Estamos parados justamente fuera del umbral de ese tiempo cuando la nueva creación tuvo su más mínimo y más temprano comienzo. Ahora te voy a dejar, pero regresaré. Entonces habremos de realizar un viaje más, juntos. Inmediatamente Cris percibió que la extraña oscuridad que lo rodeaba, había dado paso a la noche ordinaria de la tierra. Vio que estaba de pie frente a una ventana, mirando afuera la noche estrellada. Cris se volvió para orientarse. Se encontraba nuevamente en su habitación. Mensajero se había ido. Sobre la cama había una carta y un paquete. Alguien los había traído a su cuarto durante aquel extraño interludio. Cris tomó la carta. El matasellos era de Gales, y la remitente, Marta Young. Enseguida abrió el sobre rasgándole el borde. Querido Cris: Hace unas dos semanas hablé por teléfono con tu Papá y con tu Mamá. Estoy segura de que ellos te han dado los detalles de la muerte de Bill. Francamente, ninguno de nosotros se esperaba esto, no obstante la operación pendiente. Yo me las estoy arreglando

bastante bien. Bill y yo pasamos juntos 27 años maravillosos. Aún tengo el recuerdo vivo de él, y todavía formo parte de esta querida confraternidad, aquí en Bangor, donde Bill trabajó tanto tiempo. Asimismo, sigo teniendo a Jesucristo. Cris, te estoy enviando, en sobre aparte, algunas cosas que eran de Bill. Son para ti. Bueno, creo que es mejor que me explique. Durante los últimos meses de su vida, Bill permaneció en cama casi constantemente. Él tenía siempre un bloc de anotaciones amarillo junto a su cama. De cuando en cuando, cada vez que tenía un pensamiento, Bill agarraba ese bloc y un lápiz y garrapateaba una nota para ti. No sé decirte si él te escribió unas siete cartas o ¡alrededor de 50! No he tratado de alterar nada; te mando las cartas exactamente como él te las escribió. Durante ese tiempo Bill estuvo escribiendo también un breve artículo. Yo le saqué una copia y te la estoy enviando junto con sus cartas. Espero que, entre las cartas y el manuscrito, puedas encontrar alguna ayuda para tu nueva vida cristiana. Estoy pensando en regresar a los EE.UU. el verano próximo a modo de visita. Cuando pase por allí para ver a Bud, tal vez te encuentres de vacaciones en tu casa y podamos hablar. Tu tía, según la ley— Tú hermana, por gracia, Marta

Parte II

Capítulo 10

Querido Cris: He estado acostado aquí en la cama tratando de idear un modo de empezar esta correspondencia. Tal vez la mejor forma en que podemos entender de qué manera el Señor transforma nuestra vida, es comprender cómo somos por dentro. Somos casi, aunque no enteramente, dos personas: un hombre exterior y un hombre interior. Tu hombre interior tiende hacia lo espiritual, tu hombre exterior, hacia lo material. Cada uno tiene sus propias fuerzas, así como sus propias debilidades. Tu Señor desea fortalecer al hombre interior y debilitar de alguna manera, o al menos someter, al hombre exterior. Siendo cristiano joven, haces todo lo que está a tu alcance para ayudarlo a Él; pero es poco lo que puedes hacer, si es que puedes hacer algo, excepto entrar al camino. Después de los 28 a 32 años de edad, el problema es completamente lo contrario. En los primeros años de tu cuarta década de vida, experimentarás la tentación de impedir que tu Señor realice su obra de fortalecer el espíritu y someter la fortaleza del hombre exterior. Sin embargo no te desalientes, porque a esa edad, entre los 30 y los 35 años, te vuelves un poco más realista en cuanto a la cruz, al sufrimiento y al Señor. Pero sea que tengas entre veinte y treinta años y estés de acuerdo, o tengas más de treinta y estés resistiendo, o viceversa, joven o mayor, la verdad es que ¡El hará... prácticamente todo lo que haya que hacer con miras a tu transformación! ¿Cómo te cambiará el Señor? El obrará en ti de dos maneras: por medio de una cruz desde afuera, obrando hacia adentro a través de tu cuerpo y de tu alma; y por medio de su Espíritu en el más recóndito centro de tu ser, obrando hacia afuera a través de tu espíritu y de tu alma. (Espero que comprendas que su cruz y su Espíritu convergen en tu alma.) Siendo niño, traté de figurarme cómo era el mismísimo centro de la tierra. Visualicé un lugar en el corazón mismo de la tierra, del tamaño de más o menos una pelota, que era el verdadero centro. Yo comprendía que esa pelota no mostraba prácticamente ningún movimiento. Bueno, hay un lugar central en ti, justo como ése. Desde ese recóndito lugar de tu interior Dios realizará su obra hacia afuera. Una obra que no pase a través de tu espíritu a tu alma, no es una obra que sea de Dios. Habrá ocasiones en que el Señor procurará hacer su deseo en ti. Comenzará con el hombre interior, pero a medida que el Espíritu realice su obra hacia afuera, hallará un alma que ya está muy ocupada con otra cosa. Es aquí donde no será tan sólo el Espíritu el que obrará en el alma, sino que también vendrá la cruz para abrir paso y hacer un lugar en el alma, lo suficientemente grande como para que el Espíritu encuentre un nuevo espacio. Esto toma tiempo, mucho tiempo. Te advierto que de los veinte a los treinta años de edad muy poco de la obra transformadora del Señor se completa en tu vida. Al hombre interior y al hombre exterior les resulta difícil llevarse bien el uno con el otro. Es que hay una actuación independiente de parte de los dos. Uno de los dos debe crecer. Por la naturaleza de las cosas,

uno de los dos tiene que menguar. Si es la parte más terrenal de ti y no la parte —que es de la 'otra dimensión'— la que se hace más y más fuerte, la esfera de lo espiritual (en el centro de tu ser) tenderá a disminuir, lo único que podrá hacer el elemento espiritual que hay dentro de ti, es sacudir de vez en cuando tu conciencia. ¿Cómo estimularás el crecimiento de la implantación espiritual que hay en ti? Bueno, ¿Cuánto estás dispuesto a cooperar con la actuación divina de otra forma de vida? El Señor quiere hacer una inversión en las funciones de esas dos formas de vida que hay en ti. Él quiere que esa esfera espiritual que hay en ti controle la esfera más visible. Por eso Él está procurando que aquello que mora en esa parte más recóndita de ti, gobierne lo que mora principalmente en la parte exterior de tu ser. ¿Dónde vive la porción humana de ti, Cris? La parte humana de ti vive dentro de tu alma. Las Escrituras parecen indicar que incluso hay ciertos elementos dentro del alma que deben ser muertos: por lo tanto, la fe cristiana reconoce que, como mínimo, es necesario habérselas con el alma —o con alguna porción de ella. ¿Pero cómo? Si procuras suprimir el lado oscuro de tu alma, ese lado quedará suprimido, pero solamente en ese lugar. Puedes estar seguro de que ese aspecto oscuro volverá a asomar en alguna otra parte de tu personalidad. Hay una gran diferencia entre el creyente que suprime cosas y aquel con quien el Señor ha lidiado de veras. A lo largo de 33 años la relación del Señor con el Padre incluyó la relación de su alma con el propio Espíritu del Padre. Para decirlo de otra manera, la vida humana del Señor tuvo relación con la vida divina del Padre. (Supongo que no tengo que expresar lo obvio, que el Señor Jesucristo también tuvo relación en su espíritu con el Padre: su vida divina era una con la vida del Padre.) ¿Y qué diremos de esa relación? ¿Estaba el Señor suprimiendo su alma? No; absolutamente no. Para Él era asunto de tener su alma en sumisión a la Vida divina. Este es, en esencia, su objetivo en ti. El elemento humano de ti, en sumisión a la divina porción que fue plantada en ti en tu conversión.

Uno de los problemas más frecuentes de este tiempo, cosa que ya hemos mencionado y tratado desde diversos trabajos, coincide con este diagnóstico y tiene que ver con el trabajo eclesiástico habitual, que es el de acariciar y alimentar las almas, mientras que se deja desnutrido y casi famélico al espíritu, que debería ser la prioridad. Una iglesia decididamente emocional aportará seguramente adhesiones y hasta alegrías parecidas al gozo, pero jamás madurez. Tú examina y define.

Capítulo 11

Cris: Cuando Dios mira dentro de ti con ojos que ven cosas espirituales, El contempla un mundo totalmente distinto del que ve un médico, que ve tan sólo cosas materiales. Hazte idea de que tu interior funciona algo así como esto: El espíritu fue implantado en lo más recóndito de tu ser. Alrededor de tu espíritu hay algo que muy probablemente es un poco duro: tu naturaleza humana o alma. El espíritu desea lograr el control del elemento humano, pero parece que esa entidad llamada alma contiene en sí, por la naturaleza de la Caída, algo que no está de acuerdo en absoluto con este proyecto. La parte religiosa del alma asentirá de inmediato, o al menos así parece. Pero lo cierto es que desde el momento del asentimiento en adelante, esa parte religiosa de ti hará todo lo que posiblemente esté a su alcance, para impedir que el espíritu tome el control. Y esa porción del 'yo' del alma hará todo lo que pueda para resistir el crecimiento del espíritu en tu interior. La naturaleza del yo sabe muy bien que está destinada a morir. (En general se hace referencia al yo, o ego, como aquella parte del alma que llegó allí al ser introducido el pecado en el hombre por la Caída.) Si el espíritu penetra hacia el exterior, el elemento del yo del alma encontrará problemas. La mente puede convenir (o no convenir) con dicho proyecto, pero presentará mil buenas razones —todas las cuales achacará a Dios y a las Escrituras— para no implicarse demasiado. Las emociones ascenderán y se regocijarán por este proyecto, pero luego clamarán a los altos cielos y llorarán en su primerísimo fracaso. Más tarde, las emociones pueden incluso volverse beligerantes contra un Dios así de desconsiderado, que las trata tan indelicadamente. A veces nuestras propias emociones originan uno de los mayores problemas de nuestra vida cristiana: crear un Dios a su propia imagen, un Dios amante, bondadoso y precioso, que no osará declararle la guerra a nuestras emociones dominantes. Las emociones no tienen franquicia en este proyecto. Con

frecuencia el intelecto se forma un Dios hecho a su propia imagen, un Dios que es muy inteligente, racional, razonable, muy lógico, muy escritural, muy encajonable y delimitable, y habiendo erigido en el centro de la propia vida este Dios creado con la mente, jurará y declarará que ese Dios, y sólo ése, es el Dios verdadero y viviente. ***Escucha con atención: este es, a mi juicio, (Y por lo que acabo de leer también en el del autor de este trabajo), el inconveniente más alto que le impide al hombre acercarse realmente al Dios genuino, espiritual y ciento por ciento bíblico. El racionalismo, emocionalismo y humanismo, le han causado a los cristianos más pérdidas que los mismísimos demonios, aunque lo otro también está manipulado por ellos.*** ¿Y qué diremos de la persona resuelta? Esta relacionará sus ambiciones, cualesquiera que sean, con su transformación. Con esa consagración bastante dudosa, el cristiano tiene varios caminos que puede tomar: volverse muy religioso, orar constantemente, aceptar cualquier cosa que parezca la cruz y dejar medio exasperados a todos los que están a su alrededor. Inconscientemente éste cree con toda sinceridad que podrá determinar su propia transformación, no importa cuántas veces se le diga que ése es un asunto que le concierne a Dios solo. Cuando, por último, tropieza y cae a mitad de Romanos 7, puede llegar a ponerse sumamente hostil hacia el Dios que ha permitido que cayera tantas veces tan miserablemente. O tal vez esa recia voluntad se quebrante bajo la mano de Dios, quien no permitirá que nadie logre, por sus propios esfuerzos, tener éxito en la vida cristiana. ¿Cuál es mi objeto aquí? En realidad, y sin tener en cuenta la forma en que la misma se manifieste, la naturaleza humana no es tan obediente al proyecto de ser divinamente absorbida. ¿No es esto maravilloso? ***Terminas de leer que Dios no permitirá que nadie, entiéndelo bien: NADIE, logre por sus propios esfuerzos tener éxito en la vida cristiana. ¿Entiendes ahora por qué razón, tantos valiosos e importantes grandes hombres de Dios han acabado sus ministerios ensuciados en el fangoso y asqueroso lodo del pecado?*** ¡Qué gran día es aquel en que esa fuerza recóndita de la vida creada del hombre se quebranta! Después de eso él encontrará muy fácil relacionarse con su Señor, sea fundamentalmente emocional, intelectual o voluntarioso. Poco a poco quedará enfocado ante él un Dios no hecho a su propia imagen: emocional, intelectual o voluntarioso. El verdadero Señor hace caso omiso de esas tres principales características del hombre. Por alguna razón, cuando el espíritu empieza a tener control del alma, aun en forma tan gradual, ninguna de estas tres características predominará. Antes bien, de allí en adelante todo lo que toque tu hombre exterior, ya no será tan eficiente en ejercer influencia sobre el hombre interior. Por el contrario, será mucho más probable que ese hombre interior domine al hombre exterior. Al pasar los años, si eres doblemente bendecido por el Señor, tal vez aquello que es divino en lo recóndito de tu ser, habrá anegado tan completamente al hombre exterior, que algunas porciones del mismo sean indistinguibles del hombre interior. Eso mi querido Cris, requiere una considerable obra del Señor, tanto en tu alma como en tu espíritu.

Capítulo 12

Cris: Recuerdo la educación que recibí en el seminario. Cursé mis estudios de seminario en una de las más selectas instituciones teológicas del mundo. No desdoraría yo ese lugar, ni tampoco los excelentes hombres que me enseñaron. No obstante, excepto el hecho de que todos éramos pobres y sufríamos las consecuencias de ese problema en particular, vi y escuché muy poco en lo que a la profunda obra interna de la cruz se refiere. Pero probablemente es así como esto debe ser, en vista de que no se puede enseñar la cruz. Realmente no. Si un estudiante de teología decidiera dedicar su vida entera al estudio de la cruz, no llegaría a adquirir nunca, por ese medio, su propia transformación. Ni la teología, ni los dones, ni los conocimientos —ni siquiera los conocimientos bíblicos— son de verdadero beneficio en la destrucción de aquellas cosas que hay dentro de nosotros y que deben ser destruidas. En algún momento crítico tú y el Señor tienen que abordar el asunto en una forma práctica. Tiene que haber perplejidad, tiene que haber sufrimiento, tiene que haber dolor, debe haber lágrimas. Y de nuestra parte, probablemente tiene que haber incluso confusión, desánimo, pruebas, aflicciones, desesperanza y quizás la sensación de que el Señor ya no nos ama. Tal vez hasta una sensación

más profunda, más oscura y más presagiosa que ésa. Básicamente, la cruz es algo que se experimenta. Ni todos los análisis que se hacen en el mundo entero concernientes a la cruz, podrán describir jamás qué es realmente ser clavados en ella. La cristiandad está llena de muchos obreros, semi-obreros, obreros en potencia y de simples cristianos comunes de mucho tiempo que son ambiciosos: cristianos que creen que están calificados para servir al Señor, porque tienen montones de libretas de apuntes llenas de información. Estoy constantemente asombrado de ver cómo equiparamos eso de tener mucho conocimiento de información, con estar calificados para servir al Señor. La educación que se recibe en un seminario es, ciertamente, una excelente demostración de esto. Yo me matriculé en el seminario a una edad muy temprana. ***Total, completa y absolutamente en coincidencia con el autor. Lo he dicho desde siempre y lo he seguido mencionando, aún con la furiosa oposición de muchísimos hermanos altamente especializados en teología que, por estar avalados por las organizaciones a partir de sus estudios y títulos, han llegado a sugerir que lo que decía era no sólo irreverente sino directamente blasfemo. ¿Es que alguien podría entender como blasfemia adjudicarle todo el mérito al Espíritu Santo y no al intelecto humano?*** Una señora que tomó mi solicitud frente a su escritorio, creyó que había habido un error, que nadie tan joven podía ser admitido en el seminario. Pero debido a que yo era ya un graduado del colegio universitario, me dejaron ingresar. Después de pasar un año allí en la Colina del Seminario, y de aprender toda clase de cosas maravillosas (todas ellas dirigidas específicamente a mi lóbulo frontal), empezaron a llamarme 'Reverendo'. Otros incluso empezaron a tratarme de un modo más piadoso y santo. ¿Pero qué cosa santa me había ocurrido? Ninguna, excepto que yo había estado expuesto a una enorme cantidad de información que se había acumulado durante los últimos 1.000 años. Pero dentro de mí no había cambiado absolutamente nada, por el mero hecho de que yo había adquirido información. En el seminario en que estudié, estuve rodeado de otros 2.000 hombres y mujeres jóvenes, que también estuvieron acumulando mucha información. Con todo, no recuerdo que ni uno solo de ellos fuera transformado por eso. La enseñanza puede ser correcta, pero habrá muy pocas cosas que suplan tus verdaderas y profundas necesidades, a menos que tu función interior haya sido transformada. Mi necesidad básica no era una educación de seminario, sino la transformación de mi alma. Y esto sucede cuando el alma tiene un encuentro con Dios, encuentro que irradia desde el espíritu. Estoy seguro de que conoces la ilustración de Balaam y su asna. Aquella asna era mucho más juiciosa que el profeta. La asna pudo ver ámbitos invisibles. Pudo ver a un ángel que se había puesto delante de ella. Ese pobre y tonto profeta sólo sabía cómo presentar ofrendas matutinas y vespertinas, y cómo colocar bueyes, toros, machos cabríos y tórtolas sobre un altar. Era un gran orador, pero su hombre interior no funcionaba. Trágicamente, no podía ver lo invisible. Tenía información, pero no estaba lleno de cosas que hubiesen venido de otro ámbito. Ese profeta me recuerda la gran mayoría de los obreros cristianos de hoy. La asimilación de más información bíblica, más retiros, más sermones, más arqueología, más teología y más de todo lo demás, no añadirán ni un ápice a tu recóndito centro interior. Cris, la educación no hace absolutamente ninguna contribución allí. Así la hermanita más sencilla, más indocta y analfabeta del mundo, que sabe cómo penetrar y vivir en ámbitos recónditos, tiene más comprensión real de los caminos de Dios, que toda la información escondida en la mayor biblioteca teológica de este continente. ***¿Sabes? A esto lo pensaba en mis inicios como creyente. Y solía comentarlo con mucho cuidado con algunos hermanos cercanos. ¿Sabes qué me decían? Que tuviera cuidado, que el diablo era muy astuto y me iba a hacer ver errores donde no los había para sacarme de la iglesia y el camino. Yo lo creí por muchos años a eso. Hoy sé que puedes salirte de loque llamamos la iglesia, y no sólo no salirte del camino, sino consolidarte definitivamente en él, en el verdadero, digo.*** ¿Con quién te gustaría más trabajar: con una persona realmente inteligente, o con una realmente compasiva? Probablemente saldrías mejor librado sin ninguna de las dos. Por lo general, una persona muy inteligente, muy lista, es gobernada por su mente. Una persona compasiva podría estar bajo la influencia de sus emociones. Si tuvieras que trabajar con una persona ideal, sería alguien que estuviera controlado por su espíritu. Por su espíritu. Ahora bien, ésa es una dimensión totalmente distinta, algo sobrenatural, algo que no es de este planeta. La Biblia nos dice que nuestros pensamientos no son los pensamientos de

Dios, ni nuestros caminos sus caminos. Así, cuando hablamos de vivir en el espíritu, hablamos de vivir por medios no humanos. Hablamos de algo que tiene que ver con la divinidad y con otros ámbitos. Pero quizás deberíamos darle la vuelta a la pregunta. Cuando alguien te ve y piensa en trabajar contigo, ¿Qué le vendrá a la mente? Los que estudian a la humanidad nos dicen que, en lo que a nuestra disposición se refiere, cada uno de nosotros cae en una de las tres categorías básicas siguientes: los que hacen, los que sienten y los que piensan. Ese es nuestro lado humano. El Señor quiere que estemos controlados, no por nuestras emociones, ni por nuestros pensamientos, ni por nuestra voluntad, sino por nuestro espíritu. ¿Y cómo has de estar controlado por tu propio espíritu? Desde el momento mismo en que recibiste a Jesucristo como tú Señor y Salvador, Dios puso a funcionar en ti su plan de traerte al punto en que vivas en esa dimensión... en tu espíritu. No hay forma en que yo pueda describirte exactamente lo que significa ser guiado por tu espíritu o ser gobernado por la parte más íntima y recóndita de tu ser. Sí puedo decirte que esto es un poco diferente de estar fundamentalmente bajo el control de tus pensamientos, o principalmente bajo el control de tus emociones, o principalmente bajo el control de tu fuerza de voluntad. Tampoco puedo decirte con exactitud cómo llegas a vivir en tu espíritu. Pero puedo decirte esto: para que ese día llegue, muchos cambios habrán de ser realizados en tu vida, sin tener en cuenta si eres básicamente volitivo, emocional o mental. Cuando tres cristianos recién convertidos comienzan a vivir las aventuras de la vida cristiana, siendo uno de ellos más bien emocional, otro más bien firme en su determinación, y el tercero uno que, al parecer, lleva todas las cosas de la vida en la cabeza, ninguno de ellos tiene ventaja alguna sobre los otros dos. La verdad es que cada cual tendrá que ser sacado de aquello que es su característica básica. O, para expresarlo más claramente, cualquier cosa que seas, eso tiene que ser quebrantado. Básicamente Dios no es ni voluntad, ni emociones, ni intelecto... de modo que El no favorece a ninguno de éstos. Hablando en general, los profesores de divinidad favorecen a uno, el dirigente carismático favorece a otro, y el evangelista que desea convertir al mundo, aún a otro. Pero Dios no es ni un profesor de divinidad, ni un líder carismático, ni un evangelista... ni tampoco es fundamentalmente un ser humano. Él es Dios. Y ¿cómo quebrantará El la voluntad de ese evangelista? ¿Cómo dominará las emociones del carismático? Y ¿quién sabe cómo tratará al intelectual? Poniendo al alcance de cada uno de ellos una abundancia de encuentros con otras dimensiones —lo espiritual, o sea, los lugares celestiales— que son en El Ungido Jesús. Así como también mediante mucho de la cruz, clavada como un cuchillo en el mismísimo centro del alma. ¿Qué es lo que Él está procurando resolver en ti? Si tú eres del tipo intelectual, eso es lo que El procurará resolver en ti. Si eres del tipo emocional, El procurará equilibrar eso. Si tienes una recia voluntad, Él se empeñará en quebrantar la fuerza de tu voluntad. ¿Qué es lo que hará El? ¿Hacer intelectual a la persona emocional, y a la intelectual, volverla una persona emocional? No. Dios procurará entretejer algo distinto en ti, algo que no está caracterizado básicamente ni por una mente aguda, ni por sentimientos profundos, ni por una recia voluntad. Más bien, El procurará introducir en ti las características de una especie que proviene del espacio exterior. Te aseguro que esa especie... no, esa Persona, no es nadie que sea tecnológicamente más avanzado o más (o menos) emocional que el hombre caído. A despecho de todas las historias de ciencia-ficción, esa especie no viene de ninguna parte del espacio de allá afuera, sino de otra dimensión, y Él es tan sólo un poquito diferente del intelectual que piensa, del emocional que siente o del hacedor voluntarioso. En la transformación de esa parte de nosotros que es en tan alto grado humana, por aquello que es tan divino, no pretendo dejar la impresión de que un día llegarás a ser alguna clase de vegetal humano. Absolutamente no. Las emociones todavía estarán allí, el intelecto todavía estará allí y la voluntad aún estará allí. Los emocionales que sienten, los voluntariosos que obran y los intelectuales que piensan, son transformados, no eliminados. Esos elementos inherentes a su vida se convertirán en siervos de otra vida, la vida divina en el hombre interior. Por lo tanto, te recomiendo que 1) tengas muchos encuentros con El Ungido, y 2) te prepares para un asalto de la cruz. ***Excelente. Muy pocas veces he leído conclusiones tan precisas sobre un asunto tan complejo de explicar. Gene, aquí, realiza una formidable síntesis de lo que, en definitiva, es el famoso y legendario hombre espiritual al cual le dedicara tanto tiempo Watchman Nee. Sólo que Gene lo hace en un idioma mucho más cotidiano, más adaptado a estos tiempos y mucho más fácil de entender. Me pregunto, claro, si con el simple hecho de entenderlo, ya está todo solucionado. No te preocupes, ya conozco la respuesta. Espero que tú también la conozcas.***

Capítulo 13

Cris: En cada generación ha habido hombres que han puesto de relieve cuánta bendición tenemos en El Ungido. En nuestros días esto ha venido a ser llamado 'el evangelio de la prosperidad'. Pero por otro lado, hay quienes presentan siempre, hasta el punto que suena a morbosidad, el sufrimiento que hay en la vida cristiana. Supongo que éstos podrían llamarse cristianos masoquistas. Ahora bien, el problema está en que en ambas pretensiones hay algo de verdad, pero ciertamente el evangelio de la prosperidad siempre ha tenido más aceptación que la cruz. A los jóvenes cristianos (¡y a los de más edad también!) siempre los sorprende y hasta los asombra el grado en que el Señor permite que haya sufrimiento en la vida de cada uno de nosotros. Los que han sido criados en el evangelio de la prosperidad, son muy susceptibles de que su fe quede destruida cuando la vida, el mundo, el pecado, una debilidad, problemas familiares, la mala salud y una miríada de otras cosas vengan a estrellarse sobre ellos. Un joven cristiano recién convertido que, desde el principio de su vida cristiana tiene el privilegio de congregarse con un grupo de creyentes que son realmente muy unidos... bueno, al cabo de algún tiempo puede empezar a ver todos los problemas que el grupo experimenta, y entonces puede llegar a la conclusión de que: "Es imposible que Dios esté aquí. Es que, simplemente hay demasiadas aflicciones." Cris, si ocurre que has estado expuesto al mundo del evangelio de la prosperidad, entonces necesitas considerar y llegar a comprender que el Dios que te creó es también el Padre de Jesucristo, y El no eximió a su Hijo de sus padecimientos. Tampoco a los doce, ni a las iglesias gentiles, ni... bueno... ¡a nadie! Si se te ha dicho que Jesucristo tomó todos tus problemas para que tú puedas estar completamente libre, entonces te quiero recordar que los padres fundadores de tu fe sufrieron considerablemente, y como viéndote en la lejana bruma, hablaron de tus sufrimientos también. De hecho, incluso garantizaron tus sufrimientos. (Como se ha señalado a menudo, el evangelio de la prosperidad resulta inválido y hasta ridículo cuando se lo predica fuera de los países industrializados del Occidente.) Tengo que admitir que, al parecer, aquellos que siguen un evangelio de prosperidad, prosperan y la pasan mejor de lo que el resto de nosotros pudiera. ***De hecho, el cristianismo en países hasta hace poco tiempo sojuzgados por políticas o ideologías opuestas a las religiones, hoy se muestran en su esencia genuina, mucho más maleables a la verdadera doctrina que los que no vivieron sus padecimientos. Si lo dudas, predícales el evangelio de la prosperidad a los hermanos genuinos de Cuba y verás qué respuesta te dan.*** Por otra parte, yo personalmente no he encontrado todavía una profunda obra de El Ungido entretejida en la vida de nadie que esté siguiendo consistentemente un evangelio de prosperidad. El Señor tiene una manera de hacer que obtengamos los deseos de nuestro corazón. Si deseamos la prosperidad, es probable que la tengamos. Si deseamos transformación, Él nos complacerá aún más pronto. Y es así, porque la transformación está más cerca de su propio corazón, de lo que la prosperidad podría estarlo jamás. La mayor parte de nosotros no vive continuadamente una vida cristiana jubilosa. Las luces del semáforo no siempre están verdes, no siempre se nos da una promoción en el trabajo, nuestra salud no es siempre casi perfecta. Incluso en el asunto de las sanidades, la inmensa mayoría de nosotros andamos por ahí teniendo porciones de nuestro propio cuerpo considerablemente no sanadas. Y en medio de nuestros problemas invariablemente nos encontramos con algún sonriente hermano, que nos recuerda que el Señor murió por nosotros de tal modo que nunca tengamos que estar enfermos. Se precia de que así es su propia porción en la vida. Nos apretamos los dientes y no sabemos si creerle a él o creer a nuestro instinto. (Una cosa es cierta: Cris, no discutas con él las citas bíblicas sobre este tema. Hay abundancia de versículos en la Biblia para demostrar cualquier cosa que cualquiera, dondequiera y en cualquier momento quiera creer acerca de cualquier cosa.) Como joven cristiano, serás tentado a unirte al club de la prosperidad. Como creyente ya maduro, te alegrarás de no haberlo hecho. Si eres uno de esos que están verdaderamente convencidos de la idea de un evangelio que siempre prospera, siempre sana, entonces quizás debieras leer qué les aconteció a esos a quienes por lo general nos referimos como 'la élite': Algunos fueron atormentados, no aceptando el rescate, (Para recibir una mejor resurrección.) Otros experimentaron

crueles vituperios y juicios y azotes. Otros, cadenas y prisiones. Otros fueron apedreados. Otros más, aserrados en dos. Puestos a prueba; tentados. Muertos a filo de espada. Anduvieron errantes, cubiertos de pieles de oveja y de cabra. Pobres. Afligidos. Maltratados. Pero ¿y dónde estaba Dios cuando todo eso sucedía? ¿Y dónde estaba el evangelio de la prosperidad? Si deseas seguir al Señor hasta lo sumo, y si deseas abrazar también un evangelio de constante bendición, salud y prosperidad, entonces tal vez debieras reconsiderar todo este asunto de seguir al Señor. Lo más tremendo en cuanto a esta lista de hombres y mujeres y de sus sufrimientos, es esto: ninguno de esos creyentes tenía lo que tú tienes —en el corazón de ninguno de ellos moraba El Ungido vivo. Esa lista, como seguramente lo sabes, ¡es del Antiguo Testamento! ¡Por cierto que su fidelidad fue en gran manera pasmosa! ¿Y por qué su sufrimiento? Las razones son muchas. Tal vez una de las principales razones de por qué sufrieron, fue a fin de ser testigos para ti, el peregrino del nuevo pacto. Pongo en tela de juicio la idea de que el sufrimiento es ante todo un castigo por nuestros pecados. Si esto fuera cierto, entonces todos los creyentes en la tierra estarían escondiéndose debajo de una roca en alguna parte. ¿Quién de entre nosotros merece realmente menos castigo que otro? Si de veras piensas que hay algunos cristianos que en general son mucho más justos y dedicados, más amorosos y bondadosos, más benévolos y afables que otros, entonces has subestimado la Caída. ***(Total y absolutamente de acuerdo. No es lo que me enseñaron en mis inicios, pero esta es una verdad que en mi espíritu encuentra cabida sin obstáculos ni tropiezos.)*** No; no es un castigo, Cris. Dios está haciendo algo dentro de ti para la eternidad. Él está realizando algo en ti para tu propia vida, ahora y aquí: y está haciendo algo en ti, que no es solamente para tu vida ahora, sino también para la iglesia, que es su desposada, para que ella pueda ser hecha cabal y completa ¡ahora! ¡Aquí, en la tierra! El Señor sabe algo que nosotros no sabemos: La Caída nos ha dejado a todos nosotros en una deplorable miseria. La mayor parte de nosotros es o extremadamente pecaminoso o extremadamente religioso. ¡O ambas cosas! Y además, supongo que ninguna de estas dos condiciones agrada a Dios más que la otra. Realmente ninguna de las dos lo impresiona. ¡Lo que Él hace en nosotros es lo que realmente lo impresiona! Él sabe todavía algo más: Por lo general nosotros aprendemos acerca de Él tan sólo durante los períodos de adversidad. Pocos de nosotros, si acaso, buscamos una relación profunda e íntima con el Señor excepto 1) justamente antes, 2) durante y 3) enseguida después de esos períodos de calamidades, de desastres, de catástrofes, de sufrimiento y de dolor. Cabe decir esto de aquellos que son muy pecaminosos, muy religiosos y... bueno... de todo el resto de nosotros. ¡Somos gente impresionante, nosotros los cristianos! Gracias a Dios que Él nos conoce. Gracias a Dios que El obra en nosotros en la forma que lo hace. ***Doy fe total de esto. En Argentina, la etapa de mayor florecimiento de la iglesia, en lo que tiene que ver con la cantidad de asistentes a las congregaciones, se dio en épocas muy duras desde lo económico y lo político, con extensión, obviamente, a lo social. En etapas posteriores donde eso fue modificado por políticas más favorables a las necesidades de los más carenciados, la iglesia pasó a un segundo lugar. Y a un tercero también. Y lo otro en lo que debo coincidir a pleno, es en el impacto que Dios pueda recibir de parte de algo que uno de sus hijos pueda realizar. Pese a todo lo que todavía hoy se diga y se enseñe, Dios jamás se va a sorprender o impactar agradablemente, por algo que un hombre hace a partir de sus estudios, su preparación y su posición eclesiástica. Dios va a seguir impactándose y agradándose notoriamente, cuando ese hombre haga exacta y puntualmente lo que Él le ha pedido que haga. Y con las armas y el poder que Él le habrá otorgado para que lo haga.*** Los judíos siempre habían creído que las aflicciones tenían que ver algo con el pecado que pudiera haber en la vida de uno. Todo el libro de Job señala la falsedad de esta idea. Pero esta clase de concepto se niega a morir. Puedes estar seguro de que hasta en nuestros mismos días habrá alguien que pase a verte para decirte que eso desgraciado que te ha ocurrido es resultado directo del pecado (o desobediencia) que hay en tu vida. ¡Espectros de los amigos de Job! ¿Es que nunca nadie lee ese libro? Según mi propia observación personal, a los perversos, a los pecadores, a los reincidentes no les va peor que a los mejores de entre los cristianos y, en un considerable número de casos, ¡Hasta les va mejor! Ciertamente, el Señor puede llamar tu atención con una corrección, pero Él no es un Dios que anda por ahí hiriendo a la gente con horribles plagas si no lo han

obedecido perfectamente. Sería prudente de tu parte, Cris, buscar alguna otra razón en lo que a tus problemas se refiere, antes de aceptar la teoría del castigo. (Te confieso que en los 30 años de mi carrera de cristiano imperfecto, no recuerdo que el Señor me haya castigado nunca severamente por ningún pecado que yo hubiese cometido.) ***Yo tampoco lo recuerdo. Lo que sí recuerdo, en cambio, es la tremenda agonía entremezclada con angustia y tristeza que experimentaba en cada ocasión que el pecado se enseñoreaba de mí. Créeme que ese, ya era suficiente castigo. No necesitaba que Dios desatara ninguna catarata de fuego, ya lo tenía ardiendo en mi interior. El Espíritu Santo se había encargado de darme esa convicción de pecado que en otra época me resultaba desconocida.*** Ten por cierto que toda aflicción que llega a tu vida, lleva consigo una palabra de parte del Señor. Además de eso, el sufrimiento que viene a nuestra vida como de parte del Señor, tiene siempre un efecto disciplinario sobre la vida de cualquier creyente. El Señor está procurando transformar cada porción de la desposada de El Ungido de forma tal, que la totalidad de ella pueda ser algo que iguale al mismísimo Hijo de Dios. ¿Y dónde pudieras esperar que esa obra disciplinaria de Dios llegue a tu vida? A veces el Señor tocará tu espíritu, otras veces será tu alma, y otras veces más, tu cuerpo. Cuando contemplamos el martirio, la persecución, la sangre, el llanto, los gemidos, las lágrimas, la profundidad, la longitud y la anchura de la agonía del cuerpo de El Ungido a lo largo de los años, quedamos abrumados. Y sin embargo, alguien más contempló esa escena y vio algo enteramente distinto. Vio como el que ve cuando está contemplando las cosas desde otras dimensiones. Desde esa perspectiva El declaró en la Sagrada Escritura: Esta leve tribulación produce en nosotros un eterno peso de gloria. Sea lo que sea aquello que Él envíe, y cuando quiera que el mismo llegue, será una leve aflicción y producirá en nosotros una obra superabundantemente grande. Producirá en nosotros una gloria interna y eterna. Sea lo que sea aquello que el Señor pone en tu vida, esa aflicción es una amiga que obra para ti, y no contra ti.

Capítulo 14

Querido Cris: Debemos tener cuidado cuando hablamos acerca del gozo de la vida cristiana, o de la cruz de la vida cristiana. A cualquiera de los dos se le puede dar súper énfasis. Por cierto que nuestras propias inclinaciones naturales hallan expresión aquí. Aquellos que tienen una mentalidad más positiva, tienden hacia los pensamientos positivos, hacia lo que produce gozo y hacia la exuberancia. Los que son de tipo más introvertido o abstraído, hallan su felicidad en la melancolía de sus consideraciones de la cruz. Pero ninguna de estas dos maneras de ver es verdaderamente cristiana; ambos puntos de vista son disposicionales. Bajo el control del Señor, la actitud del alma quedará hasta cierto punto transformada, tanto si esa alma es de naturaleza exuberante como si es de naturaleza melancólica. ***Esta es una gran verdad. Tan grande como que cada hombre o cada mujer que dice haber entregado su vida a Cristo, suele construirse una imagen de Dios conforme a sus necesidades, conforme a sus gustos o disgustos. Y termina adorando a ese Dios que él o ella misma han fabricado, sin detenerse un momento a pensar que el verdadero Dios, está muy lejos de las divagaciones antojadizas de tu alma.*** Ahora bien, la cruz no va por ahí cambiando la obsesión del gozo en melancolía. La cruz cambia también la obsesión de la melancolía. Las dos son cambiadas —transformadas— hacia la meta. Digamos que eres un joven cristiano de naturaleza adusta. En algún punto, a lo largo del camino —en el plan de Dios— debes aprender que a veces hasta la cruz de Jesucristo debe ir a la cruz. Por lo mismo, tendrás que colocar tu síndrome de la cruz en la cruz. Digamos que tienes una naturaleza más bien exuberante. Puede que descubras —en algún punto a lo largo del camino— que el Señor está produciendo un equilibrio en tu modo de ser. ¿Cómo? Pues no lo sé. Me atrevería a decir solamente esto: Probablemente por la obra disciplinadora de una cruz inexorable. De modo que, tanto el optimista como el pesimista están expuestos a un ajuste divino. El Señor desaloja toda disposición humana con una divina. Hay un fuerte elemento humano en cada uno de nosotros: tanto en las personas calladas como en las ruidosas, así en las neuróticas como en las bien equilibradas. Sí; en todos nosotros. Por tanto, es necesario que las energías, las aptitudes y los conceptos de alguna porción de la parte terrena de cada cristiano sean

transformados en algo más elevado. Pero antes que eso más elevado llegue, el alma puede pasar por unos días muy fragosos. No caigas en la trampa de tratar de suprimir tu alma —o de querer arrastrarla personalmente a la cruz y allí ponerte a buscar un martillo y unos clavos. El Señor no necesita ayuda. Tan sólo te meterías en su camino. Además, no creo que yo esté muy alejado de la verdad si te digo que su elevado propósito en ti no es tanto debilitar tu alma, como fortalecer tu espíritu. ***(Clarísimo; y con un concepto mucho más claro, todavía: Dios no necesita tu ayuda. Si te afanas por ayudar, generalmente estorbas).*** En algún lugar profundo y recóndito dentro de ti, todo aquello por lo que El Ungido pasó, está ya depositado en ti. El desea que tú también experimentes algo de aquello que El experimentó. Él tiene un yugo que ponerte alrededor de tu cuello. Es un yugo ligero; y esto es una garantía, porque El ya adquirió la fuerza para llevar ese yugo. Algo de su experiencia tiene que ver con los padecimientos, pero nunca llegarás a conocer el sufrimiento hasta el grado que lo conoció El. Tú completas tan sólo parte de sus padecimientos; no obstante, tú recibes toda la fortaleza que El adquirió en sus padecimientos. (Cierto, Cris, al parecer la fortaleza nunca llega en el momento de mayor necesidad.) Tú tienes, dentro de lo más recóndito de tu ser, ahora mismo, la vida divina de Dios. También tienes dentro de tu ser —un poco más cerca de la superficie— la vida humana que tu madre y tu padre te dieron. La vida que ellos te dieron era una vida caída. Estas dos vidas —vida humana la una, y vida divina la otra— no pueden existir dentro de ti en total armonía. Estas dos son formas de vida sumamente diferentes. A veces las mismas van en direcciones completamente opuestas, operando una en forma totalmente diferente de la otra, así como la vida de un ave difiere de la vida del león. Hay veces que tu vida humana se relaciona fácilmente con esa vida divina. En otras ocasiones, tu alma es indiferente a esa vida. Aun otras veces, desafortunada pero ciertamente tu vida humana se mueve —a sabiendas, o sin saberlo— en la dirección contraria de esa vida superior, y es en ese punto donde muy probablemente tu alma se encontrará con la cruz.

Capítulo 15

Querido Cris: ¿Qué tipo de persona puede soportar mejor el sufrimiento? Francamente, una vez que el sufrimiento comienza, tal parece que ninguno de nosotros se halla capacitado para sobrellevarlo. ¿Por qué? Al parecer, el sufrimiento que proviene de la mano de Dios es tan escogido, tan hecho a la medida para quien es enviado. Es posible que aquello que podrías soportar muy fácilmente, nunca venga a ti; pero esa debilidad específica a la cual nunca has estado preparado, esa porción oculta de tu vida de la cual probablemente ni siquiera sabías —allí es donde caerá el golpe. ***No creo que alguna vez te hayas planteado el asunto del sufrimiento bajo esta perspectiva, ¿Verdad? Estamos tan acelerados con los rudimentos tradicionales y clásicos de la Guerra Espiritual que, en un momento dado, a todo lo que nos ocurre se lo cargamos al diablo. ¿Y sabes qué? A veces no es el diablo, es Dios.*** Hace años, un ilustre y anciano hombre de la fe vino a visitarme cuando yo me encontraba muy enfermo. Para entonces, yo ya llevaba en cama cerca de un año. En el curso de nuestra conversación, compartí con él mis sentimientos, mis dudas, y toda la agonía de todo aquello. Fue un torrente de quejas, de dudas y de interrogantes. Pude hablarle con libertad, porque yo sabía que cierta vez él había estado en cama por mucho tiempo, debido a un caso extremo de tuberculosis. En la gran sabiduría de mis cortos 32 años, le dije algo así: —Soy muy joven como para que esto me ocurra. Esto debía de suceder en algún momento en el futuro. Usted tenía 40 años cuando le sucedió aquello. Y usted conocía al Señor mucho mejor que yo. Pero apenas estaba yo empezando a aprender algo acerca de Él y de sus caminos, y entonces me sucedió esto. Es que no estoy capacitado, yo no soy el tipo, no estoy preparado. Todavía soy demasiado joven, demasiado inexperto, no soy bastante cristiano como para soportar esto. Me miró asombrado y respondió: —Yo tenía 40 años, y eso era ser demasiado joven también. ¿Qué clase de cristiano puede soportar mejor el sufrimiento? El tal no existe. Yo podría sobrellevar tus problemas fácilmente. Tú podrías sobrellevar los míos con un bostezo. Pero es que no sucedió de esa manera. Yo tenía los problemas que yo no podía sobrellevar; así te pasó a ti también.

Capítulo 16

Querido Cris: Esta mañana dos compañeros de cuarto cristianos se levantaron a las 5:00 a.m. y estuvieron orando juntos durante casi una hora. Ahora son cerca de las 11:00 a.m. y el compañero de cuarto Número 1 le dice al compañero de cuarto Número 2 que no debería estar tocando 'esa clase de música' en su radio; ¿o esta vez es un libro que es pecaminoso? ¿O le dice ahora al compañero de cuarto Número 2 que no debe ir a cierta merienda esa tarde? Sea lo que sea, el compañero de cuarto Número 2 se está poniendo muy indignado. —Eso no te importa nada. Tengo libertad en El Ungido para hacer eso y cualquier cosa. —Esto podría ser lo que el compañero de cuarto Número 1 está a punto de oír. Veamos otra posibilidad: el compañero de cuarto Número 2 permanece en silencio, ¡soportando con gracia la carga de ultraje y la injusta persecución! Hay una sola cosa cierta en cuanto a esta escena. En ella no está ocurriendo absolutamente nada de actividad divina. (A menos que sea un acto de humorismo de Dios echar juntos, como compañeros de cuarto, a esos dos jóvenes cristianos de ideas contrarias.) ¿Qué se puede hacer para prevenir escenas como ésta? Ocurren cada día entre los solteros. En realidad, nada. Tratar de sacar la naturaleza religiosa de un hermano soltero de veintitantos años de edad, es con mucho como tratar de sacar los huesos de su cuerpo. ¡Eso forma parte del conjunto! Esperemos que el transcurso del tiempo les enseñe compasión. Espero fervientemente que ningún hombre mayor, como de mi edad, los aliente en su religiosidad. Y espero, con el mismo fervor, que ningún hermano mayor intervenga y procure establecer reglas contra semejante religiosidad ruidosa e inmadura. ¿Qué se puede hacer? No mucho. Un año de matrimonio acabará una considerable parte de esa condición de hermano soltero. El tiempo y la cruz son las dos mayores necesidades de esos dos jóvenes. Al parecer, la cruz es la gran compensadora y niveladora de todos los hermanos solteros. En el curso de unos años una de dos cosas les va a acontecer a esos dos jóvenes. Habrán llegado a ser hombres rudos, criticones y mandones —o todo lo que hayan pasado como jóvenes los habrá tornado tan amargados, que habrán dejado tanto esa confraternidad y el reino, como también al Señor; o una noche se sentarán por ahí y se reirán ruidosamente de cuán increíblemente religiosos eran cuando eran jóvenes, y darán gracias a su Señor por cada experiencia maduradora que hubieron de pasar. ¡Señor, apresura ese día en que el mundo esté lleno de hombres como ellos! Hombres cuyas entrañas estén llenas de gracia, de compasión, de amor, de libertad y de desembarazo y tengan la sabiduría —como hombres mayores en edad— para guiar con ternura a algunos hombres y mujeres jóvenes muy religiosos (y mostrar paciencia en la vida de ellos), que esta mañana se levantaron muy temprano para orar juntos, jóvenes que son optimistas, entusiastas y están llenos de fe ciega. ***No sé cómo será en tu lugar de residencia. En mi país, la Argentina, no he hallado dentro de las congregaciones tradicionales, a verdaderos ancianos ungidos con amor y paciencia para tratar con los jóvenes. Casi siempre he visto a viejos malhumorados que no parecen hijos de Dios porque el gozo divino les ha pasado por la vereda de enfrente de sus vidas.*** ¡Que Dios los conserve siempre así! Sin embargo, es un hecho que son descendientes de una raza caída. En ellos, y en ti, Cris, existe algo muy egocéntrico que jamás morirá, a no ser por los punzantes dolores de la adversidad. Si te resistes, si te aferras a ese profundo lugar egocéntrico, guardándolo siempre, asegurándote de que no sea invadido ni siquiera por la mano misma de Dios, entonces algo dentro de ti seguirá inalterado e indómito durante toda tu vida sobre esta tierra. Y nunca será derribado el altar, el salón de trono, el santuario en que se adora el yo. Puedes estar seguro, mi joven hermano, de que un día el Señor levantará la mano de protección de sobre ti y movido de amor dirá: —Ahora voy a dejar que éste sufra. Ese día empezarás a participar de los padecimientos de El Ungido. Esos sufrimientos tuvieron un propósito en la vida terrena de Él y ciertamente del mismo modo tendrán un propósito en tu vida. Debes reconocer que el ingreso del sufrimiento en tu vida es antagónico con respecto al lado oscuro de tu naturaleza humana. Los dos son enemigos naturales. Pero habrá muy poco progreso espiritual, si acaso hay alguno, en las partes más recónditas de tu ser, hasta que la mortífera y fría hoja de la cruz traspase las partes vitales de la naturaleza egoísta, ocultas tan profundamente y

entretejidas de un modo tan completo en tu naturaleza humana, que parecen ser una sola.

Capítulo 17

Querido Cris: Tal vez la mejor manera de ilustrar una de las cosas que el Señor tiene que realizar en la vida de cada uno de nosotros, es usar el ejemplo de lo que Él hace a los que tienen talentos extraordinarios. Si el Señor trae la cruz incluso a la vida de un cristiano bien equilibrado que lo ama, seguramente nos visitará a todos nosotros. En este punto, de inmediato vienen a mi mente los obreros cristianos. Aquí está un hombre —o pudiera ser una mujer— que es extraordinariamente talentoso. Se expresa muy bien, escribe bien, socialmente es muy atractivo y posee una profunda comprensión de las Escrituras. Mental y emocionalmente es estable. Con frecuencia retrocedo, observo y me estremezco cuando considero lo que Dios tiene que hacerle a un tal creyente para quebrantarlo. Bueno, yo pudiera. Cierta vez una anciana de cabellos grises, dada a la cruz, retrocedió... y se estremeció... cuando oré fervientemente pidiéndole a Dios que me quebrantara, y contempló la historia de horror que ella estaba segura que vendría a mi vida, si alguna vez Él se disponía a contestar mi oración. Sabemos que es tremendamente importante que el obrero cristiano sea quebrantado. ***A esto lo pude ver bien de cerca. Cuando recién me convertí, solía reunirme con tres hermanos más maduros en la casa de uno de ellos. Otro, que era muy respetado por todos por causa de su conocimiento bíblico e integridad moral, cuando oraba, repetía ese pedido que ninguno de los otros que estábamos allí ni siquiera mencionábamos: "Señor, quebrántame". Con el paso del tiempo, su vida hasta allí tranquila y casi feliz, comenzó a modificarse progresivamente hasta convertirse, en poco tiempo, en un verdadero infierno donde se mezclaba lo familiar, lo social, lo laboral y hasta lo moral, aquello en lo que siempre había destacado. Para mí fue una enseñanza: deja que Dios te quebrante todo lo que sea necesario para tu crecimiento, pero no le exijas que lo haga como forma de mostrarte más espiritual.*** Aunque no sea por ninguna otra razón, necesitamos estar bien seguros de que alguien que sabe hablar de Él Ungido con tanta elocuencia, realmente lo ama. ¿Ama lo suficientemente al Señor como para seguir amándolo si le fueran quitados todos sus dones, que lo han ayudado a hacer a Jesucristo tan atractivo? ¿Amará al Señor cuando no tenga nada? Y luego, ¿lo seguirá amando? Si no ama tanto al Señor, entonces en realidad no deseamos escucharlo ni seguirlo. El Señor estima el quebrantamiento con más benevolencia que toda la grandeza que este mundo haya visto jamás. La única forma en que cualquiera queda quebrantado, es cuando se le aplica una gran cantidad de presión... por lo general sobre su punto más fuerte. El buen éxito nunca ha significado gran cosa en el reino de Dios. Ciertamente no, al menos desde el punto de vista de Él. Las cosas más importantes que le han sobrevenido al Señor, han venido como resultado de abrumadores desastres: La caída. La cruz. Las mismas llevaron a la redención. A una nueva creación. A una desposada. No habrá mansedumbre, ni compasión, sin desastre ni pérdida. No habrá altruismo, sin un golpe mortal asestado al egoísmo. No habrá humildad, hasta que haya una total e irreparable pérdida de reputación. No habrá nunca ningún verdadero éxito en la obra del Señor, hasta que haya sido precedido por muchas, muchas ocasiones de fracasos desastrosos. Y puedes estar seguro de que el Señor te ama demasiado como para resguardarte de lo desagradable. Es a través de un corazón quebrantado, que Dios trae su propósito a este mundo. Entonces, Señor, produce en mí un corazón quebrantado. Produce, a partir de tus tesoros, un corazón quebrantado en mí. El éxito temporal logrado en una ciudad ha hecho que muchos obreros cristianos comenzaran allí mismo a levantar un imperio. En vez de eso, debían haber levantado la iglesia de Jesucristo. Muchos obreros cristianos han levantado obras que tal vez eran dignas de ser llamadas 'vida de iglesia' o 'vida corporativa'. Una vez levantadas, surgieron problemas. Entonces lucharon con todos sus recursos para preservar su obra. ¿Por qué? —me pregunto. ¿Por qué luchar para preservarla? Si la obra es en verdad de El Ungido, se sostendrá. Si tan sólo parte de ella se sostiene, y esa parte es realmente de El Ungido, entonces es mucho mejor tener nada más que esa pequeña parte sobreviviente, que una obra grande que se haya de tener junta por medio de razones, lógica, teología, temor, acusaciones, doctrina o lo que

sea. A mi juicio, ese obrero pudiera considerar seriamente dar un paso atrás, incluso salir — muriendo a su obra— dejando que el fuego caiga sobre esa obra, para ver cuánto de ella puede sobrevivir. Cris, hay muchas historias de grandes éxitos por ahí, pero tales obras muy raramente reflejan a la desposada de Jesucristo. A veces ésta parece ser tan evasiva como su Señor. En raras ocasiones se la ve, hermosa y completa, congregarse en alguna parte en una ciudad. En muy raras ocasiones te congregarás en un lugar donde puedas percibir esa profunda obra de El Ungido en un cuerpo colectivo de personas, un pueblo que ha sido hecho uno... y cuya unidad —probada por el largo transcurso del tiempo— no se encuentra en nada, en absolutamente nada, sino sólo en El Ungido. Tal pueblo es raro, exóticamente raro y extraordinario. Raro, porque aquella gloriosa obra que el Padre hizo en el Hijo, fue tan rara, tan extraordinaria. No hay fachada alguna que puedas construir alrededor de tu vida, que el Señor un día no haya de atravesar, rompiéndola con gran estrépito, ya sea la fachada del cristiano triunfante, todo sonrisas, o la del beato y buenote rutinario. ***(¿Cabe alguna duda que Gene recoge casi hasta con cierto humor ese muestrario masivo de lo que es un cristiano, especialmente a la salida de cada culto?)*** Entonces tu Señor abrirá puertas y derribará paredes y dejará penetrar la luz. Esa luz caerá en lugares que no te atreves a permitir que nadie vea. Todo tu concepto de lo que la vida humana es, de lo que la vida divina es y de cómo opera cada una de esas dos vidas —sus normas, sus valores, sus acciones y reacciones en un determinado conjunto de circunstancias— todo eso tiene que ser transformado. Gracias a Dios, será transformado, y será transformado por El, no por ti. Transformado por una profunda obra de tu Señor que mora en ti y que hace una obra en lo más recóndito de tu ser. Él está dedicado a arrancar, del lado oscuro de tu alma, de las fibras mismas de tu corazón, y de todas esas cosas ocultas que retienes con tanta predilección, todo lo que no sirve. Es con la destrucción de los ídolos que hay en ese tu más recóndito templo, como El hará lugar para los géiseres de Vida divina. Job, ese varón de las Escrituras, es una persona enigmática. Cuántos sabios han venido a su libro procurando encontrar su tema central. Y para cada persona que ha tomado la pluma a fin de escribir acerca de Job y de su libro, ha surgido un enfoque distinto. En realidad es muy poco lo que se puede decir acerca de Job, con que alguien no esté en desacuerdo. A menos que sea la afirmación siguiente: para cuando terminó todo el sufrimiento, Job estaba transformado. Eso es todo. Fue así de sencillo. Cuando acabaron sus pruebas, Job estaba transformado. Este es un hecho seguro. Cómo Dios lo transformó, por qué Dios lo transformó, qué fue transformado en él, son conjeturas. Pero Job era un hombre transformado. Gracias a ti, Amigo Sufrimiento. Probablemente sea necesario decir aquí, que de hecho no son ni el sufrimiento, ni la aflicción, ni el dolor los que harán la mayor parte de la obra que ha de realizarse en tu vida. En realidad, estos servidores del Señor están allí sólo para reducirte a cero. Ayudan a abatir esa parte de ti que se ha levantado y a levantar aquello que se encuentra demasiado abajo. Será en algún momento de quebranto, de desesperación, cuando el dolor haya hecho su voluntad en ti, que levantarás la vista y mirarás con los ojos bañados en lágrimas, hundidos, desesperados, y captarás tu primera vislumbre verdadera del auténtico Jesucristo. Será en ese momento, cuando hayas quedado devastado por un Dios inexorable, que llegarás a comprender por primera vez a la divinidad. Probablemente será en ese momento cuando captarás una vislumbre de El, no empañada por tu propia interpretación disposicional de cómo es Dios. Y cuando te levantes, mira alrededor de ti y ve que todo ha quedado destruido. ¡Quizás por primera vez en tu vida, habrás tenido éxito! Al fin habrás captado una vislumbre pura, inmaculada de Él. De Aquel que es incomparablemente digno. Es esa visión lo que realmente nos transforma. El naufragio causado por la aflicción y el dolor, es el precio que Dios está dispuesto a pagar, para obtener quebrantamiento, compasión y sensibilidad espiritual, en una vida que, en su estado intrínseco, es una vida de desamor. ***Cuenta la anécdota que un día alguien le preguntó a un discípulo del Señor qué había que hacer para encontrar a Dios en un mundo tan entretenido en carnalidades. El discípulo simplemente llevó al que hacía la pregunta a la orilla de un río, lo hizo poner de rodillas y meter la cabeza en el agua. Él con su mano se la sostuvo sumergida sin permitirle salir. Cuando ese hombre empezó a agitarse por falta de aire y miedo a ahogarse, lo soltó. El hombre se irguió con los ojos desorbitados de terror y aspiró una enorme bocanada de oxígeno. El discípulo lo miró sonriendo y le dijo: “Cuando te sientas así, encontrarás a Dios”…***

Capítulo 18

Querido Cris: Veamos. Estoy sirviendo al Señor desde hace aproximadamente unos 30 años. He pasado la mayor parte de ese tiempo trabajando con los jóvenes. Al obrero cristiano le resulta difícil comunicarle al joven creyente cuán susceptible es realmente (el joven) con respecto a sus propias emociones, su amor propio, sus talentos, su prontitud, su lentitud, etc. Hablando en general, yo diría que, como grupo, ustedes son muy sensibles. Tus sentimientos se hieren con suma facilidad, y es la naturaleza de la bestia que, una vez que esos sentimientos se hieren, algo en el cerebro se pone en marcha según una norma muy predecible. Detienes toda sana lógica, se cierran tus oídos, tus ojos desarrollan una visión de túnel, y la única cosa que puedes ver, saber, sentir, oír o pensar, es que alguien te ha tratado injustamente. De inmediato comienza el resquemor interno. Se empieza a sentir la herida. Entra en escena un nuevo tipo de lógica, una lógica muy ciega, nacida de un monólogo. La racionalización de la lógica ofendida sube en espiral. Tu mente te convence de tal manera de que tú tienes razón, que te tornas virtualmente incapaz de captar la idea de que tal vez pudiera haber algún otro modo de ver distinto del tuyo. Así, te conviertes en una impenetrable fortaleza de resentimiento y de sentimientos heridos. En otras palabras, eres demasiado sensible. Si estás en una congregación cristiana muy unida, que es, aunque sea remotamente, similar a la vida de iglesia y donde los creyentes se rozan mucho y conviven en armonía, te pronostico que te vas a sentir muy devastado. Y hay una buena probabilidad de que muchas otras personas vayan a quedar devastadas, por cualquier proceso que uses para quedar tú devastado. Bueno, tú sabes que el Señor ha estado viendo a los cristianos hacer esto por casi 2,000 años y la humanidad por bastante más tiempo. Ten la plena seguridad de que Él tiene la manera de transformar nuestra naturaleza súper sensible. Y lo hace. Desde luego, no te he visto por mucho tiempo, así que quizás tú seas del tipo contrario. ¿Eres tú una de esas raras personas que nunca tienen problemas en su relación con otros? El problema que el resto de nosotros tiene contigo, es que eres tan sutilmente pagado de tu propia rectitud con respecto a las desviaciones, inquietudes, peculiaridades y absolutas chifladuras del resto de nosotros, que nos exasperas. Pero ¿a qué viene todo esto? Todo hijo (e hija) de Adán estima su disposición casi más que lo que atesora cualquier otra cosa en la tierra, incluso el Señor. Lo que es peor, es el hecho de que es muy raro el hombre que siquiera se da cuenta de que esto es un problema. Así, pues, aquí vemos un perfecto ambiente para un choque de frente entre la vida humana y la vida divina. Obviamente, ninguna de las cosas que acabo de mencionar, son atributos de la vida divina. ¡En el momento mismo en que la vida humana queda comprometida, se incomoda! ¡Se lamenta! ¡Refunfuña! Por otro lado, la vida de Dios puede tenderse sobre una cruz para ser injustamente crucificada por aquellos mismos que él creó. Pero debo contrapesar mis palabras. Hay otra clase de cristiano que quedó enfocado al yo decir: “puede tenderse sobre la cruz y ser crucificado injustamente”. Este es el cristiano que, por su propia disposición, tiene una tendencia masoquista. O sea, que es tan súper religioso que nunca se queja. ¿Por qué? ¿Porque es tan semejante a Jesucristo? No; sino que simplemente se goza en mantener la boca cerrada. Le gusta la divulgación limitada. ***A esto no me ha tocado verlo en el sentido que el autor le está dando, pero sí en reuniones caseras, domésticas, efectuadas en casas de familia, donde me tocó ser líder de un grupo de hermanas que allí se reunían. El eje de la reunión era compartir alguna palabra y luego orar específicamente por las necesidades de cada familia por ellas representadas. Allí tuve ocasión de conocer a alguien que disfrutaba jugando un rol escénico que la convertía en el centro de cada reunión. Yo denominaba a ese papel actoral: “La pobre mujer que sufre”. ¿Se entiende, verdad? Hay miles así. Y también hombres, desde luego.*** Porque es segura. Literalmente, le resulta menos doloroso quedarse callado y ser injustamente crucificado, que hablar francamente y compartir quién es y por qué circunstancias está pasando. (Compadezco a la pobre mujer que se casa con él o al compañero de cuarto que vive con él. Este cristiano se aficiona a la cruz; recurre a ella como el pato al agua. Su esposa, por su lado, acaba prefiriendo instituciones mentales.) En alguna parte de lo recóndito de su subconsciente, el tal cristiano se siente muy

pagado por el hecho de que no se revienta el cráneo cada vez que alguien hiere sus sentimientos. Dicha conducta no es ni la negación del alma, ni la obra del Señor en el hombre exterior. La peor cruz, la más horrible y la más repugnante que puede sobrevenirle a ese buen hermano (o hermana), es tener que confrontar a alguien abiertamente o declarar francamente lo que tiene en su mente. Pero él no hará eso. Se siente satisfecho. El, igual que el resto de nosotros, está muy orgulloso de sus características disposicionales. Ni el cristiano que tiende a explotar, ni el cristiano que tiende a tragarse todo, se han encontrado con la verdadera cruz de Jesucristo***(Me pregunto si nadie les leyó esa palabra que habla de que debemos ser transparentes)*** ¡Ah, pero cobra aliento, Cris, sea lo que seas realmente! Recuerda que servimos a un Señor que nos ama lo suficiente como para caerle a cualquier rasgo que nuestra alma ponga de manifiesto. Cuando veas cuán necesitados estamos todos de ser cambiados, y cuán ciegos e incapaces somos todos para efectuar por nosotros mismos esta nuestra transformación, entonces estarás tan sólo a una corta distancia del lugar donde puedas ver que todo problema y toda prueba que llegan a tu vida, han sido enviados allí por la mano de Dios para realizar el bien más elevado posible en tu vida. Pero necesitarás toda la sabiduría de tu espíritu, toda la experiencia que la vida te haya dado hasta la fecha, y además, una abrumadoramente larga espera delante de Dios (y tal vez algún aconsejamiento con un amigo cristiano... uno que no sea apto para convenir contigo), pera entender cómo relacionarte con esa mano de Dios. En alguna parte de todo ello, recuerda esto: las pruebas están entre las mayores bendiciones de la vida. Déjame ilustrar un poco más lo que acabo de decir. Recuerdo al muchacho que se declaraba a todas las muchachas de su congregación. Recuerdo a la muchacha que nunca dejó de estar loca por los muchachos. ¿Qué podía hacerse para ayudarlos? Por aquel entonces, cuando hacían esas cosas disparatadas, los dos estaban también totalmente entregados al Señor. ¿Y crees que reprenderlos por ser tan triviales los habría ayudado? ¡No! Su proceder era sólo un síntoma de defectos de personalidad mucho más profundos, mucho más recónditos. Entre paréntesis, en ambos casos ese defecto quedaba fuera de toda discusión: era sacrosanto. Toca uno de esos defectos de personalidad verdaderamente básicos en la vida de un creyente y te encontrarás con una resistencia sorprendentemente grande de parte de algunos cristianos por otro lado muy dedicados. Afortunadamente, hay una persona que rehúsa aceptar esas áreas como áreas excluidas. Y cuando Él llega —siempre trayendo consigo 'el peor desastre posible'— lo que El trae a tu vida es algo soberano. Probablemente gritarás y chillarás como si fuera un sangriento asesinato, pero recuerda, el problema sólo luce tan malo, porque cuadra tan perfectamente a tus defectos más básicos y mejor protegidos. Cris, espera que el Señor te confronte en el punto de tu mayor debilidad. Reflexiono sobre lo que he visto durante estos últimos 15 años, cuando algunos creyentes vinieron a estar frente a frente con un Señor, determinado a habérselas con un defecto mayor. En lo que respecta a algunos, el mismísimo día que fueron confrontados así, hicieron las maletas y dejaron... al Señor. Respecto a otros, fue un rótulo bien grande que decía: "Gracias; pero no, gracias; esto es asunto mío, no tuyo." Con respecto a otros más, aquello fue algo tan sin novedad, como ser lanzados a los leones y ser despedazados. Toda la fibra del ser humano pareció rasgarse entonces y romperse, hasta bajo la sola consideración de tener ese trato introducido en su vida. En fin, con respecto a otros más, aquello no sólo fue la naturaleza psicológica abrumada hasta su máximo, sino que hasta matrimonios sólidos se retorcieron, restallaron y casi se rompieron bajo el peso de sólo analizar el problema. ***He visto dentro de las congregaciones un problema que es el epicentro notorio del resto de los problemas: callar lo obvio, jugar al pacto de silencio. Es como si cada uno pensara que callando un asunto, el asunto deja de existir. A eso lo han probado gobiernos dictatoriales y autoritarios con la finalidad de acallar o suprimir las críticas. No les funcionó. Ni bien se vislumbra algo de libertad, los dramas salen a borbotones desde dentro del alma. Callar un problema ni lo soluciona ni lo extermina, sólo lo posterga.*** Esos, querido Cris, son los días en que estás de veras bajo la soberana mano de Dios. Entonces no piensas en mirar debajo de las peñas procurando hallar a Dios que está obrando en tu vida. Puede ser que sí estés mirando debajo de una peña para encontrar un lugar donde esconderte. Ese día sí que no habrá piedad imitativa; habrá muy poca disposición para levantar la vista y decir: "Oh, éste es el Señor." Yo resumiría de este modo la más prominente característica del lado

oscuro de la naturaleza humana: tiene una capacidad de supervivencia casi ilimitada. Asimismo, yo resumiría así la actitud de tu Señor cuando El viene para lidiar con alguno de los defectos realmente más importantes de tu alma: Él es el único poder del universo más determinado a transformarte, que lo que tu propia alma está a sobrevivir. Con frecuencia el choque de esas dos voluntades es un acontecimiento bastante espectacular. De alguna manera, en la obra de transformación de Dios todas estas cosas tienen que quedar niveladas. Tiene que llegar el día en que prácticamente nada que se te haga, pueda herir tus sentimientos, no importa cuán injusto pueda ser aquello. A propósito, ésta es otra manera de saber si el Señor ha adelantado algo en tu vida: cuando puedes aceptar una crítica, sin sensación alguna de resentimiento ni ninguna necesidad de desquite, aun si te la hacen con malignidad. ***Por favor, no tomes esto que terminas de leer con liviandad ni de modo superficial. Haz ya mismo un examen más que profundo de ti mismo, de ti misma. ¿Tienes claro lo que sucede en tu interior cuando alguien te critica algo, así sea con justa razón? Si tu respuesta es honesta y sincera, pues entonces ya sabes de qué lado del camino estás. Nada ganas con ocultarlo, simularlo o acallarlo. Igualmente seguirá estando allí.*** Ahora, dale la vuelta. Tiene que llegar el día en que seas muy sensible a los sentimientos de otros. Pero yo no te recomendaría que te determines hoy ser siempre comedido, amable y considerado. Mejor determina que tu piel se torne moteada —tienes más probabilidad de lograr esto. No. Estas son cosas que sólo el dolor, la angustia y el quebranto pueden obrar en tu vida. Y esto, tan sólo gradualmente.

Capítulo 19

Querido Cris: ¿Y qué papel juega Satanás en todo esto? Hay una cosa que se puede decir de Satanás. El es muy probablemente la persona con la cual es más fácil obsesionarse en el mundo entero. Hay cristianos que están mucho más enamorados de Satanás que de su Señor. Cris, no caigas en esa trampa. Sabemos que un día Satanás entró en las crónicas de la vida de Jesucristo. La pregunta de por qué él apareció, ha llenado ya muchos libros, quizá hasta libreros enteros. Pero sabemos esto: Cuando esa confrontación terminó, el resultado que de ella salió a la luz, fue nada menos que la salvación para toda la humanidad. Así, pues, cuando quiera que se te ocurra que Dios le ha concedido a su enemigo, aunque sea por un instante, alguna porción de tu vida, recuerda esto: Si realmente Dios ha permitido que Satanás entre en tu vida, cuando esa confrontación haya terminado, los resultados habrán de ser una transformación en ti. Ten por cierto que ahí va a quedar un poco menos del lado oscuro de tu humanidad. Y un poco más del lado resplandeciente de su divinidad habrá tomado su lugar. Si tienes la tendencia de echarle la culpa de todo al diablo, entonces pasarás por alto una gran parte de la obra que el Señor ha planeado para tu vida. En efecto, si tienes la tendencia de considerar que aún una porción razonablemente grande de todo lo que viene a tu vida viene de parte del diablo, puede que no hayas comprendido bien una de las cuestiones centrales de la obra de Dios en nosotros.
Lo que sucede es que poco a poco el mundo, (Incluido muchos cristianos), ha ido tomando el libreto escrito en el infierno y, de tanto repetirlo, ha terminado creyéndolo. ¿Un ejemplo? Un viejo adagio que dice: "Las comparaciones son odiosas". Eso no es verdad. Si tú no tienes conocimiento de un libro o un tema musical malo, jamás podrías apreciar uno bueno. Así es que, si Dios no le hubiera permitido el acceso al mal, nosotros jamás hubiéramos podido entender lo que era el bien. Cierto, puede que ése que se llama Satanás tenga el control de este mundo; pero acuérdate de dar un paso más en este asunto: en definitiva, el Señor tiene el control de Satanás. Repito esto: en fin de cuentas, hasta tu enemigo, Lucifer, está bajo el control del Señor. De modo especial, los obreros cristianos tienen la tendencia de llamar a todo lo que se opone a su pequeño mundo y a su pequeña obra, como que proviene del diablo. ¡Cuántas veces he sido testigo de tal actitud en estos últimos 30 años! Ciertamente, una acusación como ésta de parte de un obrero: "Miren, todo este asunto es del diablo", le crea una situación bien desagradable a ese pobre hermano que realmente está causando el problema. Cuando despierta, descubre que ahora todos sus amigos piensan que él es el diablo... o un razonable facsímil de él. Es una sensación muy desagradable, ¿o no lo es? Estar

sentado allí en la reunión y escuchar que lo que estás haciendo, es 'obra del diablo'. Espero que sobrevivas; pero francamente, son muy escasas las probabilidades de que así sea. Sin duda alguna, deseo que ningún obrero cristiano hable de esta manera. Semejante forma de hablar me ha estado cuajando la sangre durante una generación entera. Pero se habla así. Durante los siglos pasados se ha hablado así, y por cuantos siglos falten aún por pasar, se seguirá hablando así. Y si llega el día en que alguien diga de ti: "Esto es obra del diablo", te exhorto, Cris, a que refrenes tu corazón; refrena tu lengua y refrena tus motivos. Mantente limpio, purifica tus motivos, rinde tu voluntad, tus opiniones, tus deseos y tus esperanzas al Señor. Alza luego tus ojos a los montes y conoce que todas las cosas ocurren con la venia de la mano del Señor. El dolor, el gozo, la esperanza y el temor. Si rehúsas aceptar aun esto como de la mano del Señor, es probable que te vuelvas un amargado. Y un cristiano amargado es un cristiano devastado. Las cosas negativas vienen tan de la mano del Señor como las positivas. Su obra en ti tendrá tanto de lo resplandeciente como de lo oscuro, tanto de gozo como de aflicción. Dios obra por medio de todas las experiencias, y utiliza todos los medios para elevarnos a la plena estatura de Jesucristo. Tu enemigo, quienquiera que ese ogro sea, es no obstante un servidor de Jesucristo. El Señor usa a tu enemigo, que es asimismo su enemigo, para transformarte y para llevar a su iglesia a la victoria. La más elevada expresión del amor de Dios no es el gozo, sino el sufrimiento, o la aflicción o la disciplina. Lo que creíste que era reprensión, era amor en gran manera fiel. Y aquello que creíste que era derrota, pudiera haber sido la victoria del Señor en tu vida. Además, aquello de que tú habías estado completamente seguro que era el enemigo mismo, en definitiva pudiera haber resultado ser ningún otro que el Señor de la vida. ***De hecho, en ciertos momentos de una vida, a Dios le place permitir que esa vida pase por situaciones críticas o sencillamente desesperantes. ¿Lo hace con todos? No, absolutamente no, no es un método, es una decisión divina por algún motivo más que sobrado.***
¿Y qué hace la gente cuando Dios empieza a sacudirle su tienda? Reprende demonios y se cubre con la sangre de Jesús contra el diablo. ¿Ni por un momento evaluará que quizás sea Dios que quiere enseñarle algo? De hecho, no estoy hablando que se le muera un hijo, o sus padres, estoy hablando de pruebas posibles de superar sin desesperarse.

Capítulo 20

Cris: El martirio es algo que ha fascinado a la iglesia cristiana a lo largo de los siglos. El Libro de los Mártires del autor Fox y otros libros semejantes nos cuentan las maravillosas historias de aquellos que prefirieron ser quemados vivos, antes que abjurar de su fe; de aquellos que se pusieron frente a una espada a fin de salvarle la vida a otro; de aquellos que confesaron a Jesucristo encarando una muerte segura; de aquellos que dieron su vida antes que maldecir el nombre del Señor. Todo eso es muy bello, pero prefiero ser un sacrílego aquí y decir que puede que el martirio no sea lo más elevado que Dios pudiera obrar en la vida de un creyente cristiano. Yo observo a los cristianos con quienes vivo, a quienes conozco y amo tan entrañablemente. Aman al Señor de un modo real y verdadero, y muy probablemente morirían por El hoy mismo, aun en este minuto. Y si ocurriera eso, con toda probabilidad los honraríamos con un temor reverente y santificaríamos su memoria. Pero la verdad es que conozco a algunos de esos creyentes muy, pero muy bien. Quizás hasta demasiado bien. Algunos de esos amigos míos cristianos, que de buena gana morirían hoy mismo por el Señor y que probablemente morirían en forma gloriosa, bueno... no obstante, son unos terribles compañeros de cuarto... y maridos, y esposas. ¿Mi punto de vista? La muerte por martirio es casi la salida de un cobarde. Pero el sufrimiento... ah, a diferencia del martirio, éste sí puede resultar un poco duro para el alma. Por lo general, es más difícil vivir que morir. Puedes lucir bien si llegas a ser un mártir. Siempre me he imaginado que, dados una arena adecuada, unas cien mil personas y unos leones bien ágiles, yo podría poner en escena una exhibición que sería recordada a lo largo de los siglos. Sólo espero que los reporteros nunca lleguen a preguntarle a mi esposa cómo era el vivir conmigo.) Digamos que de alguna manera tú fueras salvado, posiblemente en el último momento mismo, del horrible martirio de

morir quemado vivo en la hoguera. Las llamas ya han chamuscado tu cuerpo. Entonces te llevan al hospital para que te recuperes de serias quemaduras en todo el cuerpo. Estoy seguro de que al cabo de algunos días el resto de nosotros estaría pensando, en privado, si tal vez no habría sido mejor que no hubiésemos llegado allí a tiempo con los cubos de agua. Es que podrías ser un paciente tan intratable y desdeñoso, que podríamos llegar a desear que ojalá hubieses seguido adelante y hubieses muerto. Cris, hay cosas que el martirio no puede realizar. Cosas que sólo la aflicción puede hacer. El sufrimiento puede extraer de lo recóndito de nosotros aquello que no se someterá a lo divino por ningún otro medio. A veces aquello que, en nosotros, rehúsa ser reemplazado por lo divino, sólo puede ser alcanzado por el sufrimiento injusto. En muy raras ocasiones el cadalso del mártir reemplaza bien el escalpelo del cirujano. Sosiégate en lo que respecta a este asunto, Cris. Casi seguro que en alguna parte allá afuera te espera mucho sufrimiento, aflicción y catástrofe. ***No me caben dudas que esto que acabas de leer, puede hasta resultarte ofensivamente blasfemo. Sin embargo, con toda honestidad, no puedo menos que coincidir. Creo fervientemente que ser útil al Reino de los Cielos es pelear la buena batalla aquí y ahora. Que el abandonar este mundo podría ser llegado el caso, una consecuencia gloriosa de esa guerra, pero no comparto para nada que desear morir por Dios haya sido, o sea, el plan de Dios para las vidas por Él mismo creadas.***

Capítulo 21

Cris: Cada década de tu vida tiene un propósito particular, en lo que a la misma concierne. La década de los veinte a los treinta años de tu vida está reservada para el propósito de recibir tu salvación, consagrar tu vida total y completamente al Señor, y, para la mayor parte de nosotros, encontrar un cónyuge cristiano y casarnos. Con relación a los que son doblemente bendecidos por Dios, quizá llegues a participar de una verdadera experiencia de vida de iglesia, en que haya una justa semejanza de equilibrio, en que las cosas profundas de El Ungido sean reales y válidas, y en que la iglesia de Jesucristo esté yendo en pos de su eterno destino. Con respecto a tu relación con Jesucristo a largo plazo, la década de los treinta a los cuarenta años será casi seguramente la de los años más significativos de tu vida. Durante esa década de los treinta a los cuarenta años, tendrás que reevaluar todos tus compromisos, normas y conceptos que te formaste cuando tenías entre veinte y treinta años. De hecho, tendrás que decidir si esa consagración de estar totalmente entregado al Señor, que hiciste en el curso de los años inmediatamente subsiguientes a los veinte, es algo con que realmente te propones vivir el resto de tu vida. Es muy probable que el hombre de 32 años ya no esté tan dispuesto a vivir según el compromiso que heredó de un muchacho de 21 años. Es en la década de los treinta a los cuarenta años de edad que probablemente determinarás en realidad cuál va a ser exactamente tu relación hacia la mundanalidad. Puede que te establezcas con un trabajo, una casa, y un gran número de amortiguadores protectores que afiancen tu seguridad. Puede que elijas tener un hogar e hijos; y en lo que a religión se refiere, practicarás el antiguo y común rito de entrar en un edificio de iglesia una o dos veces por semana. O puede que prefieras escapar de los temores de seguridad de esa década de tu vida, te consigas una tienda de campaña de pelo de cabra, tomes a tu familia y partas en busca de esa ciudad. Si algo parecido a esto te sucede en la vida, y ello tiene lugar en la década de los treinta años y no de los veinte, entonces hay una probabilidad realmente buena de que vayas a comenzar una genuina relación con el Señor. (¡Dios te libre de querer empezar a servirlo desde la década de los veinte!) Es cerca de los cuarenta años de tu vida y a lo largo de esa década de los cuarenta que aprenderás a comer polvo, desierto, yermo y desolación, y a atravesar el rincón nororiental del infierno, sin siquiera tener sed. Allí es donde habrás de afrontar la verdadera persecución, donde una y otra vez será probado tu temple. Los problemas de este período son reales: una de dos, o la depresión y el desaliento te destruirán, o aprenderás a vivir en espíritu de resurrección. Entre los cincuenta y los sesenta probablemente habrás de volver a pelear algunas de las batallas que tuviste entre los treinta y los cuarenta. ¡Qué futuro! ¿Eh? Cris, ¿te atreverás a ser un espíritu libre por todo el resto de tu vida, viviendo para el Señor como un temerario vive por la aventura? Entre los

cincuenta y los sesenta años de edad percibirás la primerísima sensación de las frías y heladas manos de la muerte, que empieza a rodear con sus dedos tu tabernáculo exterior. Entonces puede que optes por correr en busca de abrigo, o puede que quedes abrumado con la apremiante sensación de que si de veras has de hacer algo por el Señor, mejor te decides a empezar enseguida. Y esa década de los cincuenta a los sesenta puede estar guardando para ti tus primeros años de verdadera fecundidad en ese sentido. Y si Dios es doblemente misericordioso contigo, El puede hasta darte una renovación de ese intenso deseo de conocerlo más profundamente. ¿Qué te sucederá después de cumplir los sesenta años (y aun los setenta, si El te permite vivir más allá del tiempo señalado)? Nadie lo puede decir, pero esto sí es absolutamente cierto: Hasta que lances tu último suspiro, El seguirá obrando en ti, a fin de transformarte. ***De eso puedo darte absolutamente fe y testimonio. No sé cuántos años más en esta tierra tendrá decidido mi Padre darme, ni tampoco me interesa saberlo. Lo que sí sé es que hoy estoy lleno de proyectos y planes, todos tendientes a aportar lo mío para garantizar madurez en los santos con los que tengo contacto. Eso, en un tiempo futuro, será el mejor reaseguro de no caer por ignorancia en religiones oficiales ni órdenes mundiales establecidos.*** A propósito, envejecer no es ninguna garantía de descanso de la lucha ni de transformación. De hecho, ésa podría ser la época más amarga de tu vida. Eso dependerá de las reacciones que estás programando ahora mismo en tu vida, al lidiar con las pequeñas tribulaciones, dolores y luchas en esta década entre los veinte y los treinta años. Cuando tengas 60 años y estés confrontando una enfermedad, reveses financieros, un desastre, una falta de aprecio, una traición, amigos que se convierten en enemigos y la interminable pérdida de toda la fatiga y trabajo de tu vida entera, recuerda entonces, que tendrás que vivir esa porción de la lucha de la vida, parado sobre el fundamento que tú mismo hayas erigido durante la década de los veinte a los treinta años de tu vida. Y si todo lo que hayas llegado a aprender durante los años de esa década de 'los veinte', no sea más que simplemente cómo impedir volverte un amargado, entonces eso sólo ya será un milagro digno de ser comparado con la división del mar Rojo. Además, tal vez sólo podrías sobrevivir los sesenta con ese fundamento debajo de tus envejecidos pies. En todo esto, ojalá que nunca llegues a ceder a la seguridad. Que siempre estés dispuesto a ser móvil, a seguir, ya sea la nube, o la columna de fuego, y que puedas siempre ser hallado en un ascendente sendero de fe. Una fe que diga: "El cuidará de mí hasta el día de mi muerte, aun si el día que yo muera me halla, al fin, sin nada. Esto es, sin nada... excepto El."

Capítulo 22

Cris, Te voy a decir una adivinanza, y si me puedes contestar la pregunta en forma satisfactoria y plena, déjamelo saber. Estoy ministrando al Señor desde hace ya tres décadas. Ha sido un ministerio realizado dentro del marco de la vida de iglesia, así como un ministerio que, espero —y creo— ha estado centrado en el Señor Jesucristo. Pero, aquí está mi misterio: Hay algunos cristianos que han venido entre nosotros que tienen grandes defectos de carácter. Vienen, escuchan los mensajes, toman notas y nunca se pierden ni una sola reunión; vienen a todas las reuniones de oración de las seis de la mañana, leen todos los buenos libros, hacen todo exactamente como se recomienda que hagan los que son nuevos en El Ungido; oran, cantan, dan testimonio, esperan pacientemente delante del Señor, hacen todo lo que las propias Escrituras los exhortan a hacer. Pero, con todo, no cambian. ¿Por qué es esto? No lo sé. Sin embargo, he notado algo. En algunas ocasiones he visto a tales hermanos y hermanas, que tienen defectos profundamente arraigados, que, luego de años y años de seguir sin mostrar cambio alguno y a veces escapando de casi cometer un homicidio, podría añadir yo, finalmente quedan confrontados. Entonces ocurre algo muy peculiar: No pocas veces, el día mismo que quedan confrontados, hacen las maletas y se van. Puede que durante años y años hayan infligido penalidades al resto de nosotros con sus abominables maneras (y no los habíamos confrontado, porque su corazón parecía tan dedicado al Señor y nos daban lástima por su incapacidad de habérselas con sus defectos psicológicos tan hondamente arraigados), pero una vez que eran confrontados, allí mismo y de inmediato terminaban su permanencia en las cosas profundas de

Jesucristo. Desde luego, esto no siempre es así. Pero es bastante cierto como para que despierte nuestro interés en observar estas cosas que pasan. No sé exactamente por qué algunos hacen las maletas y se marchan cuando el Señor va al fondo del asunto, pero de algún modo, cuando el Señor penetra en lo íntimo de sus problemas reales —no en los aspectos superficiales— sencillamente se van. Hemos llegado muy cerca de descubrir qué era aquello a que se aferraban con tanto apego. Con un apego tan grande, que realmente no querían que nadie les tocara ni cambiara aquello. Por supuesto, estoy hablando de santos que tienen defectos profundamente arraigados. Pero Cris, todos tenemos defectos profundamente arraigados. Así tú, como yo. Como también ese pulcro, casi perfecto cristiano que está sentado junto a ti. Siempre hay algunos defectos profundamente ocultos en cada uno de nosotros, imperfecciones tan bien ocultas, que no sabemos que las tenemos. (Pero, por lo general, nuestros hermanos y hermanas lo saben. ¿No es esto fascinante? Nosotros no podemos ver nuestras imperfecciones. Pero los demás sí. ¡Tres vivas para esa vida de iglesia muy unida!) Esos defectos constituyen el mayor campo en el cual se habrá de pelear la batalla por nuestra transformación. Y me apresuro a añadir que hasta al Señor todopoderoso le cuesta trabajo arrancar algunos de esos problemas tan bien ocultos que hay en nosotros. Quisiera hablar un poco más sobre esto, porque este asunto me ha turbado mucho a todo lo largo de mi ministerio. En varias ocasiones he ido a ver a un cristiano muy vulnerado y le he pedido que por favor buscara ayuda profesional. A veces ese amigo cristiano se iba, pero no para buscar ayuda, sino para enfurruñarse. (O con el fin de mantener una apariencia de sumisión a otros, respondía e iba... una sola vez.) Acuérdate de que me estoy refiriendo a creyentes jóvenes como tú, Cris, que —así como tú— han suplicado fervientemente al Señor, que los transforme a cualquier costo; jóvenes cristianos que han invitado la cruz del Señor a que entre en su vida. La pregunta delante de la Sala es ésta: ¿quiere realmente ayuda ese creyente? ¿Desea realmente ser transformado o está simplemente disfrutando de ser cristiano y de formar parte de un pueblo que realmente ha entregado su vida al Señor? ¿Disfruta inconscientemente el ministerio, el canto, la comunión con El Ungido en su espíritu, y con todo, de alguna manera levanta una cerca alrededor de ese hombre oculto que hay en él, para asegurarse de que nada precioso al yo sea roto? ¿Tiene él un alma tan débil y tan impedida, que tiene miedo de que si sus muletas, sus argucias y peculiaridades psicológicas quedan confrontadas, de algún modo fracasará y nunca más se recuperará? ¿Por qué será que muchos cristianos no cambian nunca, aun en algunas de las circunstancias espirituales más ideales que hayan conocido jamás? Cris, no sé la respuesta, pero quisiera preguntarte: ¿estás dispuesto, en definitiva, a ser confrontado en lo que concierne a las debilidades que hay en tu vida, de las cuales no pareces tener conocimiento en absoluto? Sea que llegues a ser confrontado en debida forma o impropiamente (y me temo que hoy, en nuestra época, sea probablemente una confrontación impropia, efectuada por una persona impropia, en medio de una obra impropia), queda siempre el hecho de que la reacción que demuestres frente a esa confrontación, habrá de revelar muchísimo respecto de la clase de persona que eres realmente. Tengo que admitir, que algunas veces mi corazón se regocija grandemente cuando veo que viene una cruz para penetrar ese veterano cristiano, una cruz tan grande, que ni él puede escapar la transformación que la misma ha de obrar en él. Y sí que viene, invariablemente. El viejo cántico espiritual sureño dice: No es ni mi madre ni mi hermano, sino que soy yo, oh Señor, de pie en la necesidad de oración. Debería también decir: No es ni mi madre, ni mi hermano, no mi hermana, ni el obrero, ni mi esposa, ni mi esposo, ni tampoco mis hijos, sino que eres Tú, oh Señor, quien me ha enviado este problema tan desagradable. Hay un hecho que tiene que quedar definitivamente establecido en ti. Puede que este hecho sea el centro de tu andar con el Señor. Es esto: Todo lo que viene a tu vida, está ordenado por Dios. Para un cristiano nada es accidental. Esto incluye algunos acontecimientos injustos, terriblemente injustos. Puedes contar con que a menudo habrás de ser tratado injustamente. Voy a usar un ejemplo realmente desagradable. Digamos que te casas. Y digamos que, unos ocho años después, tu esposa te dice que está considerando seriamente pedirte el divorcio. (¡Huy, qué horror! Excúsame por usar aquí un pensamiento tan cruel. Supongo que estoy tratando de captar muy seriamente tu atención, Cris.) Ahora, el divorcio que vislumbras puede no ser la voluntad del Señor, pero en realidad El sí pudiera usar esas circunstancias extremas para desarraigar algún profundo defecto de tu carácter. Su

objetivo fundamental es la plena posesión de tu alma. Bueno, confieso que yo estaba renuente a usar semejante medio para captar tu atención. Déjame decirte por qué. Recuerdo demasiado vívidamente cuántas veces les he dicho estas cosas a jóvenes cristianos como tú, y los he visto irse buscando, tratando de hallar por todas partes la obra de Dios en su vida y llamando todo lo que llegaba a su vida "la soberana mano de Dios que me transforma". Cierto, todos estamos dispuestos a aceptar cualquier cosa que nos venga, como procedente del Señor, excepto aquellas cosas que realmente pueden cambiarnos. Entonces nos olvidamos completamente de todo ese concepto de transformación. Es así como a veces nos volvemos momentáneamente ateístas, olvidándonos incluso de que Dios existe. He observado cómo muchos jóvenes tratan de producir una obra divina en su propia vida, o de elevar algún problema trivial a una posición tan alta. Algunas veces ese esfuerzo resulta trágico y a veces cómico, pero siempre es absurdo. No se puede imitar aquello que la vida divina produce en uno, más que lo que un perro puede imitar con buen éxito a un hombre. ¡Es tanta la discrepancia que hay! He llegado a comprender, después de treinta años de ministerio, que la más elevada revelación recibida en lo que concierne al Señor y sus caminos, no es suficiente para contender con esas imperfecciones humanas básicas con que todos estamos tarados. El tener la más elevada revelación que haya, el imitar la más elevada revelación de la vida del Señor que podamos captar, el cambiar todas las cosas en nuestra vida y llamar todo ello la obra de Dios que nos transforma, todo eso es bastante fútil. Al cabo de treinta años de trabajar con jóvenes, tengo muchísimos recuerdos de jóvenes de 19, 20 y 21 años que ayunaban, oraban, cantaban, alababan, y daban y hacían todo y cualquier cosa que podían, a fin de asegurarse de que Dios ganaba terreno en ellos, tan sólo para ver que los defectos más básicos permanecen allí... intactos... hasta quince años más tarde. ***Debería ser una tremenda novedad para todos los lectores esto que Gene describe en este capítulo, pero me temo que no lo es. Y no sólo no lo es en cuanto a lo que cada uno de ustedes, (Nosotros debería haber dicho), podamos ver en quienes nos rodean, sino en nosotros mismos. ¿Cree alguien que es fácil que una persona nacida en egocentrismo, entregue alegremente el control de su vida a alguien invisible, en quien dice creer, pero que en muchas ocasiones ni siquiera tiene certeza que realmente exista?***

Capítulo 23

Querido Cris: La obra de la cruz viene en muchos estilos y medidas diferentes, en muchas combinaciones distintas y en muchos y diversos colores. Es raro el cristiano que comprende de veras qué es la cruz en su vida. Déjame expresar esto de otra manera. Es muy raro el cristiano que sabe identificar correctamente la cruz como que de veras es la cruz, una vez que ésta llega. Nuestra naturaleza caída es un verdadero genio en impedir que la parte más importante de los hábitos del yo, vaya nunca a la cruz. Por consiguiente, algo en nosotros nos impide ver la cruz, aun cuando la misma esté directamente delante de nosotros. O si no, le damos un nuevo nombre a la cruz: "¡Tratamiento injusto e inmerecido a manos de un puñado de malvados!" Llámala así, si quieres, pero de hecho sigue siendo la cruz, enviada por el Señor mismo. Pero la cruz puede venir de una manera completamente contraria a ésta. También puedes pensar que algo sea la cruz cuando no lo es. Para ti, puede ser ese día cuando te encuentras frente a un amigo cristiano que te dice: — ¡Esta no es la cruz de Jesucristo en tu vida; tú simplemente tienes tendencias masoquistas! Escuchar la verdad de semejantes palabras devastadoras... y habértelas con la verdad revelada... ésa será tu cruz. Veamos a un cristiano más, uno que cree que está llevando su cruz en una forma tan bella. Su cruz, al menos en su propia opinión, es su esposa peleona y regañona. Finalmente, un día queda confrontado con la verdad: — ¡Hermano, tú no estás llevando la cruz! Tú eres un hombre reservado, muy poco comunicativo, que mantienes oculta tu entera personalidad. Tu esposa no es regañona, sino que se está tornando completamente loca furiosa por el hecho de que no has dejado que te conozca bien quién eres. Eres tímido, eres recóndito. De hecho, eres completamente engañoso. Ser paciente con los regaños de tu esposa no tiene que ver absolutamente nada con la cruz, ni con lo que el Señor quiere realizar en tu vida. Y además de todo esto,

eres súper religioso. Tu preciosa cruz no es nada más que un encubrimiento, una evasión, una fianza con respecto a la verdadera cruz que necesitas en tu vida. Probablemente tus quijadas se quebrarían si abrieses la boca y empezaras a comunicarte con tu esposa. Estás seguro en tu silencio... para ti habría riesgo, y terror, y ansiedad en conversar. Ni siquiera has comenzado a conocer la cruz. ***Conocí un caso como el descripto aquí. Una hermana mayor vino a consejería buscando apoyo de oración por un problema que tenía con la esposa de su hijo mayor. Según relataba, esa joven le hacía la vida imposible y hasta le impedía ver a sus nietos. Y concluía su relato con una expresión que los consejeros cristianos deben haber oído en varias ocasiones: "¡Y bueno, paciencia, esa debe ser mi cruz!" Al tiempo pudimos decirle que no, que esa no era su cruz, que solamente era el resultado de una relación torcida por años con su hijo mayor, al que tenía sumamente dominado y lo manipulaba a su antojo. Cuando el muchacho empezó a escaparle por causa de darle prioridad a su mujer, la madre no pudo soportarlo y se las tomó en contra de ella.*** Y, por encima de todo lo demás, no sabes prácticamente nada acerca de lo que es la verdadera espiritualidad; no eres más que un súper religioso y reservado solitario que está a punto de darle los toques finales al proceso de volver loca a su esposa. ¡Ándale! Si ese hermano, al confrontar la verdad en su pura realidad, acepta semejante exposición, entonces sí habrá permitido que el Señor le revele el verdadero sentido de la cruz... quizás por primera vez. En lo que respecta a otro hermano, su día ha llegado cuando comprende que esa su propia y refinada habilidad de no enfrentar a alguien (sino, más bien, llevar la cruz), es en realidad un acto de cobardía. Llegar a aceptar ese enfrentamiento sería su verdadera cruz. A la inversa, está el hermano que está muy orgulloso de ser franco, y abierto, y pronto a exponer las cosas a la luz. Pero algún día, en algún lugar, será confrontado con la realidad casi opuesta. Tendrá que afrontar el hecho de que hay cierta crueldad en él, de que es un hombre insensible y sin compasión, y para él hablar es rehusar la cruz. Para él, guardar silencio y aceptar (según él las ve) las injusticias, casi que lo mataría. Así, si se las arregla... el Señor habrá logrado una victoria. La esposa que cree que es la madre perfecta y que está realizando la maravillosa tarea de ser piadosa esposa y madre, puede que un día tenga que afrontar el hecho de que es, más que nada, farisaica en cuanto a su perfección. El hermano que a diario y constantemente derrama su vida por los demás, sirviendo a otros y que es amado y reverenciado como un verdadero siervo del Señor... (Todos nosotros lo amamos... después de todo, mira todo lo que ha hecho por cada uno de nosotros: ciertamente aquí tenemos a un cristiano), puede que un día tenga que llegar a darse cuenta de que en realidad no está sirviendo al Señor, sino que psicológicamente él es un individuo muy inseguro, que está tratando de lograr el favor de los demás con su trato servicial. Luego, está la hermana que alaba al Señor constantemente, que ha renunciado al matrimonio para servir al Señor todo el tiempo, y se la considera una verdadera discípula de Jesucristo y la imagen de la cristiana soltera perfecta. Puede que un día esa mujer tenga que afrontar el descarnado hecho de que inconscientemente ella aborrece a los hombres o le tiene miedo al sexo, o tiene tendencias homosexuales latentes, y que tiene un concepto muy pobre de sí misma y está procurando obtener el favor del Señor y de los cristianos; o que inconscientemente ella siente que el Señor está castigándola por ser tan insulsa. ¡Uy! Si la sorprenden en ese acto de vana ilusión... bueno, ése será el día más negro de su vida. ¿Podrá sobrevivir? ¿Seguiría ella a Jesucristo si Él le pidiese que se casara y desistiera de ese engaño? He visto a demasiados cristianos que encajan en estas categorías. (¡Debieras leer lo que he dejado fuera!) Cuando su vida queda reducida a una mera confusión por algunos divinos estallidos de exposición, entonces experimentan de veras el pleno poder de la cruz por primera vez... Como dije, la verdadera cruz viene en algunas combinaciones muy sorprendentes. Ciertamente, cuando el revelador destello de la luz hiere, algunos cristianos prefieren seguir la mascarada, se escabullen en medio de la noche y montan su acto en la siguiente ciudad. En efecto, cuando por último la luz hiere el 'verdadero yo', ninguno de nosotros gana medalla alguna por la grata aceptación. Puede ser que nada de lo que te he mencionado aquí resulte cierto: puede que esa mujer piadosa que nunca se casó, de veras sea piadosa. Puede que esa madre casi perfecta sea de verdad casi perfecta. Puede ser que ese hermano que se aguanta la lengua cuando se lo vitupera, y se murmura de él, y se miente acerca de él, esté realizando algo realmente elevado en esta tierra. Todo eso puede muy bien

ser verdad; pero en cada uno de esos creyentes yace, en alguna remota parte, oculta tras una oscura y hace tiempo olvidada puerta de mazmorra, un profundo y escondido defecto psicológico, el cual el Señor está determinado a localizar y traer a la luz, ¡y transformar! Esa hora puede muy bien contener para ti más dolor que el que hayas experimentado nunca antes en tu vida. Cris, en esa hora te va a doler. Hay una excelente oportunidad de que en ese momento puedas sentirte muy tentado a apartarte de la cruz del Señor. Cada uno de nosotros lleva consigo algo muy precioso que, a pesar de todas nuestras expresiones de devoción al Señor, no estamos dispuestos a rendir a la cruz. Tragedia de tragedias... al parecer, nunca sabemos esto. Como un hermano lo expresó muy sabiamente: “Por lo general, la cruz es exactamente lo contrario a lo que creíamos que era.” A la luz de todo lo que he dicho aquí, ¿Tiene realmente algo de sorprendente que Dios use la aflicción y el dolor para traspasar nuestras defensas? Dime, te ruego, ¿qué otra cosa podría penetrar semejante baluarte?

Capítulo 24

Cris: Un cristiano que conozco desde hace mucho tiempo tiene, como todos tenemos, un defecto disposicional muy grande. Lleva ya alrededor de siete años escuchándome en mi ministerio. Un día tuvimos una conversación seria. —Bill —me dijo, —hace mucho tiempo oí a usted hablar de la cruz, y me formé la idea de que Dios era un Dios terrible que me hacía sufrir, y que era bueno que yo viera a Dios de esta manera y viera cuán indigno yo era. De modo que he estado tomando todo como proveniente del Señor, temeroso de que Él no me amaría si alguna vez yo rehusaba algo. Míreme; yo temo a Dios, todavía trabajo en el mismo empleo y con el mismo salario que tenía siete años atrás. —Entonces me echó una mirada como diciéndome: “Bill, todo esto es culpa tuya.” ¡Oh, misericordia! Cris, no vas a creer esto, pero tan sólo una hora después me senté con otro cristiano, que dijo: —Bueno, sí; he estado bebiendo mucho y saliendo con inconversos. Pero, Bill, ¿no se acuerda de que hace unos siete años usted dijo que, como cristianos, debemos estar bien persuadidos y psicológicamente equilibrados? ¿Y no recuerda usted que hace seis años habló de nuestra libertad en El Ungido? ¡Me sentí tan liberado cuando comprendí que estaba libre para hacer de todo! Luego él también me miró de una manera que parecía decirme: “Cuando vaya delante del Señor, si Él me requiere por mi licencia, le voy a decir: ‘¡Bill me dijo que estaba bien!’”. ¡Oh, misericordia, dos veces! Bueno, Cris, después que regresé a casa tambaleando, llorando y jurando que nunca más volvería a ser condescendiente al hablar en público, empecé a reflexionar sobre esas dos conversaciones. En primer lugar, esos dos cristianos trataban de hacerme responsable de su propia conducta. En segundo lugar, los dos habían escuchado tan sólo aquella parte del evangelio que cuadraba a su tendencia natural. Y cada uno tenía un medio absolutamente seguro de salirse con la suya. ¡Vaya! Eso es puro truco. (¡Ojalá yo pudiera decir que este drama me ocurrió tan sólo una vez!) Pero ¿qué estoy tratando de decirte, Cris? Para esos dos cristianos, la cruz era lo contrario a lo que ellos suponían que era. Y los dos se habían ideado medios realmente ingeniosos para proteger sus mayores defectos disposicionales. Habían tomado una cruz hecha por hombres y sellada con mi beneplácito, y se escurrieron mañosamente más allá de la obra que Dios había planeado realizar en ellos. Lo que es la cruz para mí, no es la cruz para ti. Lo que es una gran necesidad en tu vida, no es absolutamente ninguna necesidad en la de ningún otro. Sí; la cruz vendrá a ti pre-entallada y hecha a la medida. ¡Y no te va a gustar! Tus gritos van a ser alaridos que helarán la sangre, y probablemente se los podrá oír desde aquí hasta las puertas del cielo. Cuando ese defecto bien oculto, que aprecias tan íntimamente —el dios de la vida de tu ego— sea por último arrastrado a la luz, ¡oh, pobre de ti! Pero gracias a Dios, el día siguiente será el comienzo de una nueva era en tu vida. Oh, una última cosa. Por favor, más adelante no vengas a tocar a mi puerta para decirme que leíste estas cartas “diez años atrás y...” ***Supongo que esto le sucede a todos los ministros diseminados a lo largo y ancho del planeta, pero no por ello deja de ser frustrante y angustiante. ¡No tienes idea de las vueltas que doy antes de difundir un trabajo! ¿Se entenderá? ¿No significará una licencia para pecar? ¿No estaré incentivando a la gente a abandonar las iglesias? ¿Estaré haciendo lo que mi señor quiere que haga, o lo habré cambiado por lo que a mí me parece que debo hacer?***

Responsabilidades. ¿Me quejaré de ello? ¡No! Yo elegí ser útil al Reino en lugar de calentar bancos en los templos. Y, conjuntamente con esa elección, aparecieron los riesgos. Estará en mi sabiduría tomada del cielo equilibrarlo todo y sacar adelante lo que bendice.

Capítulo 25

Cris: Aquí está el meollo del asunto: puede que no tengas control alguno sobre aquello que te está sucediendo, pero sí tienes bastante control sobre tu reacción a lo que te está pasando. Quizás una de las cosas más fascinantes que he observado a lo largo de mi vida, es cómo dos distintas personas pueden experimentar una misma tragedia y una de ellas la hace un diamante; la otra pierde la fe, y hasta la abandona. Una de ellas se somete, la otra se rebela. Una de ellas resuelve el problema, en tanto que la otra tan sólo se amarga. ¿Cuál era tu reacción cuando tu papá te daba alguna zurra de nalgadas? Eso pudiera ser un excelente barómetro de la reacción que mostrarás, cuando el Padre comience una obra de transformación en ti mediante los sufrimientos de esta vida. ¿Te rebelabas y demostrabas resentimiento, antagonismo, amargura y mala cara? ¿Oponías tu racionalización y tu lógica contra su actuación? ¿Lo esquivabas? Ten cuidado. Podrías atribuirle a Dios las actitudes que le atribuías a tu padre. Cuando creas que Él es injusto contigo, reaccionarás frente a Él muy de la manera como reaccionas frente a quien te odia profundamente y te lleva a la corte. Y, a propósito, ¿cómo respondes a quienes te odian agresivamente? A veces, para transformarte, Dios tiene que quebrar la propia naturaleza de los viejos hábitos de tu ser. Presentarse con pautas nuevas en circunstancias viejas no sólo es difícil, sino que en ocasiones es un infierno. Procurar manipular, desde una perspectiva divina, las circunstancias inducidas por Dios, puede casi destruir tu constitución psicológica. ¿Sabes de qué estoy hablando? Entonces aquí está, expresado en palabras sencillas: Cuando dejes de culpar a todos los demás por tus problemas y empieces a tomar lo que te está ocurriendo como procedente de la mano de Dios, eso puede casi volverte loco. Esa es una de las crisis más difíciles de la vida. Pero cuando, al cabo, hayas adquirido finalmente una nueva actitud y una nueva manera de reaccionar frente a tus problemas, el Señor también habrá ganado mucho terreno en tu vida. Ven conmigo a un calabozo de Vincennes, Francia. Mira esas paredes frías, oscuras, silenciosas. Piensa cuán calurosas eran en verano, y cuán terrible y espantosamente frías en invierno. Mira esa solitaria mujer que está parada allí, enferma, desamparada, olvidada, injustamente encarcelada. No obstante, mira el cielo reflejado en su rostro. Hasta que hayas pasado más de nueve años en ese calabozo de Vincennes y en la Bastilla, podrías encontrar difícil volverte hacia Jeanne Guyon y decirle: —Tengo más derecho a estar amargado que tú. Mira las cacarañas de una enfermedad que destruyó su belleza. Mira su salud arruinada, mira la labor de su vida conculcada hasta el suelo, su buen nombre tildado de ‘hereje’. Luego mírala besar la mano del Señor y llamar todo eso su bendita voluntad. ¿Qué estaba sucediendo en la vida de Jeanne Guyon? Pues, muy sencillamente, el Señor estaba recortando aquello que El deseaba quitar. Estaba haciendo lugar, en la humanidad de ella, a la divinidad. Sí, estaba enseñando a la parte humana de ella las formas divinas de la parte divina de ella. No es necesario que te diga el legado que ella dejó a todas las generaciones que siguieron después de ella. Pocas mujeres han ministrado al cuerpo de El Ungido como esa mujer. (O pocos hombres, para el caso.) Ella entró tan ricamente en la participación de los padecimientos de El Ungido. Lo que cuenta no es el paquete en que viene el sufrimiento. Dios reparte algo distinto a cada uno de nosotros. Aquello que no haría absolutamente ninguna obra de transformación en la vida de un cristiano, resulta una agonía dolorosísima en la de otro. Me queda tan sólo creer que el sufrimiento que nos sobreviene a cada uno de nosotros, está hecho a la medida. Lo que cuenta no es la clase de aflicción que viene a ti. Parece que en una ocasión u otra todos nosotros exclamamos: “¡Si tan sólo fuera otra cosa!” “¡Si tan sólo no fuera en mi cabeza!” “Si no fuera en mi brazo.” “Oh, si solamente no fueran mis hijos.” “Si tan sólo no fuera mi trabajo.” Hecho a la medida, para que realice la obra más profunda posible en el tiempo más inconveniente, en el lugar más vulnerable —eso lleva las huellas digitales de El. No; no es lo que te acontece lo que tiene importancia, sino cómo reaccionas a lo que es...

eso es lo importante. Si tu sufrimiento es por Jesucristo, y si tu sufrimiento es con Jesucristo, el resultado dependerá de cómo tu espíritu afronta tu catástrofe. Para ti pudiera ser tu esposa (si tu nombre fuera Cristina, yo diría aquí 'esposo'), con quien resultara absolutamente imposible vivir. Pudiera ser un hijo (o una hija) que fuera el desaliento de tu vida. Pudiera ser una enfermedad. Pudiera ser un hermano que se ha impuesto a ti, a quien simplemente no puedes soportar. Pudiera ser una de diez mil cosas. Sea lo que sea, acuérdate de que una vez tu Señor conoció algo bastante similar a eso. Pero recuerda que hay otra experiencia suya más que El tiene que compartir contigo: una experiencia que El tuvo una vez con el Padre, la experiencia de tener un medio hecho por Dios para salir por el otro lado. ***Coincidencia plena. Lo hemos expresado en muchos trabajos utilizando una frase que, de alguna manera, pretende sintetizar lo que aquí tan claramente expone el autor. Hemos dicho: "El problema más grave a resolver durante una crisis, no es la calidad de ella, sino nuestra actitud respecto a ella."***

Capítulo 26

Querido Cris: Entonces, ¿qué decir de aquellos que son liberados, y liberados instantáneamente, de sus sufrimientos? ¿Y qué decir de eso de ejercer la fe y debido a ello ser liberado? Sentados allí cerca de ti hay dos cristianos. A uno de ellos le va muy bien, el otro tiene una gran aflicción; no obstante, el segundo parece ser tan digno como el primero. ¿Por qué será que sus aflicciones persisten? ¿Será por falta de fe? ¿O debido a la fe? ¡Qué perplejidad! ¿Qué hemos de creer? ¿Cuál de los dos está más cerca de Dios? ¿Será que ha fallado la fe del segundo hermano? ¿Habrá de triunfar siempre el apropiado ejercicio de la fe sobre toda aflicción? El que ha sido liberado por medio de su fe, ha triunfado. El que no es liberado, sino que se somete fielmente (aunque débilmente) — ¡Ése también ha triunfado! Y, a decir verdad, hay todavía un tercer hermano, el que sufre, pero, con todo, no puede hallar la fortaleza necesaria para someterse gloriosamente. Este sólo está deseando no volverse un amargado bajo la poderosa mano de Dios. A pesar de no tener ninguna gloriosa historia de liberación ni de sometimiento, puede ser que la aflicción por la que está pasando sea lo suficientemente grande y la obra de Dios lo suficientemente poderosa, como para que penetren más allá de todos sus rezongos y quejidos y transformen su hombre interior. ¡Tal vez, sólo tal vez, incluso éste hermano ha triunfado! Y cuando has hecho la paz con tu cruz, y cuando has aceptado lo que el Señor está haciendo, no seas demasiado pronto a sentirte orgulloso de ti mismo. Existe una excelente oportunidad de que el calor aumente. Es verdaderamente raro, sumamente raro en los anales de la historia del cristianismo, que un santo de Dios haya aceptado realmente de veras el sufrimiento al nivel más alto posible. Saber esto debe consolarte. Me consuela a mí. Y una vez que el tal santo de Dios alcanza ese elevado estado, te figuras que Dios lo soltará. Bueno, Él no lo suelta. Al contrario, profundiza más, en busca de más oro. Todos sabemos qué debemos hacer entonces; debemos regocijarnos. Pero lo que debemos hacer y lo que podemos hacer, son dos cosas diferentes. —Entonces —dirás tú, —¿qué tiene de bueno el sufrimiento en mi vida, si no me puedo someter, si no me puedo rendir, si no puedo hallar la paz ni hallar el gozo a este respecto? Puedes hacer esto, Cris: Puedes aprender a no ponerte amargado. Esta es una lección muy importante que hay que aprender. Y una elevada orden que cumplir. La sola supervivencia ya es considerada como una gran victoria, quizás una de las victorias más grandes que vas a experimentar jamás. Quiera Dios que haya más cristianos que gusten esa victoria. Tan sólo porque tengas aflicciones, no resulta necesariamente que lo que te está sucediendo, haya de producir en ti un eterno peso de gloria. Existe dentro de ti una cámara interna que, de alguna manera, debe estar correctamente relacionada con esa aflicción. De algún modo tu ser interior debe dar su consentimiento. ¿Cómo puede una relación interna tener tanta importancia con respecto a un problema externo? La respuesta a esta pregunta es sencilla: No hay nada que venga a ti jamás, no importa de dónde venga, que realmente te pueda hacer daño, a no ser que lo recibas con una actitud incorrecta. Podría haber sufrimiento allí, sí, y eso pudiera, en definitiva, acabar causando tu muerte; es cierto. Sin embargo, ese mal infligido no puede dañar al hombre interior, a menos que tengas una actitud incorrecta hacia lo que te aflija. Si tu actitud es correcta,

esa aflicción simplemente no puede destruirte. Todo lo que viene a ti —excepto el pecado—, viene de las manos del Señor. Es así que toda tragedia conlleva un bien fundamental, a no ser que permitas que la tragedia misma te separe del Señor. Por lo común, todo lo que te acontece está más allá de tu control, pero el hecho de cómo tú lo recibes, tu actitud hacia aquello, ¡ah! eso ya es otra cosa. La eterna esencia de una catástrofe no es la tragedia en sí misma, sino tu reacción hacia ella. Cuando la tormenta ha terminado, cuando esa devastadora destrucción ha cesado y te miras y sabes que has fallado... sabes que no alcanzaste lo más elevado de Dios en ese episodio de sufrimiento... y te preguntas cuál fue el bien con respecto a todo eso... recuerda que, aun cuando no haya habido nada más, cuando menos puedes estar un poquito más humilde. También eso es una buena victoria. 1) Si ocurre que no importa lo que te sobrevenga, la amargura no te puede alcanzar, y 2) si el Señor ha traído una onza de humildad a tu vida (humillándote todavía con un fallo más)... en ese caso El está logrando muy bien revolucionar tu vida. Si pasas por estos dos cursos de obstáculos, por muy desmañado que el logro pueda parecer, el sufrimiento habrá efectuado su obra, y lo habrá efectuado bien. Yo he enmarcado y colgado sobre mi escritorio la aseveración siguiente. Ojalá que cada cristiano pudiera tenerla grabada con fuego en su mente. Todo el trabajo de inculpar y guardar resentimiento es una pérdida de tiempo, con el que no se logra nada. No importa cuánta falta halles en otra persona, ni el tamaño de la culpa que le achaques, eso no te va a cambiar. Lo único que logras con semejante ejercicio es mantenerte fuera de la luz del reflector. El buscar una razón externa de lo que está sucediendo dentro de ti, es no comprender el verdadero sentido del asunto. Cierto; puedes lograr que algún otro se sienta culpable, y ciertamente puedes descargar un montón de emociones negativas; pero no lograrás cambiar absolutamente nada respecto de tu disposición innata que te está haciendo infeliz. ***Lo que sucede en mayor cantidad de casos, (Y aquí hablo por lo que más conozco, mi país, Argentina), es que las personas parecen estar convencidas que han sido colocadas en este planeta sólo para pasarlo bien, gozar de diferentes placeres y ni por asomo pensar en sufrir la más mínima inclemencia. Y verdaderamente desde la óptica del evangelio, no es ni podría ser así, aunque desde muchos púlpitos se defienda y se inscriban con ese pensamiento humanista. El cristiano está aquí para cumplir con un propósito nacido de la voluntad de quien lo creó. Su opción es simple: le cree a Dios y lo hace, o no le cree y no lo hace. Si lo hace, se salva; si no lo hace, se pierde. Y no porque Dios sea malo o cruel, sino porque pierde la posibilidad de ayudar a quien le cierra las puertas de su vida. De hecho, esto no significa caer en el masoquismo o la autoflagelación, como tantos han mal interpretado. Sólo corresponde la equidad de lo que Dios permita o no en cada vida. ¿Vino Jesús a pasarse la gran vida? No. ¿Vino Pablo, Juan o Pedro a pasarse la gran vida? No. ¿Y por qué nosotros, que de alguna manera somos como ellos, (Y aún mayores, dijo Jesús), podríamos esperar eso?***

Capítulo 27

Querido Cris: Hay un falso concepto en lo que a la vida de iglesia se refiere, que al parecer es innato en nuestra naturaleza. De hecho, hay un falso concepto incluso con respecto a Dios, que, según parece, es innato en nuestra naturaleza. Es lo siguiente: Vemos los tiempos de regocijo y de bendición como tiempos en que el Señor está con nosotros y está complacido con nosotros. Por otro lado, los tiempos de dificultades nos señalan que hemos hecho algo muy, muy malo y la bendición del Señor no está con nosotros. Esta actitud parece ser todavía más predominante cuando ocurre en una experiencia de vida de iglesia. A través de los años he observado que la mayor parte de los creyentes tiene poca comprensión de la palabra “temporada”. Nuestro Señor es un Dios de temporadas: Viene, y se va. ¡Su fidelidad no cambia nunca, pero sus tiempos sí! Hay una temporada en que el árbol está verde, una en que está seco y tiempos en que, ¡bendito sea Dios! todo parece muerto. Ahora bien, ¿Quiere esto decir que estamos sirviendo a un Dios caprichoso, que viene y se va a su antojo? ¿O pudiera ser, tal vez, que es solamente a través de esos tiempos que el verdadero crecimiento puede venir? Durante todo el lapso de la generación que he venido ministrando al pueblo de Dios, todavía no

he hallado un cristiano que no haya recorrido un largo trecho de lo que podría llamarse mala suerte. El tal creyente invariablemente empieza a tomar en consideración la idea de que o Dios lo ha abandonado, o alguien le mintió en cuanto a cómo es Dios... y piensa: “Nunca he escuchado a nadie decirme que Dios permite que ocurran cosas como ésta.” Mira, Cris, no fue Santa Claus quien te redimió y te adquirió para sí mismo; fue un Dios sufriente que conoció el dolor y la muerte mucho antes de haber creado la primera molécula. Pablo dijo cierta vez: “¿No os enseña la naturaleza misma?” El fruto de un árbol nos llega como resultado de tres o cuatro estaciones o temporadas. ***Exactamente el día que estaba examinando este trabajo y anotando mis comentarios, recibí un correo de una hermana que, en profunda crisis emocional, espiritual y financiera, me relató su testimonio de vida. Confieso que me amargó el día.***
He sido testigo de relatos de vidas sacudidas por inclemencias varias, pero las de esta hermana, parecían dibujadas por artistas del mismísimo infierno. Sin embargo, como mejor respuesta, el Señor me mandó decirle que como quiera que sean tus circunstancias, el ojo de dios sobre tu vida jamás se habrá apartado un milímetro. Se moverá o no conforme a sus propósitos, pero ni te dejará ni te desamparará. Una iglesia no puede estar siempre arriba. Una congregación que procura permanecer siempre en un estado ascendente de regocijo, un día tendrá que realizar un largo viaje para ponerse al día en el lado de abajo. Una iglesia que quiere estar siempre ‘arriba’, está expuesta a sufrir algunas de las crisis nerviosas más positivas que el mundo haya visto nunca. Tanto el cristiano individual, como el cuerpo del Señor en conjunto, necesitan lluvia y sol, frío y calor, vientos y calmas. Así tiempos de regocijo, como tiempos de dolor. Tiempos en que el Señor es tan real, que al parecer, toda actividad que emprendes es una experiencia espiritual; y tiempos de sequedad, en que todo es tan desierto ¡que hasta una ración de arena del Sinaí sería considerada un banquete! Y estos tiempos ¿no vienen de la mano de Dios? Y, si es así, ¿cuál es el objetivo del Señor en esto? Te está llevando a ese lugar donde puedas llegar a ser un hombre para todos los tiempos; donde los ‘tiempos’ no te perturban... no, ni siquiera los que son gloriosos. Un anciano apóstol lo expresó tan bien a un joven: “Que instes a tiempo y fuera de tiempo.” Si ves que no puedes entendértelas con los tiempos; si terminas quejándote y lamentándote; si acabas sintiéndote frustrado y retorciéndote en una auto conmiseración o tan sólo enojado en general, o si acabas haciendo las maletas porque la sequedad parece tan larga, tan irremediablemente permanente, y los tiempos de regocijo tan pocos, tan breves y tan superficiales; entonces, querido hermano, es bueno que se haya dado a conocer este hecho respecto de tu corazón. Sabes que, con el tiempo, el corazón se revelará. ***** Necesitas los ‘tiempos’. Tendrás que saber superar el tiempo de regocijo. Si estás aficionado al regocijo, esa afición tendrá que ser rota. Y si el dolor y la sequedad te dejan abatido, entonces vas a tener que desacostumbrarte de ese lujo también. Y si eres el tipo que siempre está reseco, aun cuando el agua de Dios llegue hasta la cintura, entonces de seguro que necesitas un reordenamiento radical en tu carácter personal. ***Esto es puntualmente cierto. Jamás recibirás sacudidas en torno a cuestiones que te interesan poco o sencillamente no te interesan. Sí las padecerás con relación a asuntos carnales que te preocupan más allá de lo lógico y natural para alguien que vive en un mundo compartido. ¿Por qué? Simple: porque sigue siendo idolatría todo aquello que, a sabiendas o en ignorancia, pongas por delante de Dios.*** Tiene que llegar el día en que cada tiempo sea para ti razonablemente casi lo mismo. Esto es, que puedas seguir adelante a pesar de todo. Cris, muy probablemente no vas a comprender estas cuestiones antes de alcanzar los treinta años, de modo que sigue adelante y grita hasta ponerte ronco en los tiempos lluviosos y desgañítate aullando en los tiempos de sequía. Déjale al Señor el 95% mejor de tu transformación. Todos estamos muy supeditados a los tiempos; con todo, esos tiempos están allí para hacernos finalmente carentes de tiempos. Existe una sola forma en que aprenderás jamás a triunfar sobre todos los tiempos, y es pasar por todos y cada uno de los tiempos... muchas veces. Sí, Cris, cuando puedas considerar en una forma exactamente igual el sonido de la abundancia de lluvia y el del recio viento caliente de una sequía, entonces estarás acercándote a la tierra de la madurez. De modo que, por favor, no digas nunca —cuando te encuentres totalmente perdido allá afuera en medio de alguna ardiente tempestad de arena— que no has sido advertido.

Tales tempestades de arena son también modos de obrar de Dios.

Capítulo 28

Querido Cris: Gracias por hablarme acerca de los cristianos con quienes te congregas. Cris, ¿te has dado cuenta de que en cualquier reunión de creyentes, todos los que vienen a la misma vienen con motivos entremezclados? Prácticamente todo lo que hacemos, tanto en forma consciente como inconsciente, tiene un doble motivo. (Ojalá —son nuestras esperanzas— que el motivo piadoso sea el que salga ganando.) De cualquier forma, lo doble de nuestros motivos debe ser destruido a fuego. Ahora bien, eso toma muchísimo tiempo. La mayor parte de nosotros, cuando tenemos entre veinte y treinta años, no podemos siquiera descubrir los motivos oscuros de nuestro corazón y, por lo mismo, en realidad no creemos que están allí. Después de que cumplas los treinta años, puede haber ocasiones en que no puedas ver nada más que tus dobles motivos y te preguntes si habrá en ti algo además de eso. ***Antes que continúes leyendo, tengo que decirte que sí, que lo que viene contando el autor es, efectiva y lamentablemente así. Toma como ejemplo los músicos o cantantes de las bandas de alabanza y adoración de las grandes congregaciones. ¿De verdad podemos creer que todos ellos suben a la plataforma imbuidos de una unción salmista, y que ninguno lo hace para destacarse, sentir los aplausos como propios o, simplemente, ser admirados por las hermanitas o hermanitos que no son músicos?*** Ahora mismo sólo el Señor sabe cuáles son esos motivos. No te percatas de ellos, y así es todo el mundo. Tanta ambición, tanta fortaleza humana y tanta carnalidad... y egotismo no crucificados, con los que todavía no se ha lidiado. ¡Cuán poca expansión interna del espíritu ha habido! Dios tiene que hacer una obra tan grande entre la gente con que ahora vives y te congregas. A veces parece que el fuego habrá de quemar todo antes de destruir nuestra propia escoria. ¡Qué pepita de oro tan, pero tan pequeña es la que encontramos en el holocausto de cenizas y pavesa! Será tan sólo después de un titánico quebrantamiento que alcanzarás a ver, en un lúgubre momento, los verdaderos motivos de tu propio corazón. Al Señor le va a llevar toda una vida, tu vida, desilusionarte en la alardosa confianza que ahora tienes en ti mismo. No existe ni un solo hombre que no tenga un desmedidamente alto concepto de sí mismo, incluso la persona que sufre un trágico —y genuino— caso de bajo grado de autoestima. Cris, si tú eres uno de esos que se encubren de este hecho de la vida, si te pones detrás de una fachada que anuncia humildemente que no confías en ti mismo, entonces probablemente estás tratando de encubrir qué ambición tan profunda y oscura se esconde realmente dentro de ti. Puede que tengas miedo de que el monstruo pueda ser hallado y exhibido en la plaza pública; para vergüenza tuya. Y así, el cristiano se arrastra en su falta de confianza en sí mismo. ¡Hombre! Cuando reflexiono sobre los últimos 30 años y veo cuán enredados y sumamente complejos somos todos y cada uno de nosotros, me maravillo al considerar qué genio es Dios, que, con todo, puede transformarnos en algo entero. Algún día te casarás. Espero que entonces aún estés en la 'vida corporativa' también. No hay nada que requiera más humildad que el matrimonio. Dentro del marco de ese matrimonio probablemente nunca habrá un momento verdaderamente tan humillante como el momento en que tú y tu esposa necesiten ayuda. (Es casi seguro que ese momento habrá de llegar.) El hecho es que la mayoría de nosotros somos tan orgullosos, que o rehusamos la ayuda o esperamos tanto tiempo, que para entonces hemos esperado ya casi demasiado. ***(Por causa de esa falta de humildad, precisamente, hemos visto derrumbarse y deshacerse decenas de matrimonios)*** Para ese día negro ustedes dos habrán enredado ya las cosas tan soberanamente, que van a necesitar mucho más que un árbitro. Necesitarán a alguien que pueda penetrar la parte más recóndita, más remota y más oculta de sus motivos, de su naturaleza, de su disposición... de sus orígenes mismos. Y si realmente consiguen una buena ayuda, gritarán y chillarán, al menos hacia adentro, por quedar tan duramente expuestos. Y en ese momento cuando el dique reviente y todos los problemas y heridas y hostilidades se desaten, habrá una excelente oportunidad de que tu matrimonio sea llevado al mismísimo borde de la destrucción. Así sea. Y entonces, cuando sea rescatado de la destrucción, como inevitablemente lo será, tu matrimonio descansará sobre un fundamento

mucho más sólido y más realista que el fundamento de 'algodón de azúcar' y de aroma sobre el que se había establecido originalmente. El Señor habrá logrado en ti lo que no se puede lograr de ninguna otra manera, sino tan sólo obrando a través de esas crisis hogareñas y matrimoniales. Cuando haya pasado el horror de todo eso, podrías tomarte un momento para mirarte cuidadosamente en un espejo. Podrías notar en tu semblante los primeros y tenues toques del pincel de la madurez y, quién sabe, tal vez de la humildad y de la compasión. Por otro lado, si, durante esos días lúgubres, te rebelas, rehúsas toda ayuda y rehúsas ceder, entonces un gran cúmulo de la inversión que el Señor habrá hecho en ti se perderá. No hay momento más grandioso en la vida del cristiano, que cuando rinde su espada. ¿Cómo dice la canción? Ayúdame mi espada a rendir para que pueda ser vencedor. En esa hora oscura cuando todo parezca haberse desintegrado y estés desconcertado por lo que está aconteciendo en tu vida, recuerda que tu tensión tiene su contraparte en Dios. Puede que Él no esté preocupado, pero sí está muy interesado en lo que está ocurriendo en ti. Él quiere hacer un reemplazo en ti: sacar algo de ti, para poner algo de su Hijo en el lugar vacío. Si te hallas en una circunstancia en extremo desconcertante (digamos un problema de salud que desafía todas las reglas de sanación), si en tu lugar de trabajo, o en tu hogar, o en tu congregación estás rodeado de personas que simplemente no pueden comprenderte, la verdad es que probablemente estás recibiendo la respuesta a una oración hace mucho tiempo olvidada. Fue una oración tonta que tú hiciste tontamente. "Señor, confórmame a tu imagen. Aplica la cruz a mi lado oscuro. Pon de manifiesto las cosas ocultas que ni yo puedo ver. Señor, deseo ser todo tuyo." ¿Qué es lo que puede aliviar tu dolor de corazón? Probablemente nada. Pero si algo puede, es posible que sea lo siguiente: comprender en tu parte más recóndita que ese problema vino de la mano del Señor. ¿Qué puedes hacer en tu hora de dolor que pueda complacer a tu Señor? Ten cuidado. ¡Esta es una pregunta que tiene dinamita! ¡Una persona híper religiosa puede hacer una carrera para toda la vida o una defensa mental de una pregunta como ésta: Por tanto, mi cautelosa respuesta es: muy poco. Puedes regocijarte. Esta es una posibilidad. Asimismo puedes someterte a Él. Puedes con gozo ofrecerle esa situación y decirle: "Señor, sé que esto procede de tu mano." Pero es muy probable que no llegues a ninguna parte más cercana que eso. Por lo tanto, ¿qué otra cosa puedes hacer en medio de la adversidad? Te puedes arrodillar; puedes llorar, y llorar, y llorar. Esto lo puedes hacer. Hay una cosa que no debes hacer. Quéjate, si has de quejarte; gime, si tienes que gemir; y enójate, si tienes que hacerlo. Pero oh, querido hermano, permanece bien alejado de la amargura y de culpar a otros. No importa lo que pueda ser, pero no culpes a otros. Si lo haces, te colocarás peligrosamente cerca de perder el derecho a todo futuro crecimiento espiritual. Puede que estés convencido de que no mereces ese desastre de lujo que te ha sobrevenido, pero trata de recordar a ese hombre, a José. El tampoco merecía lo que le aconteció. No obstante, aun cuando él veía la maldad que los hombres habían hecho, veía también el bien que Dios estaba haciendo. Quisiera concluir este montón de cartas y notas con una palabra muy personal para ti, sobre un asunto que aprecio mucho en mi corazón, o quizás debiera decir, un asunto que es una carga en mi corazón. Cris, yo no veo que nada de lo que haya de acontecer en los primeros diez años de tu vida cristiana, te traiga al punto donde tu espíritu llegue a tener el control de tu alma. Yo no creo que el solo hecho de leer lo que está escrito aquí y salir luego a fingir lo que has comprendido intelectualmente, sea de ninguna gran ayuda para ti. Quisiera poder dirigir estas mismas palabras a esos jóvenes obreros que empiezan a formar pequeños grupos caseros, a llamar todo eso 'vida de iglesia' y a enseñar verdades elementales del andar cristiano. Siempre existe el peligro, si no has desarrollado tu entera vida cristiana en una moderada y no fanática experiencia de vida de iglesia, de que eso que tú llamas tu espíritu, en realidad no sea nada más que un alma deformada. ***(Tan cierto que exime comentarios)*** Tiempo, más la obra de la cruz. Más vida de iglesia. Además, una gran cantidad de tiempo más. Entonces, agrégale muchísimos encuentros personales y directos con El Ungido. Revuelve todo eso. Luego añádele un poco más de tiempo, y mucho más de la obra de la cruz en tu naturaleza positiva y en tu naturaleza negativa. Así, con el tiempo, el espíritu tomará la delantera. ¿Es posible saber si hay un verdadero quebrantamiento en un creyente? Yo creo que sí. El tal creyente no demuestra rebelión contra nada: 1) contra nada en las circunstancias que lo rodean, 2) contra nada que tenga que ver con lo que otros imponen sobre él, y 3) ciertamente

contra nada de lo que Dios elige poner en su vida. Tiene paz en medio de todas esas circunstancias, Cris, nadie habrá de alcanzar un andar semejante, a menos que, igual que un grano de trigo, haya caído en la tierra y haya muerto. Lo que le acontece a esa semilla dentro de la tierra, es una magnífica ilustración de lo que te espera. La cáscara del grano se rompe; después de romperse, la vida que está allá adentro, en lo recóndito, viene brotando a través. Pero es sólo cuando esa cáscara exterior queda sepultada en la oscuridad, que el hombre interior comienza a brotar hacia arriba y al exterior, a través de las hendeduras causadas por la muerte y el quebrantamiento.

Capítulo 29

Querido Cris: Sabes que Jesucristo fue perfeccionado por medio del sufrimiento aun cuando Él era perfecto. Bueno, pero ¿qué quiere decir esto? Piensa un poco al respecto. Había cosas que, como ser humano, el Hijo de Dios no sabía. Antes de la encarnación, Él sabía todas las cosas como el eterno Hijo de Dios en la Santísima Trinidad. Pero había algunas cosas que Él no sabía, por experiencia, una vez que estuvo encarnado en el cuerpo humano. La parte humana de Jesucristo no había aprendido (al menos no por experiencia) que la obediencia no se aprende sino sólo por medio del sufrimiento. (La porción divina del Hijo de Dios ya había aprendido eso antes de la creación.) Ahora bien, si el Hijo de Dios aprendió la obediencia —sea la parte humana de Él o la parte divina— tan sólo por medio del sufrimiento, y Él era perfecto, y era Dios verdadero del Dios verdadero, ¿aprenderemos la obediencia mediante una continua prosperidad, una ininterrumpida bienaventuranza, bendición y gozo? ***Cierto, esto es lo que parece creer, o mejor dicho: quiere creer la mayor parte de lo que hoy conocemos como la iglesia. Y si bien lo hace fundamentada en la imperfección de la naturaleza humana que poseen sus miembros rasos, se ven respaldados en sus argumentos por no pocos ministros que recorren el planeta predicando prosperidad sin esfuerzos a cambio de ofrendas de amor. Tumor maligno a extirparse inexorablemente si no se desea caer en corrupción, deterioro y extinción que demorará el fin del propósito.*** Cris, sé agradecido por el hecho de que tanto la divinidad de Jesucristo, como su humanidad, sufrieron. Jesucristo sabe qué quiere decir experimentar el dolor. Él sabe qué quiere decir que el dolor esté atravesándole el corazón y apuñalándole el cuerpo. Si Él no hubiese llegado a conocer eso, hoy la iglesia tendría un Dios mal habilitado para ser Señor de nuestra asamblea. Ahora bien, si los hijos de Dios son perfeccionados por medio del sufrimiento, así como el Capitán fue perfeccionado mediante el sufrimiento, de allí se sigue que hay un ingrediente que es absolutamente esencial para la vida cristiana. Sin él, la misma está incompleta. ¿Puedes ver cómo Jesucristo sufrió mientras estuvo en la tierra? ¿Y puedes ver cómo ese sufrimiento lo maduraba a diario? Hoy está la personalidad de El Ungido, en lo que respecta a tu Dios —algo que El adquirió aquí en la tierra— que debe quedar labrada dentro de ti. ¿Puede aquello que es El Ungido, aquello que lo perfeccionó, lo llevó a la plenitud y ahora forma parte de Él, puede esa porción de El llegar a ser implantada en tu vida? Sí. Pero no aparte del sufrimiento. Hay algo muy egocéntrico en ti, y en mí, que nunca morirá, a no ser mediante los punzantes dolores de la adversidad. Si rehúyes, si te resistes, si te aferras a ese recóndito lugar egocéntrico, guardándolo de tal modo que no pueda ser alcanzado ni por la mano de Dios, entonces permanecerá en ti, por todo el resto de tu vida, algo no cambiado y no sometido. Ese altar, ese salón del trono, ese santuario interior donde se adora al yo, nunca quedará derribado. A veces el dolor irrefrenable, irrestringible, sirve como un ariete para derribar la puerta que conduce a ese salón súper encubierto y sacrosanto. El sufrimiento puede ser muy irreligioso y del todo desconsiderado con respecto a los lugares que escoge para irrumpir en ellos. Así que, ten por cierto, que un día el Señor levantará su mano de protección de sobre ti. Por amor dirá: “Ahora voy a permitir que este sufra.” Y de esa manera, empezarás a participar de los padecimientos de El Ungido. El sufrimiento tuvo un propósito en El. De igual manera, el sufrimiento tiene un propósito en ti. Alguien hizo una aseveración muy tremenda: “Parece que algunas veces nuestra fe no puede ser perfeccionada hasta que llegue el momento en que nos parece que el Señor nos ha desechado.” Hay cosas peores que el misterio y la duda que pueden sobrevenirte. Algunos creyentes llegan a tocar hasta el vértice mismo de la

cruz: El los lleva a la cruz, como llevó a su Hijo, y allí los desampara completamente. Aquí surge la pregunta que pide a gritos una respuesta: ¿Por qué? Yo, por lo menos, no la sé. A veces parece que, para llevar a cabo su obra en nosotros, el Señor tiene que aparentar que nos desampara. Es posible que hasta lleguen a haber momentos en que el Señor parezca ser infiel. Si eso te turba, entonces recuerda a Abraham —cómo su fe fue llevada hasta el borde mismo del precipicio de la fe racional. Y si eso no es suficiente, Cris, recuerda a tu Señor. ***Yo tampoco puedo darte esa respuesta que el calificado autor dice ignorar. Pero sí puedo aportar, como para que entiendas un milímetro más de cómo funciona todo esto, un pensamiento que, de tan difundido, ha llegado a convertirse en célebre, y es el que sostiene que nada se valora más que lo que se está a punto de perder. Principalmente aquellos que han visto destruido sus matrimonios por causa del adulterio de uno de los cónyuges, puede dar fe irrestricta obre esto.***

Capítulo 30

Cris: Al principio, cuando empecé a hacerte estas notas, comenté que hay personas que ven la vida cristiana como que es un interminable paseo de placer, mientras que otros la ven como una vida entera de penalidades. En este punto de nuestra correspondencia, estoy un poco preocupado de que yo pueda parecer como que pertenezco al segundo grupo. No es así. He vivido hasta ahora una vida cristiana muy emocionante, espeluznante. Con todo, debo confesarlo sinceramente, en mi registro se ha anotado mi participación en el sufrimiento terrenal. Sin embargo, al mirar atrás, todavía puedo decir: “Ha sido divertido. A veces ha sido absolutamente sobrecogedor.” ¿Por qué, entonces —me pregunto a mí mismo—, he corrido el riesgo de dejarle a mi sobrino la impresión de que la vida cristiana está sólo dos pisos más arriba de la cámara de tortura? (Tal parece que éste es el riesgo profesional de todos los que escriben y hablan sobre el tema de la cruz.) Francamente, no estoy seguro, pero ahora que reflexiono sobre las experiencias que he tenido en este asunto, aventuraré una posibilidad. Esta tiene que ver con algunos recuerdos muy vívidos que vienen a mi mente y que, con toda sinceridad, aún me persiguen. He presenciado algunos resultados realmente dolorosos, que se han producido en la vida de queridos cristianos cuya vida —que una vez fuera tocada por el sufrimiento— fue completamente destrozada. No pudieron aceptar la idea de que, como cristianos, podían tener que sufrir. Cris, desde hace ya dos décadas la cruz tiene un lugar muy importante en todo mi ministerio oral. Nadie puede acusarme de no haber tratado el sufrimiento en la vida cristiana, ni de haber dejado de poner sobre aviso a los jóvenes creyentes respecto de las encrespadas aguas que hay más adelante. Pero aguarda un momento. Mejor parafraseo esta afirmación. No quiero que nadie me venga a decir: “Bill, usted nunca me advirtió que el viaje podía ponerse tan turbulento.” Como puedes suponer, sí escucho semejantes expresiones. Es curioso, pero una vez que el cristiano empieza a sufrir, parece que se enferma de amnesia, olvidándose de que haya escuchado jamás cosas tales como la cruz y el sufrimiento. Y en esos momentos en que su nave entra en su primer mar realmente encrespado, algunos prefieren desistir de toda la aventura cristiana. Recuerdo haber preguntado una vez por la condición en que se encontraba una joven pareja que yo apreciaba mucho, pero de la cual no sabía desde hacía algún tiempo, sólo para escuchar que, por así decirlo, habían dejado los caminos del Señor, dando como razón, que no podían entender “por qué Dios había permitido que todo esto nos sucediera”. Al inquirir en cuanto a qué era “todo esto“, descubrí que tales razones eran asombrosamente triviales. Conozco, cuando menos, a unos cuantos cristianos que todavía siguen con el Señor, que gustosamente habrían intercambiado sus problemas con ellos. A lo largo de mi vida he visto lo siguiente —sean a modo de ejemplos—: Un cristiano que empezó a perder la fe porque tenía que vivir durante dos semanas en un atestado apartamento; otro, porque no tuvo trabajo durante una semana; otro, debido a que no podía pagar el alquiler de un mes; otro, porque tenía una pregunta que nadie sabía contestar; otro, por haber sido ignorado (o quizás escapado a la atención); y otro más, por haber agarrado una gripe que al cabo de dos meses aún persistía. ¿Es que hay hombres y mujeres que por semejantes cosas podrían casi perder la fe? La cuestión es ésta: Todos esos recuerdos me hacen procurar, siempre con gran denuedo, captar la atención del

nuevo creyente, diciéndole en todas las formas que conozco, que habrá de encontrarse inevitablemente con un diluvio de aflicciones. Con mucha frecuencia fallo en esta tarea, dejando que el nuevo cristiano siga ignorando lo que le espera más adelante y, al propio tiempo, él se queda con la clara impresión de que la aventura cristiana no es más que un largo y miserable estudio de la tristeza. Bastante paradójico, ¿verdad? A la luz de todo esto, tengo algo muy personal que decirte, mi querido y joven sobrino. Si unos pequeños sufrimientos como los que te acabo de relatar, pueden hundir tu nave cristiana, déjame asegurarte que hay miles de crisis allá afuera esperando por ti, que son lo suficientemente grandes como para hundir la armada británica entera. Como obrero cristiano, no conozco ninguna verdad que yo te pueda decir, ninguna experiencia de 'vida profunda' disponible para ti, ninguna mano de ayuda que te pueda extender, que hayan mantener a flote tu frágil embarcación. ¡Lo único que sé hacer, es echarme atrás y dejarte amplitud de espacio en que te hundas! Nunca dejo de asombrarme ante nuestro asombro por tener que sufrir. Concuerdo con el apóstol Pedro al decir: "No os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido..." Quisiera añadir algo positivo aquí, Cris. ¡Tengo otros recuerdos también! He visto a algunos que forman parte del pueblo de Dios, estar destinados a atravesar algunas de las peores tormentas que la vida puede producir, y los he visto pasar por esas pruebas con todas las banderas (por último) enarboladas, así como con todos los cañones (al final) tronando. Son esos recuerdos los que me alientan a seguir adelante y mantienen la cruz en el centro de mi vida y de mi ministerio. Entonces, ¿por qué algunos de nosotros se hunden tan fácilmente? Tienen que haber mil distintas razones. Señalaré una: Nos imaginamos un cierto tipo de prueba, le damos un carácter romántico, nos preparamos para ella y creemos que la vemos venir, tan sólo para quedar aplastados por una prueba completamente diferente de todo lo que habíamos soñado jamás. Cris, espero que tengas una hermosa, plena y emocionante vida cristiana. Entre tanto, te recomiendo que no sólo esperes lo mejor, sino que también ¡te prepares para lo peor! Cuando seas un anciano, cuando llegues al final de este fantástico y fascinante peregrinaje y hagas una pausa momentánea para mirar atrás, me parece que sacarás la conclusión de que recibiste los máximos límites de ambas cosas. Te imploro, Cris, no dejes que nada que llegue a tu vida te disuada de tu llamamiento supremo. Tu hermano en El Ungido, Bill P.S.: Creo que ahora es el momento de volver nuestra atención un poco más al tema del sufrimiento y de la transformación, en lo que respecta a ti, dentro de una práctica experiencia del cuerpo de El Ungido. ***Es muy interesante este capítulo, porque a mi modesto juicio contiene los principales elementos por los cuales los hombres polemizan, se enfrentan, debaten y hasta se pelean entre sí dentro de las iglesias. Todo porque creen saber las cosas de Dios, -presuntuosamente-, mejor que Dios mismo. Sin embargo, creo que la gran respuesta un tanto olvidada u omitida, no lo sé, está en la propia Biblia, cuando nos dice que debemos dar gracias en todo. ¿Sabes lo que significa dar gracias EN TODO? Pues precisamente lo que acabas de leer: en todo. Eso, entiendo, coloca un punto de equilibrio y justicia equitativa de cual será muy prudente no moverse.***

Capítulo 31

Cris: Nunca he estado en la congregación de la que tú formas parte allí en Portland. Me alegro de que estés en una confraternidad informal. Si estás en una genuina y práctica experiencia de vida de iglesia, habrá ayuda disponible para ti y se te proporcionará ayuda. Yo he formado parte de tales reuniones informales —tal vez primitivas es un mejor término— por cerca de 20 años. Asimismo, me alegro de que vivas en una experiencia de vida de iglesia, porque todo esto que te digo tendrá más sentido para ti. Fuera de una experiencia de vida corporativa resulta difícil comprender el verdadero propósito del sufrimiento. El hecho de por qué sufre el hombre no es una cuestión difícil de resolver, si la miras desde el punto de vista de Dios y no del tuyo propio. Tienes que considerar que tu Señor creó todo con un propósito, y el resultado final de ese propósito es principalmente para El. Ahora mismo Él está obrando para cumplir su propósito de haber creado. Cris, si de veras te has incorporado a una comunidad de creyentes muy unida... Espera, déjame parar aquí mismo; yo no estoy hablando de entrar en un vasto auditorio de diseño gótico — al que erróneamente se refieren como

una iglesia. Antes bien, hablo de la diaria experiencia de vida de iglesia —de cristianos que a diario y en forma íntima comparten su vida unos con otros en una experiencia positiva de la iglesia. Bueno, como te estaba diciendo, si te involucras en la vida de iglesia, entonces tarde o temprano quedarás confrontado con un hecho bastante desalentador: Hay continuamente una tremenda cantidad de sufrimiento en la vida de los creyentes con quienes estás. Mientras más tiempo vivas en la vida de iglesia, y mientras más vivas en sana intimidad con otros creyentes, más verás la enormidad del sufrimiento de todos los que te rodean. Tarde o temprano empezarás a creer que estás viviendo con la gente más desventurada de la tierra. Puede que incluso te preguntes si no estarás en un grupo que está bajo algún tipo de maldición. Y te preguntarás si quizá Dios no estará tratando de decirles a todos ustedes que en realidad Él no está con ustedes. ¿Por qué hay tanto sufrimiento entre los cristianos? Al principio, cuando recibes tu salvación, te formas la idea de que la vida cristiana va a ser una grande y gloriosa festividad. Más tarde, al menos en la vida de iglesia, haces una pausa para mirar alrededor, tan sólo para descubrir que abunda el sufrimiento, no la bendición. Una razón de por qué una experiencia de vida de iglesia está, al parecer, tan plagada de mala suerte, es que tienes una posición ventajosa excepcionalmente precisa. Ahora, si —en vez de estar en la iglesia— estuvieras viviendo en una linda casa de un barrio residencial suburbano, hacia el final de una calle sin salida, con, digamos cuatro buenos amigos, nunca te darías cuenta de la vasta extensión del sufrimiento que toda la humanidad está padeciendo. En cambio, sólo estarías pensando: “Tengo cuatro de los más desventurados amigos que hayan vivido jamás.” Aumenta el círculo de tus relaciones íntimas a, digamos, 50 personas, y entonces tendrás un cuadro a vista de pájaro de la sociedad humana. Y de la agonía humana. Esas cincuenta personas —observadas de cerca— sí pueden decirte la historia de la raza humana. Cuatro amigos no pueden; la vida de iglesia sí. A veces esta experiencia que llamamos vida de iglesia (por falta de mejor término), toma la apariencia de un holocausto de campo de batalla. Mantén firme tu corazón cuando empieces a comprender cuán profundamente ha dañado la Caída a la humanidad. Mantén firme la cabeza cuando comiences a captar la vastedad del sufrimiento que nos ha sido prorrateado a cada uno de nosotros. Cris, puede que esa confraternidad de cristianos de la que formas parte no esté bajo una maldición. Hay una buena probabilidad de que todas esas personas de aspecto tan sereno que viven allá, al final de esa pequeña y tranquila calle sin salida, estén pasando también por sus propios pequeños infiernos privados. Cris, confío en que no te voy a turbar si te digo que por todas partes ¡todo está mal! Por cruel que pueda parecer, el destino que te fue impartido no es más que la porción promedio conferida a casi todos nosotros, peregrinos confinados a esta tierra. Raramente este hecho tan sencillo se muestra en claros detalles, y conocerlo de primera mano puede hacer tambalear al mejor de entre nosotros. Con todo, hay cierta diferencia entre tú y la típica familia que vive en una de esas urbanizaciones impersonales. El creyente que se ha sometido totalmente a Jesucristo, sufre en esta vida de un modo algo diferente de cómo sufre el inconverso. (Asimismo sufre en forma diferente que el cristiano no tan dedicado.) ¿Por qué? Porque ese creyente está sufriendo los padecimientos del Señor. Ha abrazado la angustia que está muy hondo dentro del Señor mismo. Si experimentas esa llama ardiente, quedas transformado. Sí, cambiado. Un encuentro tal no puede menos que transformarte. Cuando un cristiano —cualquier cristiano— decide entregar su vida absoluta y totalmente a Jesucristo —sin reservas, abandonando el mundo, renunciando a la seguridad, volviéndose a la simplicidad y encaminándose hacia las cosas profundas de Dios, esto es, a las cosas más íntimas y predilectas del Señor— puedes estar seguro de que pronto después de eso el tal creyente se va a encontrar con alguna porción de sufrimiento. Cuando ese encuentro ocurra, el creyente habrá comenzado su inevitable viaje por el camino del sufrimiento. Y ese peregrinaje habrá de llevarlo de gloria en gloria, hasta que un día quede transformado, por la bendita y soberana mano del Señor, en algo no del todo diferente de Él. Sí; conformado a su imagen. Mayormente por medio del sufrimiento. ¿Por qué será que tantos y tantos de los creyentes que están alrededor de ti, están pasando por aguas tan profundas y por tan ardientes llamas? Porque ése es su destino. Entrégale tu vida de un modo tan completo a Jesucristo, hermano Cris, y ése será tu destino también. Desde hace más de una década estoy bien cerca de un grupo de jóvenes cristianos, como 100 de ellos. Sé, con toda certeza, que todos y cada uno de ellos han

sido bien advertidos: “Entrégale enteramente tu vida a Jesucristo y más tarde o más temprano sufrirás mucho más que lo que ahora puedes comprender. Pero no hay manera en que uno pueda comunicarles a esos denodados jóvenes creyentes la abundancia de sufrimiento que habrán de encontrar en el curso de esta vida. Una y otra vez se los ha prevenido, en todas las formas conocidas. No obstante, cada vez que esa soberana mano de Dios ha caído sobre alguno de ellos, y él (o ella) entraron verdaderamente en la participación de los padecimientos de El Ungido, siempre han quedado sorprendidos de cuán dura y cuán insoportable es la cruz. Les expresé estas mismas palabras a esos jóvenes cristianos cuando tenían veintitantos años de edad, sólo unos meses después de su conversión. Para bien o para mal, no tuvieron el buen sentido de salir corriendo por la puerta. Eran jóvenes cristianos que amaban al Señor y que no podían ser detenidos, ni siquiera por la cruz. No obstante, en cada caso individual, para cuando llegaron alrededor de los treinta y cinco años, todos y cada uno habían encontrado ese horno especial, reservado solamente para el cristiano que se ha entregado completamente a Jesucristo. Si consagras tu vida apartándola para Jesucristo, entonces con toda seguridad el sufrimiento constituirá una buena parte de tu porción terrenal. Cris, si vienes por este camino, no pierdas ni un momento de ese sufrimiento. ¡Levanta la vista! ¡Contempla el dolor que está en lo recóndito de El! El dolor que experimentas en el momento del sufrimiento fue legado a ti, de tal manera que, excepto por ser El quien llevó tus pecados, puedas participar de todo lo que El conoció y experimentó. Hay un sentido en que el creyente nunca experimenta un sufrimiento que sea original. El sufrimiento que experimentas no es realmente tuyo. Antes bien, sólo has gustado una experiencia de sufrimiento por la cual Jesucristo ya pasó. ¿Te han perseguido alguna vez por ser cristiano? ¿Te ha dejado casi destruido esa experiencia de persecución? ¿Se sumó una agonía a otra agonía? Ciertamente tu experiencia no fue ni original ni única. Aun cuando experimentaste una intensa agonía, lo que realmente sucedió, fue que bebiste de la propia copa de sufrimiento de Jesucristo. El día de tu conversión viniste a ser un participante de El. Al participar de El, has estado participando también de sus experiencias. Por tanto, cualquier aflicción que hayas conocido, no ha sido más que la experiencia de gustar la aflicción de Jesucristo. En esos momentos experimentaste algo de aquello por lo cual El pasó; aquello por lo cual El pasó, vino a ser una experiencia en tu vida. Cris, ¿has llegado a conocer ya, por experiencia, la aflicción? ¿Una aflicción tan grande, tan indecible, que hasta respirar te resultaba difícil? Entonces llegaste a experimentar, por un breve momento, la profunda aflicción y las recónditas palpitaciones del Hijo de Dios. Él tiene un almacén de sus sufrimientos. Sólo has participado de algo de eso. Has tenido comunión con Jesucristo, ¿no es así? Has experimentado su gozo, creo yo. ¿Te quejaste por experimentar su gozo? Un día participaste con El en el gran gozo de la salvación. ¿Te quejaste ese día? Algún día debes tener aún otra comunión, una experiencia común a ti y al Señor. Debes experimentar la participación de sus padecimientos. Sí, tienes que gustar esa participación también. Después de todo, eran de Él. Así como aquella primera experiencia extática de gozo que tuviste, de hecho el Señor la conoció primero de la misma manera, también el sufrimiento al cual te refieres como ‘tu sufrimiento’, en realidad fue suyo primero. El sufrimiento que estás experimentando ahora mismo, es suyo, como Él lo conoció, y es pasado a ti. Estás participando con Él en lo que El ya experimentó una vez. Un antiguo profeta dijo: “El llevó nuestros sufrimientos.” ¿Qué significa eso para ti, hermano Cris? Porque ciertamente Jesucristo sufrió, sufrió aquello que tan sólo la divinidad debió sufrir; pero El también sufrió cosas en tu lugar. Cris, ahora tienes la oportunidad (y el privilegio) de estar en esa mismísima posición. Puedes llevar algo de su aflicción, algo de su dolor, algo de su sufrimiento; sí, y tal vez un poco de su agonía. Si así fuera, varias cosas habrán de ocurrir. Le ahorrarás sufrimientos a Jesucristo... sufrimientos que le vienen de la deficiencia que hay en el cuerpo de El Ungido, que es la iglesia. De alguna forma, desconocida para ti, más tarde le ahorrarás a algún otro peregrino una porción de sufrimiento que originalmente estaba destinada a él. Además, así como nunca sabrás qué significa: “El llevó mis sufrimientos”, algún otro nunca sabrá que tú le has ahorrado un gran sufrimiento. He observado a un grupo de jóvenes que fueron llamados y que respondieron a ese llamamiento y consagraron enteramente su vida a Jesucristo. He observado el drama que se desenvolvió después. He visto cómo aumentó la tensión. He visto cómo el sufrimiento se volvió más intenso y menos soportable con cada año que pasó. Algún día futuro aquellos apreciados

hombres y mujeres (porque ahora ya no son tan jóvenes) estarán en algún lugar en una sala, frente a un grupo de jóvenes. Harán la misma declaración que se les hizo a ellos respecto del sufrimiento y respecto de la cruz. Pero esa siguiente generación de jóvenes santos no se detendrá. Se atreverán, contra todo sano y buen juicio, a seguir a Jesucristo sin reservas, absolutamente. Tengo una oración por ese segundo grupo de jóvenes. Mi oración es que haya algunos sobrevivientes del primer grupo y que estén allí —para ayudar, para fortalecer, para aconsejar y para confrontar, cuando las llamas y la inundación de las aguas lleguen a la escena. En aquella hora futura esos hombres y mujeres, que ya no serán unos jóvenes, podrán prestar su fortaleza —adquirida en el fuego— a esa segunda generación que entonces ya no será ignorante. Es tan importante que los santos más antiguos y más maduros en la vida de iglesia experimenten los recónditos y oscuros ámbitos del sufrimiento... por causa de los más jóvenes. Creo que tú puedes entender esto. Bueno, fue exactamente tan importante que Jesucristo fuera el primero que experimentase ese oscuro ámbito, de manera que más tarde El pudiese demostrar solicitud por otros — a fin de que, todavía más tarde, ellos a su vez pudiesen demostrar solicitud por ti. Abundan en nosotros las aflicciones de Cristo. 2 Corintios 1:5 ¿Qué fue lo que Jesucristo sufrió? Cris, te hago presente que, como creyentes, no experimentaremos ningún nuevo sufrimiento, ninguna nueva aflicción en esta vida, sino tan sólo aquello que El experimentó primero. No podemos ir más allá de su sufrimiento. De modo que ponderemos esta pregunta impregnada de lágrimas: “¿Qué fue lo que El Ungido sufrió? Tú estás en El Ungido. Esto es un hecho que puede que tú aún no hayas comprendido plenamente por experiencia. Pero eso no importa. Dios sí lo comprende. Cuando El te mira, te ve en El Ungido. El te considera uno con Jesucristo, parte del mismísimo ser de El Ungido. Estas cosas son misterios; pero, aun cuando ciertamente nos fueron dadas, con todo, las mismas no son claramente comprendidas por frágiles mortales como nosotros. Ahora bien, de esto puedes estar seguro: Todo lo que le sucedió a El que es El Ungido, esas mismas cosas les suceden a los miembros del cuerpo de El Ungido. Su experiencia está destinada a ser la experiencia de la iglesia. ¿No sufrió El? Luego, de aquí se sigue, como la noche sigue al día, que tú también sufrirás. ¿No murió El? Entonces tú también mueres. ¿No resucitó El? Luego tú también resucitas. Sí, es cierto que todas estas experiencias que Jesucristo tuvo, son hechos reales y consumados. Sí, fui crucificado con El. Sí, he muerto en El Ungido. Ya he resucitado en El Ungido. Pero también he de entrar, mientras vivo en esta tierra, en la participación de alguna pequeña porción de sus sufrimientos. Debo gustar, por experiencia propia, sus sufrimientos. Pablo los experimentó. Pedro también. Del mismo modo los experimentarás tú. De la misma forma los experimento yo. Y en tanto que la Desposada siga confinada en este globo terráqueo, y siga encerrada en el tiempo, limitada a los ámbitos visibles, su experiencia seguirá diligentemente la experiencia que fue propia de El. Durante la edad media era creencia de los católicos romanos que tan sólo unas pocas personas muy especiales podían alcanzar los elevados niveles de la santidad. Así, era creencia de ellos, que había una especial y catastrófica pérdida, aflicción o sufrimiento destinados para unos pocos, que a su vez, habrían de ser usados de un modo especial en el reino de Dios. ¿Es cierto esto o más bien es posible que todo corazón rendido al Señor lo pueda conocer bien? No hay nada en los escritos del primer siglo que indique que hay una casta especial de personas para algo. Lo que Dios está obrando en tu vida tiene este objetivo: hacerte tan completo en El Ungido como cualquier otro santo que haya vivido jamás. El está obrando lo mismo en mí. El ha adaptado hacia ese objetivo toda circunstancia que entra en tu vida. No hay acontecimientos accidentales en la vida de ningún cristiano. El objetivo del Señor es transformarte en su imagen. Tú, como un solo individuo, no puedes ser transformado en la plenitud de todo lo que es Jesucristo. El Ungido omnímodo es simplemente demasiado grande para que tú lo expreses. Pero sí puedes expresar alguna parte de su vida. Con este hecho quedamos frente a frente con el propósito de la iglesia. No puedes expresar todo lo de El Ungido. Ni tampoco el hermano que está sentado allí junto a ti. Con todo, el Señor está procurando transformar a los dos. Mira alrededor de ti. Esto mismo les está aconteciendo a todos los que están congregados en esa sala. Ninguno de ellos puede expresar todo lo del Señor. ¡Pero Cris! ¡Cada uno de ustedes sí puede expresar alguna parte única de El Ungido! Entonces mira lo que sucede cuando te congregas en una de esas reuniones informales. ¡Sí! Congregados juntos en ese recinto se encuentran todas las riquezas que son El Ungido.

¡Y esas riquezas pueden ser vistas y oídas! A mi juicio, ése es uno de los hechos más maravillosos en el Universo. ***No quise interrumpir esta parte con ningún comentario porque no quise perturbar la esencia de lo escrito, el pensamiento vivo del autor volcado generosamente en letras, independientemente de si se coincide o no con lo dicho. Sólo puedo añadir, sin que signifique ningún descubrimiento notable ni una revelación estremecedora, que como iglesia nos falta enseñanza sobre lo fundamental: la Vida Eterna. El día que los cristianos entiendan que su objetivo es la eternidad, todo lo que pase en esta tierra, de bueno y de no tan bueno, pasará inexorablemente a segundo lugar.***

Capítulo 32

Querido Cris: Como te lo he mencionado, trabajé con un grupo de jóvenes cristianos por más de una década. Tuve un asiento de primera fila para verlos crecer en el Señor. Aquellos jóvenes dedicaron su corazón y su vida para ver restaurada la vida de la iglesia. Emprendieron algo práctico y experimental. En los comienzos de su aventura, vivieron en medio de mucha luz y revelación y de una gran abundancia de experiencias diarias y muy reales de comunión con El Ungido. La mayor parte de lo que experimentaron, fueron cosas que habían sido restauradas en algún otro lado a lo largo del camino, en siglos anteriores al presente. Como quiera que sea, lo que esos jóvenes tenían, era algo raro. Hasta ahora han experimentado cosas que pocos cristianos de nuestro siglo han experimentado, y quizás ahora algunos de ellos procuren esas cosas que ningún creyente de ningún siglo (excepto uno) ha conocido nunca. Tuvieron que empezar en cero... e ir de allí hacia cosas raras pero restauradas. Al principio no habían experimentado nada más que la salvación. Su tarea era sencilla: descubrir qué había sido restaurado y entonces experimentarlo. ¡De algún modo tenían que asir esas cosas y luego seguir asiéndose a las mismas! Entonces se fueron del mapa. Algunos de ellos están determinados a traer de vuelta a la realidad viviente cosas perdidas durante casi dos milenios. Cris, tuvieron que ocurrir acontecimientos sobrecogedores en la vida de los jóvenes de ese grupo (cuya edad promedio al comienzo era como de 21 años). El Espíritu Santo tuvo que invertir muchísimo tiempo y energía en esos jóvenes. Repito, comenzaron en el punto cero. Y una restauración que comienza en el punto cero no tiene muy alentadoras probabilidades de buen éxito. Algunos se desconsolaban. En consecuencia, alguien tenía que confortar. Pero ¿quién sería el primero en confortar? ¡Pues, el primero en sufrir! ¿Quién sería el primero en hablar de la cruz con gran poder y convicción? (O sea, ¿quién podría hablar de la cruz con palabras firmemente basadas en la realidad experimentada?) ¿Quién sería el primero en declarar resurrección? ¡Sólo uno que hubiese muerto! ¿Quién confortaría, sino el que hubiese sido confortado? ¿Quién sanaría, excepto el sanado? ¿Quién esgrimiría poder? Nadie, sino aquellos que se hubiesen debilitado terriblemente. ¿Quién nos protegería del legalismo y de la ley, sino el que hubiese domado esa bestia en lo recóndito de su propia naturaleza? ¿Y quién derramaría su vida en largas horas de aconsejamiento, guía y dirección, sino sólo el que hubiese recibido un gran cúmulo de aconsejamiento, guía y dirección... lenta, dolorosa y copiosamente? De modo que ves que a ese grupo de hombres y mujeres jóvenes les fue dado beber muy a fondo de una copa de la cual no habían libado nunca hasta entonces. Parte del vino que libaron era vino restaurado y parte del mismo era vino nuevo, pero para ese pequeño grupo de creyentes ¡era todo nuevo! Ellos no libaron nunca ni una sola gota de ese vino sino sólo por experiencia. Y en la experiencia espiritual debe haber sufrimiento. Ahora sabes, querido Cris, por qué el Señor nos ha dicho: Tú sufres en beneficio de todo el cuerpo. Si algún hermano en ese grupo de creyentes no hubiese sufrido, todo ese grupo de creyentes no habría tenido nada en absoluto. Es necesario que sufras —para beneficio del cuerpo. No hay iglesia, no hay experiencia de restauración, no hay reposesión de esas cosas que se han perdido, a menos que alguien, muy posiblemente tú, sufra. Sin sufrimiento no hay restauración. Las riquezas que tenemos hoy, nos han venido porque algunos antes de nosotros sufrieron y esos ‘algunos’ le dieron al cuerpo lo que fue restaurado a causa de ese sufrimiento. Cris, me he expresado en forma personal e íntima, pero esto que te he dicho acerca de nuestra experiencia, realmente no

es más que la historia de la iglesia del primer siglo. En aquellos días también algunos pasaban por todas las experiencias de las que lees aquí, y luego las compartían con otros. Esos, a su vez, pasaban sus experiencias a otros más. Pero déjame ponértelo de otra manera. Los apóstoles estuvieron delante de Uno que había experimentado absolutamente todas las dimensiones espirituales, de Uno que se había posesionado de todas las bendiciones y de todos los sufrimientos y de todas las gracias. Un día esos apóstoles fueron a una gran ciudad. Durante unos siete años vivieron allí en medio de miles de nuevos cristianos. En ese día llamado Pentecostés, la vida de los apóstoles ya era rica. Tenían muchísimo que compartir con otros. Luego, al transcurrir los años, los hermanos y hermanas con quienes ahora vivían, participaron de todo lo que esos doce habían experimentado y bebieron plenamente y por experiencia de todo eso. Aquellos primeros cristianos tomaron todo lo que los apóstoles habían experimentado, se tornaron, y se lo pasaron a una nueva multitud de nuevos creyentes, que esperaban allá afuera estando en gran necesidad. Así que ves que Jesucristo experimentó el sufrimiento, y todo lo que obtuvo de ese sufrimiento lo pasó a los apóstoles. ¿Cómo? Permitiéndoles conocer sus sufrimientos (de Él). Ellos recibieron muchísimo participando de los sufrimientos del Señor. Luego, todo lo que recibieron, lo pasaron a una vasta multitud de nuevos creyentes. ¿Y cómo recibieron aquellos nuevos cristianos lo que los apóstoles tenían? Por la participación de los padecimientos de El Ungido. Y las riquezas que obtuvieron de ese sufrimiento las pasaron al resto del cuerpo de El Ungido. Y así ha venido siendo por casi 2,000 años. Cierta vez fui testigo presencial de un grupo de jóvenes que vieron esto, y ellos —pero no, espera un poco, ¿Qué diremos de ti? Cris, ahora tú sufres. ¿Por qué? Bueno, al menos una razón resulta evidente. Sufres en beneficio del cuerpo. Quizás debiéramos colocar este letrero en la pared de alguna parte de nuestra casa: La vida de iglesia puede ser peligrosa para tu salud. ¡Y esta aseveración es muy cierta! Pero, ah, tu pérdida puede ser tan sanadora para el cuerpo de El Ungido.

Se me ocurre que en algunos casos hemos sido demasiado enfáticos para con los discípulos directos de Jesús, también llamados aquí, apóstoles. Gente que cuando Jesús concluyó su ministerio, supo encajar en la nueva etapa y, cada uno de ellos, bajo diversas circunstancias, pudo ser útil al Reino y ministró lo que había aprendido con la máxima excelencia de la que fueron capaces. No obstante, a la vista de todo este impacto, muy pocos han prestado atención a la calidad de discípulos que verdaderamente fueron. Si me preguntas a mí, yo te diría sin dudarlos que, mientras Jesús hizo todo el trabajo que tenía que hacer, ellos, su compañía más cercana y confidencial, mayoritariamente no tenían ni la menor idea respecto a quién era él y qué era lo que había venido a hacer. Luego, los tiempos cambiaron y la historia se modificó, para la gloria de Dios. Entonces, ¿Por qué hoy nos cuesta tanto entender que los jóvenes novatos no pueden ni pensar ni actuar con los hermanos más maduros, suponiendo que los hubiera?

Capítulo 33

Querido Cris: Resulta difícil, tanto para un individuo como para un grupo, ser perseguido sin devolver el maltrato. Quizá es por eso que la persecución es una de las siervas favoritas de Dios. Esto llega abajo, a lo fundamental. Es difícil, ¿o no lo es? sufrir el mal de parte de aquellos que deliberadamente te difaman. Si hay algo que provoque a un creyente por lo demás ‘perfecto’ a hacer o decir algo no cristiano, es la persecución injusta. (A propósito, Cris, si tú crees que tus enemigos quedarán impresionados con tu piadoso silencio, pues no. Ni tan siquiera lo habrán de notar. Y cualquiera que los escuche difamarte y crea lo que oye, tampoco lo notará.) Es casi imposible que puedas tener amor en tu corazón cuando veas a amigos cristianos encarcelados. O tal vez muertos, injustamente. Y con todo, tu Dios permite esas injusticias. Oh, pero qué victoria es cuando un cristiano, siquiera uno, puede pasar por toda esa injuria, sin volverse cínico ni amargado. Pero, ¿por qué el Señor permite que a su desposada le sobrevengan semejantes sufrimientos? Es que este sufrimiento produce oro en la vida de los creyentes que sufren. Entonces ese oro producido en cada vida viene a quedar combinado en el cuerpo de El Ungido, para hacer a la desposada lo que debe ser. Cuidado, Cris, aquello mismo en

contra de lo cual te estás rebelando ahora, pudiera estar en perfecta armonía con el Señor. Lo que tú ves y sientes en forma tan dolorosa, puede ser el esfuerzo del Señor para pulir una piedra. Regocíjense grandemente. Ahora mismo deben sufrir un poco. Pero todos esos sufrimientos, esas pruebas de su fe, valen muchísimo más que el oro. Sobrevivan esto y su fe demostrará ser genuina. Y el resultado será alabanza y gloria y honor. (Tomado de 1 de Pedro 1:6,7)
¿Puedes apreciar, tal vez, por qué el Señor asigna tiempos de sufrimiento en tu vida? Vendrá un día en que su desposada sufrirá una muy grande necesidad; y es decisivamente importante que en esa hora de la crisis tú ya hayas aprendido cómo soportar ese sufrimiento en particular —sufrimiento que quizás todos los demás estarán experimentando por primera vez. Te necesitarán. Ahora da la vuelta. Aun cuando todavía eres muy joven, ¿puedes ver que detrás de ti viene una nueva multitud de creyentes? Están apenas empezando. Están en cero. Para ellos, todo lo que experimenten en la vida cristiana será completamente nuevo. ¿Los ves? En cualquier momento pueden entrar en escena. Pero antes de que lleguen, algunos deben sufrir para beneficio de ellos. Se les ha concedido a ustedes, no sólo que crean en El, sino que también sufran por causa de Él. Algún día vas a reflexionar sobre tu vida para traer a la memoria muchos incidentes. Confío en que la que más recuerdes, sean las alegrías. Pero seguramente habrá incluidos también recuerdos de aflicciones tenebrosas. Sea cualquiera de esos recuerdos el que incline la balanza, recuerda que nunca sabrás cuánto le debes al sufrimiento. Puede que hasta te quedes sorprendido al ver cuán poco habrán contribuido las ricas bendiciones y el gozo a tu crecimiento en la vida divina. De seguro que algunas de las mayores bendiciones que hayas de conocer jamás en la vida, algunas de las revelaciones más profundas en que te hayas de asomar nunca, algunas de las más apreciadas obras que el Señor haya de realizar jamás en tu vida, sí, las cosas que para ti sean sumamente preciosas, habrán de ser nada más y nada menos que fruto de tus mayores aflicciones. Un día le harás una observación casual a otro creyente (tal vez hasta más nuevo que tú), y quedarás muy sorprendido al darte cuenta de que tu comentario bendice y enriquece profundamente su vida. En otra ocasión, al hablar con otro cristiano cuyo corazón está a punto de desfallecer, compartirás con él algo que transformará su noche en día. Al ver lo ocurrido harás una pausa, te maravillarás, y entonces recordarás dónde fue que hallaste esa palabra de sabiduría, ese óleo de consolación. Si pudieras determinar el origen de todo eso, descubrirías que prácticamente toda ayuda que hayas recibido nunca —sea que haya venido de las manos de algún hermano, o de alguna palabra de literatura cristiana, o quizás de las Escrituras— te fue pasada procedente del horno encendido de una aflicción y de debajo de los aporreantes golpes del mazo del sufrimiento. La aflicción tiene su compensación. Consolamos a otros con la consolación que recibimos de... Imagínate al apóstol Pablo, ya anciano, y preso en un calabozo en Roma. Está escribiéndoles a los cristianos de una ciudad que se halla a centenares de kilómetros de distancia. Está dirigiendo su epístola a una iglesia que él no ha visto desde hace años, y esto es lo que les dice: Ustedes están regocijándose y llenos de alabanza. A ustedes les va bien en Colosas. ¿Por qué? Porque yo, Pablo, aquí en Roma estoy recibiendo el sufrimiento que en realidad era para ustedes. Estoy recibiendo ese sufrimiento en mi propio cuerpo, y esto los ha librado a ustedes. Ustedes no están sufriendo; ustedes están regocijándose. La aflicción destinada a ustedes está aquí, en Roma, y está presente ahora en mi cuerpo. El sufrimiento destinado a los creyentes de Colosas estaba siendo absorbido por Pablo en Roma. El sufría intensamente mientras ellos se gloriaban. Pero ni siquiera éstas son las últimas de sus asombrosas palabras. Pablo siguió diciendo: “Para esto fui hecho ministro.” Pablo se consideraba a sí mismo como el que tenía que recibir parte de los sufrimientos que en realidad correspondían a la iglesia. Para este propósito —este increíble propósito— él había sido hecho ministro. Sabes, Cris, en realidad tú no deberías esperar llegar a ser un obrero. Pero si lo llegaras a ser, recuerda las palabras de ese hombre, preso en aquella desamparada celda, y aprópiatelas: “Para sufrir por la iglesia, para sufrir en su lugar, ¡para esto fui hecho ministro!” En alguna ocasión futura, cuando las cosas se estén poniendo realmente difíciles, podrías recordar estas palabras. Sigue recordándote esto: “¡Para esto fui hecho ministro!” Yo también necesito recordarlas. Considera cuidadosamente los comentarios de Pablo respecto de este asunto, porque hay más todavía. Ahora me gozo en lo que padezco: es por el bien de ustedes. En mi carne, esto es, en mi cuerpo estoy haciendo mi parte, para cumplir, para

completar lo que falta todavía de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, la iglesia. ***Cualquiera de nosotros que lee esto, no puede menos que coincidir. Así es como fue pensada la iglesia y para eso es que está allí. Sin embargo, al mismo tiempo, cuando cualquiera de nosotros lee esto, no puede menos en pensar en algunos líderes actuales que conocemos. ¿Verdad que es como si se tratara de otra iglesia?*** ¿Es que Jesucristo no consumó sus padecimientos mientras estuvo aquí en la tierra? ¿Queda más sufrimiento que Él tenga que cumplir? ¿Es esto lo que Pablo nos está diciendo? ¿Y está diciendo que él, Pablo, podía completar esos sufrimientos? ¿O cuando menos tener parte en ver que esos sufrimientos quedaran cumplidos? La mente queda anonadada con esta idea. ¡Jesucristo no completó sus padecimientos terrenales —increíble! Especialmente después de todo aquello por lo que pasó. Lo llamaron 'ilegítimo'. Qué vergüenza le supuso eso a Él y a su madre. Fue rechazado por amigos, por sus familiares, sus discípulos y, con el tiempo, por toda la humanidad. Ahora bien, sentirse rechazado es algo terrible, y El experimentó el pleno embate de esa vivencia. Fue malentendido, lo citaban falsamente. Sintió el gélido y cruel aguijón del ardiente odio que algunos le profesaban. Lloró por el hombre, a causa del pecado y sobre Jerusalén. Doce hombres le quebraron el corazón. Y más allá de todo eso: Getsemaní y la cruz. ¿Es que no fue suficiente todo eso? Para entender este enigma hemos de ver algo del misterio. Y ese misterio era tan real para Pablo, que pudo hacerles esta afirmación a los creyentes de Colosas, y hacerla sin ningún comentario. El Señor no consumó su padecimiento. Cris, agarra bien esto: Se le ha otorgado a la iglesia que complete los padecimientos de Jesucristo. El sufrimiento aún no consumado espera por ti allá afuera. ¿Pero ésos no eran los sufrimientos de Jesucristo? Sí. Entonces, ¿no es El Ungido el que ha de pasar por esos sufrimientos? Sí. Pero ahora debemos preguntarnos: "¿Qué parte de El Ungido va a conocer ese sufrimiento?" Aquí llegamos al inescrutable misterio. Es el misterio de la unidad. Está El Ungido que es la cabeza... esto es, El que vivió en esta tierra, que fue crucificado, resucitó y ascendió, y ahora reina. Pero está la otra parte de El Ungido. ***No nos gusta. Tengo la total certeza que lo dicho aquí no nos agrada en lo más mínimo. Nos ha influido grandemente el pensamiento griego. El hedonismo, la búsqueda de placeres terrenales, (No ncesariamente los pecaminosos) ha torcido el camino de un cuerpo que está puesto aquí para algo muy diferente a lo que hoy está haciendo y viviendo. De todos modos, aunque espiritual y hasta anímicamente estemos de acuerdo, nuestra carne dice que no, que no tiene por qué ser así. ¿A quién oiremos?*** Está la parte de El Ungido que se encuentra aquí mismo, ahora mismo, sobre esta tierra —en forma visible—, que representa a Jesucristo a diario delante del mundo entero. Me refiero el cuerpo físico, visible de Jesucristo. Como ves, el cuerpo también es El Ungido. El cuerpo, que es la iglesia, es parte de ese mismo Jesucristo. Queda sufrimiento allá afuera que aún ha de ser padecido, que aún ha de ser conocido, que aún ha de ser aceptado por esa parte de Jesucristo que se llama el cuerpo. Todos le damos gracias a Dios porque ningún miembro de ese cuerpo tendrá que conocer ni sufrir jamás todos los padecimientos que Jesucristo experimentó mientras vivió en la tierra. Pero cada uno de nosotros —debido a que de alguna manera misteriosa somos uno con El— habremos de gustar alguna parte de su experiencia de sufrimiento. Algún miembro de tu congregación puede conocer el escarnio. Otro puede participar del dolor físico; otro más experimentará el rechazo, tal vez algún otro pueda gustar lo que quiere decir ser difamado y crucificado verbal y socialmente. Y quizás, sólo quizás, haya alguno en tu congregación que llegue a experimentar esa horrible cosa que Cristo experimentó en esos últimos minutos en la cruz: la oscura noche del espíritu. Hay un aspecto de la cruz que ninguno de nosotros llegará a conocer jamás por experiencia — ¡alabado sea Dios! Nunca llegaremos a conocer qué significa ser el portador de pecados. Eso es algo que yo nunca habré de experimentar, ni tú tampoco. El, sólo El, experimentó eso. El experimentó la única cosa a la que ninguno de nosotros debió haber escapado, la sola cosa que El jamás debió haber conocido. El vino a ser el portador de pecados, y de ese modo tomó el sufrimiento que en realidad me correspondía, —nos correspondía. Ahora, pues, debes ocupar tu lugar en el cuerpo de El Ungido, y debes recibir y llevar algún segmento del sufrimiento que es de El Ungido —esto es, de aquella parte de Jesucristo que es la iglesia. ***Cierto. Imagínate la escena si es que puedes. Un hombre como tú, o como yo, (Hombre genérico, incluye a mujeres por igual, obviamente); con un simple pecado más o menos grave anidado en su vida, no puede dormir, no puede andar en paz, no puede comer, no puede pensar, no puede…no puede vivir. La angustia y el estrés lo carcomen. Ahora imagina: ¿Qué harás con la suma de todos los pecados de la humanidad sobre tus hombros? No. Lo hizo Jesús, nadie más podría haberlo hecho.***

Si ves alguna vez una gran obra de Dios, algo realmente gozoso lleno de vida y real, algo de El Ungido, algo que es El Ungido, algo perdurable, entonces de una cosa podrás estar seguro: Algún solitario santo, callado, señero, fue a la cruz, sufrió, murió y cayó en la tierra. ¿Y por qué murió él? Por esa preciosa cosecha, por esa obra de Dios que ahora puedes ver y declarar que es tan bella. Tiene que haber otro día, y otro cuerpo de creyentes, un día cuando algún otro debe caer en la tierra y morir. Puede que ése, ese algún otro, tengas que ser tú. Lo que le aconteció a Pablo allí en Colosas, primero le sucedió a Jesucristo mientras estuvo aquí en la tierra. Después, será tu turno. Tú habrás de estar sufriendo. ¿Por cuánto tiempo? ¡Durante toda tu estadía sobre este planeta! —Pero —dices tú —cada año El me aplica su cruz más y más. Sí; y cada uno de nosotros está siendo colmado hasta la plenitud con los padecimientos de Jesucristo. El está haciendo esto en mí y en ti. Al cabo, ese pequeño grupo o asamblea con la que te congregas, experimentará los sufrimientos de El Ungido, cumpliendo así —en lo que a ti corresponde— sus padecimientos. No llegarás a experimentar todos sus sufrimientos, ni tampoco conocerás de una vez toda tu porción de sus sufrimientos. Su padecimiento será esparcido a lo largo de tu peregrinación. Recuerda pues, que tú, un pequeño miembro de su cuerpo, no vendrás a conocer, no puedes conocer todos sus padecimientos. ¿Pero qué decir de ti y de los demás, allí en esa asamblea de santos donde te congregas? ¡Sí! Allí, ustedes sí pueden. Allí, sí deben. Allí sí tienen que conocerlos. Juntos, ustedes han de cumplir, de completar, los sufrimientos de El Ungido. Este es uno de los destinos que ustedes tienen como un cuerpo de creyentes que se congregan en el nombre de Jesucristo. Ahora Dios está procurando realizar a plenitud en el cuerpo, que es la iglesia, lo que realizó en su Hijo en Judea. Así pues, la iglesia ha de conocer, ha de experimentar, ha de penetrar en su sufrimiento, el sufrimiento de Jesucristo, y tú desempeñarás algún papel en este grandioso drama. Simón Pedro ensanchó nuestra comprensión del sufrimiento en unas líneas que una vez escribió en una carta. El regocijo de ustedes sea manifiesto de acuerdo a cuánto la medida de los sufrimientos de ustedes iguala los padecimientos de Cristo. Si sufres un poco, regocíjate un poco. Si tu sufrimiento comienza a asumir un cariz de inmensidad, la inmensidad del propio padecimiento de Jesucristo, entonces regocíjate aún más. Y si tuvieras que experimentar su Getsemaní, si tuvieras que experimentar su hora final en la cruz, entonces, querido santo de Dios, ¡eleva tu regocijo hasta los cielos! ¡Qué montaña! ¡Qué vista! ¡Alabado sea Dios! Aquellos hermanos del primer siglo tenían una tan increíble visión del sufrimiento. A veces miro en los angustiados ojos de un querido hermano o hermana y veo que se encuentra en el borde mismo de la cordura, y me pregunto qué sucedería si en ese momento yo le dijese que hiciera lo que Pedro dijo que habían de hacer. Seguro que aquellos antiguos hermanos estaban parados sobre una montaña que la mayoría de nosotros simplemente no ha hallado aún. Aquellos creyentes veían cosas a las cuales nuestros ojos todavía no se han abierto. Cuando sientes que algo negativo, desagradable o francamente doloroso ha penetrado en tu vida, tienes varias alternativas. Puedes hacer lo que por lo general todos hacemos —lamentarte, afligirte, deprimirte, caer en la auto-conmiseración. También pudieras tratar de regocijarte, pero es raro el creyente que logra hacer esto. De hecho, la mayoría de nosotros nos sentimos como picados por ortigas cuando vemos que alguien sufre grandemente y al propio tiempo se regocija en El Ungido. Nos asombramos de cómo alguien puede hacer eso. Cuando el sufrimiento se presenta en tu vida, hay algo que seguramente vas a hacer. Preguntarás al Señor: “¿Por qué ha ocurrido esto?” Cris, hay otra cosa casi tan cierta como ésta. No recibirás ninguna respuesta. Si se pudiera suprimir este ‘por qué’, estimado hermano, la mayor parte del poder transformador de la cruz desaparecería. El factor ‘por qué’ de la cruz es quizás su aspecto más penetrante, más efectivo, más mortífero. Si se suprime el factor ‘por qué’ de la cruz, realmente no queda mucho sufrimiento que digamos involucrado en ella. Entonces ¿por qué estás sufriendo? Es imposible, tanto para mí como para cualquier otro, contestar eso con absoluta certeza. Pero de esto puedes estar completamente seguro: estás participando de los padecimientos de Jesucristo. Tu sufrimiento no es mayor que el de Él, y las grandes cosas que el sufrimiento realizó en la vida de Jesucristo, están ahora obrando en ti para producir algunos de los mismos grandes logros. Si no puedes apreciar eso que el Señor mismo está haciendo en ti, al menos no desperdicies lo que El está haciendo en ti. Deja la auto-conmiseración, y con toda la fortaleza y gracia que Él te concede, sométete a su obra. Si no puedes

reconciliar dentro de ti el rendirte totalmente a tu Getsemaní (la mayoría de nosotros no puede), entonces al menos somete a la luz los oscuros sentimientos de amargura y de resentimiento que van tratando de incubarse dentro de ti. Un día vas a llegar a la conclusión de que servir al Señor es mayormente llorar... y sufrir... y agonizar. ¿Qué puedes hacer en esa hora triste? En realidad nada, excepto doblegarte y absorber dentro de tu ser esos sufrimientos —sufrimientos que realmente pertenecen a la iglesia. En esa hora, soporta los sufrimientos de ella, por ella. Y si ocurre que levantas la vista, la verás andando por su camino, regocijándose gloriosamente. Ella estará desapercibida del hecho de que ella es, en ese momento, tan sumamente gloriosa porque tú has sufrido. ¡La prueba por la cual estás pasando, está cercenando algo! Sea lo que sea, la cosa cercenada será reemplazada por algo que es inmensamente glorioso. ¡Oh, hasta dónde llega el Señor para enseñarnos benignidad, compasión y... bueno... el simple 'cómo' de amar a otro hermano o hermana! He visto a jóvenes hacerse cristianos y entrar a formar parte del cuerpo de El Ungido como a la edad de 21 años, y los he visto otra vez unos diez años después. Sorprendentemente, incluso en el mejor medio ambiente posible, lucen casi lo mismo. De hecho, están ahí la misma personalidad y la misma disposición básica; no obstante, hay una diferencia. Aquel joven estudiante universitario cristiano, que hace diez años entró aquí para reunirse con un grupo de creyentes sentados en el piso de una gran sala de estar, era un cristiano capaz de herir a otros tan hondamente y ser tan insensible al hacerlo. La persona sentada hoy aquí, en esta misma sala, ahora es muy pronta para llorar, muy lenta para corregir, muy buena al consolar y alentar a otros, y muy corta al juzgar y hallar culpas. ¿Crees que fueron los libros que él leyó? ¿Crees que fueron los mensajes que ella escuchó? No. Fueron las heladas noches del espíritu las que trajeron esa transformación.

Capítulo 34

Querido Cris: ¿Qué es lo que el Señor está haciendo en tu vida por medio del sufrimiento? No importa cuán seguro estés que lo sabes, la verdad es que no estás seguro. Un día habrá de ser revelada la razón de tu presente sufrimiento. Con esto no quiero decir que te será dado conocerla, sino que será revelada así como una exquisita obra maestra es revelada ante un expectante auditorio. Un día la obra maestra que Él está realizando dentro de ti, será revelada delante de los ángeles, delante de los principados y potestades, delante de los hombres, delante de todo ser creado. ¿Cuál es esa obra maestra? Pues nada menos que la Desposada de El Ungido, su mismísima Esposa. Piensa en ella por un momento: una desposada tan gloriosa como El es glorioso. Un día ella será revelada —un ser humano— transformada: sí, divinamente transformada, hasta la medida en que pueda ser la esposa de Aquel que es el eterno Hijo del Dios viviente. Jesucristo vino a esta tierra como soltero. Asimismo El vino aquí como el único individuo de su especie, la raza divina. Luego, vino aquí sin pareja: la única especie que no tenía 'ella'. Adán tenía su pareja; los animales tenían parejas; pero Dios no tenía pareja. Eva era semejante a Adán, como que era la versión femenina del ser humano. Pero no había versión femenina de Dios. Él deseaba tener eso mismo para Sí: una pareja, una desposada***. (No podemos negar que esta forma de explicar la relación Cristo-Iglesia, pese a que la tenemos conocida, es sumamente novedosa, ¿Verdad?)*** Dios sabía que no podía realizar esa proeza sin involucrar un infinito caudal de sufrimiento. Y ese sufrimiento vino, primeramente, a la Deidad misma. En segundo lugar, ese sufrimiento había de venir a la desposada. Él fue el pionero del dolor y del sufrimiento. Ella sólo sigue sus pasos. Si algún día ella ha de estar junto a Él como su desposada; si ha de ser idónea para reinar con El, debe sufrir también. Asimismo, si ella ha de ser uno con Él en todas las demás cosas, esto es, en lo glorioso de ser su desposada, se desprende que ella debe ser uno con Él en el sufrimiento. Debido a que tú eres parte de la desposada —la iglesia—, debes participar, y habrás de participar, de los sufrimientos de ella. A su vez, los sufrimientos de ella no son sino los padecimientos de Él. Los sufrimientos de ella no son nada más que su participación en los sufrimientos de la Deidad. El sufrimiento se hereda, no sólo en los propósitos de Dios, sino también en el propio ser de Dios. El Señor aceptó este hecho y luego prosiguió por el camino de su propia experiencia en el dolor y la aflicción. Cris, acepta este hecho y prosigue por ese mismo camino. Recuerda: Esta leve aflicción no es nada comparable con la

gloria venidera puesta delante de ustedes. ¿Qué es esa gloria? No lo sé. No plenamente. Pero conozco un aspecto de esa gloria. Pregúntale a cualquier muchacha que está desesperadamente enamorada de un muchacho y que está comprometida a casarse con él. O mejor, pregunta a una plebeya que está a punto de casarse con un gran rey. Allí está al menos parte de la gloria de ella. Mientras el Señor Jesucristo vivió sobre esta tierra, ofreció muchos ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas. Ofreció esas oraciones al Padre que tenía el poder para librarlo de la muerte. Pero fue voluntad del Padre que El muriese. ¡Dios mío! ¡Qué opinión tiene Dios del sufrimiento! Lo permitió en el caso de su propio Hijo. No; ¡lo decretó! Ahora bien, el Hijo, a pesar del hecho de que era el único Hijo de Dios, tuvo que pasar por un proceso de aprendizaje... para aprender la obediencia a esa voluntad. Y así aprendió la obediencia. ¿Cómo la aprendió? Por lo que padeció. El sufrimiento fue el instructor, el maestro de escuela de Jesucristo. ¿Y la asignatura? Obediencia a Dios. ¿Cómo vas a aprender tú la obediencia a ese mismo Dios? ¿Tendrá ella una historia distinta de la de Él? Si llegaras a quejarte, recuerda que mucho antes de la creación, algo terrible e incluso horrible le aconteció a la Deidad. Antes de que El creara la eternidad, antes de crear los ángeles, los cielos, la tierra, o cualquier cosa... Él ya había sufrido más de lo que cualquiera de nosotros habrá de sufrir jamás. El Señor sabía de antemano cuán necesario habría de ser el sufrimiento para el plan de todas las cosas. Sabía que El mismo había de sufrir, y sabía cuánto sufrimiento habríamos de experimentar nosotros. ¡Él lo sabía, basado en su propia experiencia personal de antes de la creación! La Deidad aceptó el hecho de que habría la certeza del sufrimiento en nuestro universo... en cuanto a El mismo y en cuanto a lo más precioso del universo para El... su Desposada. Él lo sabía, pero ese conocimiento experimental no lo hizo desistir. Calculó la enormidad del sufrimiento, contempló el resultado final ¡y decidió que sí valía toda la pena! Si alguien llega a objetar esa decisión, debe hacer una breve pausa y recordar tan sólo qué experiencia de sufrimiento tuvo Jesucristo en su vida, en la cual El basó su decisión. Yo fui inmolado antes de la fundación del mundo. Jesucristo ama a esa su desposada que llamamos la iglesia. La ama muchísimo más de lo que nosotros, criaturas caídas, atrapados como estamos aquí en los corredores del tiempo, podemos comprender jamás. Y ella lo ama. Ella ha demostrado ese amor una y otra vez a lo largo de los siglos, pero lo habrá de amar aún mucho más. Lo amará con mucha más dedicación y más pasión que la que ahora podemos comprender. Pero entiende, Cris, que no puede haber semejante entrega mutua, semejante dedicación de amor, sin sufrimiento. No hay verdadero amor sin darse el uno al otro, y no hay dedicación personal, este darse a sí mismo, sin aflicción en nuestra vida. Ni siquiera el Señor Jesucristo pudo alcanzar la plena altura del amor dedicado, sin beber la copa del sufrimiento. Piensa lo que el Padre hizo cuando entregó su propio Hijo a la muerte. El amor lo indujo a hacerlo. Y como resultado del dolor de esa experiencia, su amor creció. Ahora ama mucho más a la Desposada. Y ella, al beber de la copa de Él, aprende que las alturas del amor no se alcanzan sino mediante el sufrimiento. Hay algo en lo que al sufrimiento respecta, que arranca aquello que no es divino y deja un divino intercambio de amor, no el egotismo, en el centro de todas las cosas. ***Es curioso lo que algunas doctrinas legalistas y ultra-moralistas han hecho en los cristianos. Prueba comparar a la relación Cristo-Iglesia con la de una pareja de enamorados y verás cómo, tanto hermanos varones como hermanas mujeres, ponen cara de espanto, como si hubiéramos dicho una barbaridad, una especie de blasfemia que puede ensuciar el nombre de Dios. Así es como la mayor parte de los seres humanos ven a la sexualidad, como algo sucio y fuera de los ojos de Dios. Convengamos en que Satanás logró bastante con su infiltración religiosa, ¿Verdad?*** Es deseo del Padre que la Desposada de su Hijo llegue a ser casi tan semejante al Hijo, como el Hijo es semejante al Padre. (¿Sabes justamente cuán semejante al Padre es el Hijo?) Si esto ha de tener lugar, entonces muchas cosas que no forman parte de la naturaleza divina que está en nosotros... bueno, tenemos que habérnoslas con esas cosas. Algunas de ellas deben ser corregidas, otras deben ser quebradas, otras más deben quedar transformadas, y tal vez algo deba ser consumido. Aquella parte de ti que es la naturaleza divina, debe crecer y ser realzada. Este es el modo de obrar del Señor en el universo. La cualidad que el Hijo desea ver en la Desposada, no es en nada menor que la que el Padre tiene en su Hijo. La Desposada habrá de adquirir parte de esa cualidad al fin de las edades, pero parte de la misma debe ser adquirida aquí. El Señor tiene dos métodos para efectuar

esa transformación. En primer lugar, está su propia vida misma creciendo dentro de ti; latiendo, expandiéndose constantemente, absorbiendo, consumiéndolo todo. ¡Oh, qué realidad tan gloriosa! Además, Él tiene la cruz. Y la cruz cercena, haciendo espacio para que la vida de El pueda seguir creciendo hacia fuera desde el centro. Disfrutarás la primera parte, el crecimiento de la naturaleza divina dentro de ti. ¡Ah, pero cómo te vas a tambalear bajo la obra de la cruz, a medida que ella vaya haciendo espacio para ese crecimiento! La obra de quitar el lado oscuro de tu humanidad hasta que no quede nada sino 1) la divinidad que recibiste dentro de ti el día de tu conversión, y 2) una humanidad transformada... ésta es la meta del Señor. ¡Se está efectuando un progreso, Cris! Sí; aun cuando a veces el progreso sea retroceder. ¿Y cuándo habrá acabado el Señor? El no cesará en ti hasta que tu último suspiro sea exhalado o hasta el día en que El retorne. Hasta entonces, El seguirá obrando. ¿Y cuál es el propósito eterno de todas estas cosas? Porque es en El, porque es mediante El, porque es para El que todas las cosas fueron creadas, visibles e invisibles, cosas en otros ámbitos, cosas en nuestro ámbito; en El, por El, para Él. El vino antes de cualquier cosa que haya acontecido jamás. Y todo lo que acontece tiene sentido por medio de Él. Sobre todo, recuerda que Él es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo. Y tú eres miembro de ella, y cualquier cosa que te ocurre, es en El, es por medio de Él, es por El, y algún día habrá de ser para El. La gloria final será suya. Repito: todo lo que Él te está haciendo a ti y está haciendo por medio de ti y por ti y en ti hoy en la iglesia, es por Él y para El, y por medio de Él, y en El. Variemos esto un poco. Porque ella es en El, por El, por medio de Él y para El... y un día ella será uno con Él en gloria. Tu Señor hará cuanto sea necesario, a fin de prepararse una desposada para Sí mismo. Toda actividad divina en este universo gira alrededor de la iglesia de Jesucristo. Todo lo que está depositado en esta iglesia, es en definitiva para El. ***Esto llega, una vez más, para que podamos recapacitar, también una vez más, que no somos entes individuales e individualistas que hacen a su antojo lo que se les ocurre que es mejor o peor. Somos, definitivamente, partes distintas pero mancomunadas de un gran cuerpo cuya cabeza pensante y de autoridad es Jesucristo, y quien no pueda verlo así, aún no ha conocido ni a Dios ni a lo que verdaderamente es su iglesia en la tierra.***

Capítulo 35

Fue Juan de la Cruz, escribiendo hace cuatro siglos, quien hizo famosa la expresión: “Noche oscura del alma”. Podríamos referirnos con más exactitud a esta experiencia como una “noche oscura del espíritu”. Esta expresión se refiere a un tiempo que ocurre en la vida del creyente cuando la presencia del Señor parece haber desaparecido totalmente. ¿Qué es exactamente esta experiencia extraordinaria? ¿Cómo se la puede identificar correctamente? Resulta más fácil explicar lo que esta experiencia no es que lo que es. Una noche oscura del espíritu no es una sequía espiritual, ni tampoco es ‘estar deprimido’. Y ciertamente no es lo que casi todos decimos alguna que otra vez en nuestra vida: “Es que simplemente no siento la presencia del Señor.” Asimismo, no es una enfermedad física, ni tampoco ningún tipo de persecución. No estamos refiriéndonos a estar sin trabajo, ni a un período de confusión, ni al mundo y sus problemas, sean grandes o pequeños. Esto no es una referencia a una persona que tiene problemas psicológicos, ni a la que tiene una enfermedad mental. Extrañamente, no es una sensación de que uno haya dejado al Señor; y tal vez —hablando en forma estricta— ni siquiera que Él lo haya abandonado a uno. Entonces, ¿qué es esta experiencia, este sufrimiento? La mejor manera de comprender esta experiencia es considerarla como fue conocida en la vida del Hijo de Dios. Pero ¿por qué molestarnos en considerar esta experiencia, o siquiera en reconocer su existencia? Porque nos ayuda a comprender a nuestro Señor y cómo El obra en nosotros. A veces podemos llegar a entender mejor los propósitos menores de Dios en nuestra vida cotidiana, si consideramos lo peor de las cosas y los principios involucrados en ellas. ***En sesiones de consejería es habitual escuchar expresiones tales como: ¿Dónde estaba dios cuando a mí me pasaba tal o cual cosa? La persona se sentiría peor si se le respondiera lo correcto, que es que Dios estaba exactamente en el mismo lugar en el que se hallaba cuando a él las cosas le iban de maravillas y no perdía tiempo en acordarse o prestar atención a los que sufrían.***

En suma: esto tiene que ver con una alta dosis de egoísmo, al cual el hombre carnal parecería ser tan afecto. ¿Todo anda bien? ¡Dios me mima! ¿Todo anda mal? ¡Dios no se acuerda de mí! ¿Lo correcto: Dios está ahí y tú no has venido a este planeta a pasarla bomba, sino a vivir una vida que resulte de testimonio para los que no conocen al Dios que tú sí dices conocer.

Capítulo 36

Allí, en la sala del tribunal estaba El, de pie, aborrecido. Oyó la interminable sarta de mentiras que decían contra Él. Un rato antes había sentido cómo le desgarraban el cuerpo. Su rostro y su cabeza habían sido deliberadamente desfigurados. Aun sin la cruz que lo esperaba, Él podía haber muerto a consecuencia del abuso físico que ya se le había infligido. Era una escena trágica... relatada con frecuencia, considerada a menudo —un estudio de la injusticia humana. Sin embargo, los acontecimientos de la sala del tribunal palidecen comparados con los que más tarde tuvieron lugar en la cruz. Pero lo que no se considera a menudo es que todos los demás aspectos de la cruz palidecen, a su vez, comparados con los minutos que pasaron inmediatamente antes de morir El. Como creyente, te es dado participar en alguna forma mínima, de alguna porción de la cruz de Jesucristo. Esta es una consideración que nos hace ponernos muy sobrios, ¿verdad? Pero, Cris, al considerar la cruz, añade esto: Algo peor aún que la cruz acecha allá afuera. Hay, al menos, una porción de la cruz distinta de todo lo demás. Algo aconteció en esos últimos, amargos momentos allí en la cruz, algo que no hay labios humanos que puedan describir, ni alma humana que pueda identificar. Poco se puede decir cuando se analiza esto; y aún menos consolación se puede ofrecer al peregrino que pudiera ser requerido a gustar del mismo. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Por qué! ¡¿Por qué ME has desamparado?! Algo que Jesucristo recibió allá afuera, alguna tremendamente espantosa experiencia por la que pasó, algo tenebroso, similar al infierno, con que Él se encontró en los corredores de su hombre interior... fue algo inexplicable, totalmente indescriptible y en extremo horrible. Un horror tan vasto, que el Hijo de Dios quedó quebrantado bajo los porrazos de aquella invasión hacia adentro. Debido a que nosotros los cristianos no nos encontramos con experiencias espirituales que nuestro Señor no haya gustado primero, y debido a que participamos de sus sufrimientos, se deduce que algunos creyentes de entre nosotros pueden encontrarse con una experiencia similar también. Algunas de nuestras experiencias en El Ungido son experiencias gloriosas, como visitas a otras dimensiones. Con todo, las mismas no son sino pequeños duplicados de las propias experiencias de Él. Pero algunas de las experiencias que tenemos, que también son pequeños duplicados de sus experiencias, no parecen ser de tanta bendición. Puede que un día algunos creyentes que estén viviendo contigo en una expresión práctica del cuerpo de El Ungido, hayan de tener una pequeña identificación con aquellos últimos minutos que el Señor pasó en la cruz. ¿Qué es esta experiencia, esto a lo cual nos referimos como ‘una noche oscura’? Permíteme, con miras a una mejor comunicación, expresar esto con una exageración incorrecta. En ese lugar que es la parte más profunda, más recóndita del creyente, ocurre algo para lo cual ninguno de nosotros está preparado. Dios quita su Espíritu que mora allí. Así, el cristiano está perdido. Dios ya no está dentro de él. Hay poca evidencia de Dios fuera de él. Dios se va. Al menos esto es lo que parece que ocurre. Y, en este caso, la apariencia es tan efectiva como el hecho. Para todo propósito temporal, pudiera igualmente ocurrir que en efecto Dios se hubiese ido del creyente. Entonces, ¿qué es lo que en realidad ocurre? El cristiano descubre que ya no tiene ninguna percepción interna de la presencia de su Señor. Es como si Dios se hubiese retirado del universo. Según toda evidencia perceptible, el Señor se ha ido del corazón del creyente, de su alma, de su espíritu y hasta de las células de su cuerpo. Dios se ha ido absolutamente. Esa vaciedad misma es algo que sobrecoge. Además, hasta donde el creyente puede discernir, el Señor no solamente se ha marchado, sino que se ha ido conclusivamente. Es un asunto a perpetuidad.* Ciertamente un ambiente así no produce esperanza alguna. Fue a través de esa desesperanzada oscuridad del espíritu que Jesucristo estaba pasando en los momentos de su muerte. Esa no fue una experiencia por la cual El pasó, sino una experiencia que El estaba recibiendo en los momentos mismos de su

muerte. Hay una enorme diferencia entre pasar por una oscura noche del espíritu, y morir en lo más oscuro de esa noche. Jesucristo murió fuera del cálido ámbito de la esperanza. Cris, considera que cuando la cruz realizó su obra final —hacer morir al Hijo de Dios—, tu Señor murió fuera de toda percepción de la presencia de su Padre. El murió en ese estado. No tenía ninguna percepción espiritual en absoluto. (A menos que digamos que la noción del repentino, inesperado e inexplicable acto de ser desamparado pueda ser clasificada como una percepción espiritual.) Jesucristo murió en lo más recóndito del confuso ámbito de los 'Interrogantes'. Murió en la vorágine del desamparo. Si deseas saber si algo por lo cual estás atravesando es realmente la cruz, busca esta marca: cuando Jesucristo murió, Le recuerdo al lector, que ésta es una experiencia extremadamente rara, que pocos han conocido y que menos aún han reportado. ***Y yo aprovecho para añadir, como si fuera necesario, que aún cuando las cosas no te funcionen como esperas, y todo a tu alrededor pareciera desmoronarse o tambalearse peligrosamente, tú tienes a Cristo en tu corazón. ¿Te imaginas lo que puede sentir alguien que no conoce al Señor? Acertaste. Lo mismo que sintió Jesús en la cruz cuando preguntó por qué había sido desamparado. No es un simple consuelo de circunstancias, es un elemento clave en tu vida: ¿Tienes a Cristo? Todo lo demás toma sentido aunque hoy parezca no tenerlo.*** El murió sin saber qué era lo que la cruz le estaba haciendo. Por lo tanto, a menos que haya un interrogante —una pregunta que no recibe ninguna respuesta—, en realidad no hay mucho de la cruz implicado allí. Lo no contestado es quizá la característica central de la cruz; es parte de la estructura muy molecular de la cruz. Este aspecto de la cruz, el interrogante, la falta de una respuesta, queda legado a todo hijo de Dios. ¡Espéralo! Tú que te enojas tanto con tu Dios cuando, al parecer, Él te deja momentáneamente en los pequeños apuros de la vida... es muy cierto que las riquezas de tu herencia en El Ungido son inmensas y cuantiosas, pero la capacidad de El de desampararte está también dentro de los términos de tu herencia. Puedes sentarte entre las utópicas paredes de una catedral de hermosos vitrales de colores y escuchar un sermón simplista, sentimental y superficial sobre la fidelidad de Dios y marcharte viéndolo algo así como un cariñoso cachorro que nunca te va a dejar ni desamparar. Pero ése es un dios imaginario, erigido sobre un trozo de hielo muy delgado. Se ha exagerado enormemente la fidelidad de Dios y se ha olvidado su determinación de transformar —aun hasta el punto de implementar el desamparo. Recuerda esto para siempre: tu Señor murió abandonado y desamparado. Y eso no ocurrió en alguna insignificante coyuntura de su vida. No; El fue abandonado en esos momentos en que uno espera, sobre todo otro momento, que Dios esté cerca. ¡El fue abandonado en los momentos en que estaba muriendo! En los terribles momentos de la mayor duda de Jesucristo, los terribles momentos de su más grande necesidad de saber, los terribles momentos de morir —estos tres se intersecaron en su vida a un mismo tiempo. Y fueron precisamente ésos los momentos que Dios escogió para irse. ¡Qué sincronización! ¿Cierto? En esos momentos supremos Jesucristo, el Hijo de Dios, encontró, no una ayuda, no una consolación, ¡sino la infidelidad de Dios! Jesucristo murió en medio de un verdadero enjambre de interrogantes. Murió sin oír una palabra de consuelo, ni una palabra tranquilizadora, ni una palabra de esperanza. Murió viendo las espaldas de Dios que se alejaba. Además, tu Señor murió inseguro de si vendría a resucitar de entre los muertos. Quién sabe, tal vez incluso murió estando seguro de que no resucitaría de los muertos. Como sabes, su Padre acababa de dejarlo. Cierto; El sabía de antemano que había de morir. ¿Pero sabía El que, en esos últimos momentos, su propio Padre lo rechazaría y lo abandonaría? Tan sólo unos momentos antes de morir, todo su ser quedó destrozado por venir a ser la encarnación del pecado. Esto fue seguido por la pérdida de la presencia de Dios, su Padre, hecho que lo hizo clamar a gran voz haciendo una pregunta bañada en duda. Pero no vino respuesta alguna, ni a través del oído interior de su espíritu, ni de su oído exterior. El silencio reforzó la duda. Primero, desamparado. ¡Después, ignorado! Entonces, en esos momentos del silencio del cielo y del odio de la tierra, con todo su ser que había sido hecho pecado, y con su propio espíritu que emitía el último aliento al morir... ¡vino la Muerte y lo conquistó! Consideren, ustedes que son seguidores de Este que es El Ungido, consideren ¡qué fue lo que su Dios le hizo a Él! Consideren y estén prevenidos: esta misma experiencia ha tocado la vida de algunos de sus más devotos y consagrados seguidores. En cualquier caso, ¿cuán amante es, exactamente, su Dios? Ustedes que toman su fidelidad

tan volublemente y la esperan con tanta certeza, contesten ustedes mismos. Basados en la evidencia presentada, ¿cuánto es que pueden realmente esperar de su fidelidad? ¿Cuán confiable es El? ***Ese es un ingrediente que muy pocas veces tenemos en cuenta, al que casi nadie quiere referirse y que, obviamente, jamás nos es predicado desde los púlpitos. Cuando un cristiano le pregunta a Dios por qué razón está permitiendo que viva una determinada crisis de la cual, seguramente habrá de salir con vida, ¿Se toma un minuto a pensar qué le hubiera preguntado Jesús a su Padre cuando iba camino a la cruz?*** ¿Se me ha olvidado algo? Ah, sí; se me pasó mencionar qué más aconteció en ese fin de semana. Esa víspera del viernes (según el calendario judío) Jesucristo quedó desamparado. El jurado salió esa tarde. Y, ¿cuál fue el veredicto? Que, obviamente, la gracia de Dios no es suficiente. Y no olvides nunca este asombroso hecho. —Por cierto que —protestas tú, —no debes decir eso. Mira lo que sucedió después. ¡Ah! Pero hablar de lo que aconteció después, no es más que sermonear. Hay un falso consuelo en los hechos futuros, cuando aún estás viviendo la víspera del viernes. O el viernes, o el sábado, a este respecto. ¡Háblale a un devoto y piadoso santo que haya perdido absolutamente todo sentido de la presencia de Jesucristo —cuando, al cabo de meses, o de años, esa presencia no ha retornado nunca—, háblale acerca del resto de ese fin de semana! Cuando más, tus palabras serán apenas una tenue esperanza. Cierto, hay algo más allá de la pérdida sufrida en esa víspera del viernes, ¡pero entonces nadie lo sabía! Ni tampoco el viernes, ni el sábado. Esa víspera, y ese viernes, y ese sábado merecen más atención. La distancia desde la víspera del viernes hasta la mañana del domingo pudiera tal vez extenderse por años... no, ¡a perpetuidad!

Capítulo 37

¿Qué beneficio hay en ser cristiano y pasar por una oscura noche del espíritu? Tal vez ninguno. Incluso, por el momento asumamos precisamente esto... ¡ningún beneficio en absoluto! Pero, me has hecho una pregunta incorrecta. Debías preguntar: "¿Qué beneficio hay en esa experiencia de 'noche oscura', no ya para el cristiano, sino para el cuerpo de El Ungido?" Ah, bueno, ahora sí tenemos una pregunta que arroja luz sobre este misterioso asunto. ¿Te das cuenta de este hecho tan tremendo: que la iglesia, la desposada, nació de aquella víspera de viernes? La cruz fue su progenitora. ¡La cruz la produjo! Ella nació a partir de los sufrimientos de la víspera del viernes. Está inseparablemente vinculada a esa cruz. La historia de esa cruz y la historia de esa desposada deben entrelazarse para siempre. Son de la misma estructura molecular. Esto quiere decir que ella conocerá esa cruz exactamente como la conoció su Señor.* Incluido en eso, ella conocerá el contenido de aquellos últimos momentos de la cruz — cuando el Padre desamparó al Hijo. La 'noche oscura del espíritu' está ahí. Ella debe poder identificarse, al menos de alguna pequeña manera, con esa experiencia. Y si no ella, entonces al menos algunos miembros de su cuerpo deben conocerla. Hoy en día la expresión de la iglesia es superficial, vieja y tradicional. ¡Qué gran necesidad hay de que se restauren tantas de sus tempranas maneras! ¿Y cómo se puede llegar a reavivar en nuestros días aquella gloria del primer siglo? En primer lugar, la respuesta está en ver restaurados aquellos elementos que se juntaron para producir la iglesia. El centro de su nacimiento fue el sufrimiento. Y en el centro mismo de ese sufrimiento yace la oscura noche del espíritu, que el Señor experimentó. Ahora bien, dentro de los confines de la iglesia, algunos tienen que experimentar esa misma noche... en beneficio de los demás miembros del cuerpo de El Ungido. La iglesia siempre nace a partir del sufrimiento, en medio del sufrimiento, como resultado del sufrimiento. Así fue su nacimiento entonces: así habrá de ser cualquier restauración ahora. No, ella no conocerá nunca un determinado aspecto de la cruz; el de llevar los pecados. Por la naturaleza misma de la redención, El solo conoció esa porción de la cruz. Estamos hablando de principios impresos dentro de su naturaleza misma. Cuando recuerdes el sepulcro del huerto donde ella nació, detente un momento y recuerda también la experiencia que precedió a aquella gloriosa resurrección. La experiencia de la cruz, incluso la oscura noche del espíritu, jugó un papel en el nacimiento de la iglesia, que no fue menos céntrico que la resurrección misma. La resurrección y la cruz. Esos hombres y mujeres que hoy

en día osan reunirse con el propósito de ver que la iglesia alcance mayores alturas —para ver una restauración—, tendrán que ser hombres y mujeres que conozcan bien la altura, la profundidad, la longitud y la anchura de la realidad de todo lo que estas dos palabras encierran. Cris, te recomiendo, antes de que te aventures demasiado lejos en este asunto de dedicarte a Jesucristo, antes de que empieces a tratar de averiguar el verdadero significado de la cruz y de la resurrección... y de seguro antes de que arrostres las aguas de la restauración de la vida de iglesia... te recomiendo solemnemente que recuerdes aquellos momentos finales de tu Señor en la cruz. Habiendo hecho esto, ¿no es verdad que sería más prudente que te quedaras en casa? No es de extrañar que, para expresar los más elevados límites de nuestra devoción a Jesucristo, la mayor parte de nosotros los cristianos, no hacemos más que ir a un gran auditórium por una o dos horas los domingos en la mañana. ¿Pero quién puede culpar a cualquiera de nosotros por no involucrarnos más con un Dios cuyos planes pueden incluir una cruz similar a la cruz de su Hijo? Sé prudente antes de entregarle tu vida a Él. Y si te reúnes con creyentes en una experiencia de vida corporativa, recuerda que cada uno de ustedes tendrá el deber de participar, al menos de alguna pequeña porción del sufrimiento de tu Señor. ¡Esto es un hecho garantizado! Pero ¿por qué es un hecho? ¿Por qué debemos? La respuesta es muy sencilla. Es por el bien de los que te rodean, es en beneficio de otros miembros del cuerpo. Impresa dentro de la naturaleza misma de la vida de iglesia, hay una oscura noche del espíritu. ¿Te atreves, pues, a tomar este camino? ***¿Hay una sobre-exageración del autor en esta aseveración? No podría asegurarlo, claro, pero es la sensación que me dejan estas últimas palabras. ¿No parece una manera de desalentar evangelismos futuros? Quizás, pero: ¿De qué iglesia estamos hablando los unos y los otros? ¿Acaso de una organización tranquila, sin más preocupación que armar lo mejor que se pueda la reunión del domingo, la campaña evangelística del mes próximo, o las grandes conferencias del próximo semestre? ¿Esa es la iglesia de Jesucristo? Aquí, si me permites, es donde empiezo a pensar que tal vez el autor sabe mejor que muchos de nosotros de lo que está hablando.***

Capítulo 38

Siendo yo aún joven oí contar un sencillo relato que hasta el día de hoy sigue siendo uno de mis favoritos. Parece que un ministro negro de los días de la Guerra Civil estaba predicando a su congregación en la mañana del domingo de Resurrección. Describió vívidamente la crucifixión y la muerte de Jesús. Luego describió cómo Satanás y todos los demonios del infierno se regocijaron sobre la piedra del sepulcro del Hijo de Dios. En ese momento el anciano ministro se volvió y se dirigió personalmente a Lucifer: — ¡Tú, sigue no más y diviértete; pero cuídate, diablo, porque allí viene la mañana del domingo! Puede que transcurran años entre la víspera del viernes y el domingo. El creyente puede haber olvidado hace tiempo que hubo algo así como domingo. Puede ser que hace mucho tiempo que el creyente ha resuelto el asunto, diciéndose: “Dios se apartó de mí y El ya no va a volver.” El asunto no solamente ha quedado resuelto, sino que al pasar mucho tiempo, se ha llegado a olvidar hasta el concepto de que El pudiera volver. Pero Dios no puede olvidar. El domingo es parte de la naturaleza misma de Dios y Dios no puede negarse a Sí mismo. No conozco a ningún creyente que alguna vez haya hecho referencia a una oscura noche del espíritu, que luego no haya vivido lo suficiente como para relatar, quizás para su propia sorpresa, una brillante mañana de resurrección. Aquel cristiano desamparado y fatigado que perdió toda esperanza de recuperar alguna vez el espíritu activo, ha pasado por alto algo que forma parte de la naturaleza y experiencia de su Señor. Jesucristo no quedó desamparado para siempre. Sí, es cierto que su Padre se apartó de Él. Es verdad, realmente la gracia de Dios no es suficiente. Hasta el Señor Jesucristo pudo dar testimonio de este hecho incontrovertible. Pero Él también sabe qué es lo que se experimenta (mucho más allá de cualquier razonable intervalo de tiempo) al ser resucitado de los muertos, levantado y vuelto otra vez a la vida —repentina y sorpresivamente. Sí; Él sabe qué se experimenta al ser despertado con una sacudida, para volver a vivir, a plenitud, inesperadamente. Su ser interior también fue resucitado. Esplendente. Lleno de vida. Un día este mismísimo Señor que conoce —que conoce

verdaderamente— todo el horror de quedar desamparado, este Señor pasa por la tumba de un devoto cristiano retenido en las heladas garras de una oscura noche del espíritu, y sacude esa tumba. ¡Sí; El viene! Viene e inflama esas frías e inanimadas porciones internas y recónditas del creyente. La oscura noche del espíritu pasa en un estallido de gloria restituida. El Ungido que reside en el creyente está de nuevo haciendo su obra. Y de repente el cristiano sabe, en realidad de verdad más allá de todos los límites del entendimiento, que El nunca desampara. "No puedo creerlo. ¡Yo no estaba desamparado!" Su gracia, oh, su gracia sí es suficiente. Lenta, más allá de toda comprensión. Pero suficiente. Y de alguna manera gloriosa e inexplicable... siempre llega justo a tiempo. A medida que transcurren los días de su restauración espiritual, este creyente empieza a aprender muchísimas cosas acerca de los propósitos de su Dios, que nunca antes había conocido. Al reflexionar, se da cuenta de que cada momento de aquellos largos y solitarios meses de su oscura noche estuvo enlazado con la tristeza. Cada momento consciente de su vida estuvo dominado por esa abrumadora sensación de vacío interior. Ahora este creyente empieza a reconocer cuán poderosa era aquella sensación de 'nadedad' siempre presente y aquella continua sensación de tristeza. Nunca antes en toda su vida ninguna sensación interna había sido, ni nunca después habría de ser jamás tan fuerte, tan constante, siempre tan consciente, como era ese vacío. Entonces, maravillado, hace su descubrimiento. Aquella 'nadedad' o 'inexistencia', aquella acosadora sensación de la ausencia del Señor, ¡era en realidad el Señor mismo! Por todo el resto de su vida, nunca volverá a tener una sensación interna tan fuerte. Ahora se da cuenta de que aquella misma ausencia de percepción de Dios era abrumadora. Predominante. ¡Constante! Y nada que él pueda experimentar jamás, le habrá de recordar a Jesucristo tan constante e inexorablemente. En oscuridad estuvo andando ese cristiano en el siempre presente vacío que también era El Ungido. ¡Porque para El aún las tinieblas son luz! Ciertamente, Cristiano, Él nunca nos deja ni nos desampara. ***Esto es más que verdadero. ¿Cuántos de nosotros tiene en cuenta que así como hay un momento de crisis, otro siguiente de derrota que aparenta ser inamovible, luego llega un día de resurrección y gloria, y todo vuelve al mejor cauce? Observando esto e incluyéndome, -por supuesto-, entre aquellos que lo han olvidado, pregunto: ¿Quién crees que escribió muchos de los libreros de predicación derrotista que pululan en nuestras iglesias? Listo; ya tienes turespuesta, así como yo tuve la mía hace un tiempo.***

Capítulo 39

Unas páginas atrás formulamos la pregunta: "¿Qué valor tiene una oscura noche del espíritu?" Tan sólo Dios sabe la respuesta a la misma. A lo sumo, sólo podemos observar. A continuación propongo algunas posibilidades. En la experiencia práctica del cuerpo de El Ungido no perjudica tener al menos un miembro que no se deja vencer, no importa cuán encarnizada sea la batalla. Tan sólo la fe que ha sido firmemente atemperada por el sufrimiento y establecida en la aflicción, puede soportar el conflicto que espera más adelante a cualquier grupo de cristianos que experimentan la vida de iglesia. Asimismo, es una verdad espiritual establecida, que ningún cristiano puede ser destruido por circunstancias menores en magnitud y fuerza que las que ya ha sobrevivido. Y ten por cierto que resulta muy difícil encontrar nada que arrojarle a un cristiano que es más grande que una oscura noche del espíritu. Si él ya ha sobrevivido a eso, podría también sobrevivir la mayoría de las otras cosas que la iglesia haya de tener que encarar. El asunto es bien obvio. A veces resulta verdaderamente beneficioso para el cuerpo de El Ungido, tener presente a alguien que previamente haya sobrevivido una devastación todavía más grande que la catástrofe que en ese momento se esté experimentando. ¿Ves cómo un desastre tal como una oscura noche del espíritu es, con frecuencia, madre de una paz interior, y de una fe firme, y de un seguro fundamento de una iglesia en una abrumadora inundación de adversidad? ¿Hay otras cosas positivas más que decir respecto de una oscura noche del espíritu? Oh, sí. Es bueno tener en la iglesia a alguien que esté familiarizado con un genuino caso de resurrección. ("¡Yo he presenciado una resurrección!") Otro posible fruto que puede resultar de una oscura noche del espíritu, tiene que ver con una más profunda y más precisa comprensión de la

constitución interna de una persona. Para un creyente, el hecho de que le sean denegadas las funciones de su espíritu dentro de sí, es una oportunidad para que pueda aprender bien, exactamente qué partes de su interior no son su espíritu, sino más bien los sentimientos de su alma, el raciocinio de la mente del alma, y la volición de la voluntad del alma. Así pues, recuperar el sentido intuitivo del espíritu es un sólido fundamento sobre el cual poder comenzar a distinguir verdaderamente el espíritu del alma. Así, se hace posible una comparación más precisa del alma y el espíritu. Uno puede decir qué es lo que se ha añadido que antes no estaba allí. Ciertamente podemos decir que aquí está algo que necesitan todos los que se reúnen en su nombre: discernir qué es el alma y qué es el espíritu. El alma y el espíritu están tan entrelazados y son de muchas maneras tan similares, y sin embargo, de muchas otras maneras son completamente diferentes. De seguro que una de las principales razones de por qué Él envía sufrimiento a nuestra vida, es para alcanzar esas partes internas nuestras y hacer que aprendamos una saludable diferenciación entre las dos. ¿Y qué más se puede decir de una oscura noche del espíritu? Que éste es uno de los instrumentos más importantes que tu Señor usa (no muy frecuentemente), con el propósito de quebrantar la fortaleza del alma y hacer espacio para el crecimiento ascendente del espíritu. Y ¿hay todavía algo más? Sí, mucho más. Pero sea éste nuestro comentario final. Una oscura noche del espíritu es solamente uno más de los posibles privilegios que Dios nos extiende a todos nosotros, al permitir que participemos de los padecimientos de Jesucristo, para beneficio de su cuerpo. La mayoría de nosotros no llegará a conocer nunca una oscura noche del espíritu. Quizás nadie que alguna vez lea este libro llegue a conocerla. Pero llegar a tener siquiera un ligero conocimiento de esa prueba, es aumentar nuestra comprensión de la cruz, del sufrimiento y de la transformación... y de por qué y cómo El obra en nosotros. ***Es indudable que hay una palabra que todavía no hemos alcanzado a entender y, mucho menos, a poner por obra. Esa palabra, es que Dios aborrece las obras de la carne. Hay un problema, porque hemos entendido que, en efecto, Dios aborrece las cosas malas que la carne nos puede llevar a realizar, sobre todo en nuestros cuerpos. Sin embargo, se nos está escapando algo que siempre estuvo escrito allí y no siempre vimos o entendimos: Dios aborrece las obras de la carne. Todas. Las que nos parecen malas y las que nos parecen buenas. Todo lo que tú hagas en favor de Dios porque tú interpretas que es bueno, es trapo sucio a los ojos de Dios. Sólo va a agradarse cuando hagas aquello que Él te envíe a hacer.***

Capítulo 40

Cris miraba por la ventana de su dormitorio, observando cómo los distantes relámpagos danzaban, teniendo como fondo las nubes de tormenta que se aproximaban. Cuando empezó a seguir con la vista los delgados e indolentes arroyuelos descendentes que las primeras gotas de lluvia producían en su ventana, oyó el chasquido de un rayo que había caído allí cerca, seguido al instante por el violento estruendo del trueno. De inmediato, todas las luces del dormitorio se apagaron. Instintivamente Cris se volvió encarando su oscurecida habitación. Por unos instantes, la tormenta eléctrica de afuera proporcionó una tenue e intermitente luz en la habitación. Luego, súbitamente, todo lo que se encontraba alrededor de él se puso negro como carbón; y debido a que aquello era simplemente imposible, Cris comprendió enseguida qué era lo que estaba pasando. Por un largo rato permaneció inmóvil, rompiendo al fin aquel encanto sobrenatural con una palabra inquisitiva: — ¿Mensajero? Desde detrás de él y tal vez sólo un poco hacia su derecha, Cris escuchó esa desconcertantemente serena voz de Mensajero: —No te vuelvas, joven Cristiano. Esas palabras de mensajero eran un inconfundible mandato, y acompañando a las mismas llegó una enorme explosión de luz por sobre los hombros de Cris. Al propio tiempo, él tuvo la inquietante sensación de que si se atrevía a volverse, quedaría con los tacones de sus zapatos de tenis balanceados en forma precaria en el borde mismo de un abismo. Justamente cuando esa desagradable idea comenzaba a invadirle la mente, Cris sintió que la fuerte y tranquilizadora mano de Mensajero le agarraba el brazo. —Ahora comienza a volverte, muy lentamente. Lo que estás a punto de ver es el tiempo y el espacio en un panorama visible. No temas. Como te dije anteriormente una vez, dudo que te vayas a caer. Por varias buenas razones, siendo una

de ellas que ahora ya no había absolutamente nada bajo sus pies, estas palabras le parecieron a Cris mucho menos convincentes que en aquella primera ocasión que las escuchó. Cuando Cris empezó a volverse cautelosamente, estaba seguro de que vería algo que lo trastornaría completamente. Resistió el impulso de taparse los ojos, siendo así que las grandes alturas no eran uno de sus lados fuertes. Lo que Cris y Mensajero vieron, era un inmenso túnel. Los dos estaban como suspendidos en algún punto próximo al centro de ese túnel, y Cris podía distinguir que todo aquello estaba girando lentamente. Mirando hacia abajo, tal como miraría desde un aeroplano, Cris podía ver también que ese túnel verde, parecido a un prado se movía hacia atrás, pasando debajo de él. Al mirar atentamente hacia todas partes, Cris vio miles de escenas históricas desplegadas en la superficie interior de ese inmenso cilindro. Lentamente, empezó a darse cuenta de que estaba viendo todo el drama de la humanidad, exhibido como un vastísimo calidoscopio alrededor de él. —Oh, puedo ver... sí... puedo ver todo. ¡Vaya! ¡Puedo ver el tiempo! La porción del túnel que aún se hallaba delante de él, parecía extenderse más y más hacia el infinito, en tanto que mirando directamente debajo de sí, Cris podía ver, inconfundiblemente, a Jerusalén. Arriba hacia su derecha se encontraba Roma. Más adelante, encima de él, se distinguían ciudades medievales. Hacia su izquierda, a una distancia algo más lejana, se distinguía la gloria que fue Francia. En una lejanía muy remota, se podía distinguir una moderna metrópoli de nuestros días. Más allá de eso Cris no estaba seguro de lo que veía, ya que todo parecía convergir en un punto muy lejano, que quedaba totalmente oscurecido en una resplandeciente luz. Por todas partes, encima y debajo de él, pasaba todo el panorama de la historia. “Una escena viviente, infinita”, musitó. Lo único que impedía que Cris desfalleciera completamente, era el desembriagador pensamiento de que si llegara a desfallecer, podría también caer. —En este momento, en este lugar en que estás ahora, estamos en la coyuntura misma de dos creaciones. Allí, directamente debajo de ti... —dijo Mensajero e hizo una pausa. Cris miró abajo, casi entre sus pies. Sin la menor duda, podía ver claramente el Gólgota. —Allí... allí está aquel lugar maldito... fue allí donde, a los ojos de Dios, todas las cosas de su creación fueron suprimidas. Pero mira, justamente más allá de la cruz. ¿Ves? Una tumba vacía. ¿La ves, Cristiano? —La veo, sí, la veo —gritó Cris, olvidando sus temores en el éxtasis de su descubrimiento. — ¡Fue allí donde comenzó el primer elemento de una nueva creación! — ¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Qué es eso? ¿Qué nueva creación? —preguntó Cris con una voz innecesariamente alta. Mensajero se volvió y miró a Cris, con un aire de incredulidad en su semblante. — ¿Quieres decir que no sabes esto? —replicó Mensajero con tranquila incredulidad. — ¿Es que tu especie nunca conocerá sus riquezas? ¿Tú me preguntas a mí qué nueva creación? Esta nueva creación —dijo, señalando directamente a Cris. — ¡Cristianos, eso es! ¡Los hijos e hijas de Dios, nacidos de la matriz de la tumba vacía, la iglesia... TÚ! — ¿Es que tú no sabes que en su resurrección de los muertos, el Señor te dio a luz como las primicias de una nueva creación? ¡Cristiano, tú eres una nueva creación, creado en El Ungido Jesús Señor nuestro! Al trastrabillar su mente por lo que acababa de ver, y por su propia ignorancia, Cris perdió el equilibrio y se tambaleó. Rápidamente Mensajero extendió la mano y sujetó al joven, al tiempo que, casi simultáneamente, señaló con la otra mano aquel remoto lugar situado en el distante extremo del túnel. Una vez más, Cris hizo un esfuerzo para ver qué era el misterio que estaba oculto tras aquella brillante luz. —Allí, —continuó Mensajero con una voz que contenía un ligero tono de gozo, —allí está el fin de todos los siglos. Y el comienzo del Siglo de todos los Siglos. — ¿Eh? —preguntó abruptamente Cristiano. De nuevo, Mensajero miró a Cristiano con perplejidad. —Estoy hablando de la Consumación de los siglos, del fin de todas las cosas antiguas, del comienzo de un nuevo cielo y una nueva tierra. Mensajero hizo una pausa. Luego, con una voz más suave y más abstraída, dijo: —La nueva creación. ¡Aquello que todos nosotros anhelamos tan ardientemente! —Nada de esta creación sobrevivirá para entrar en esa nueva creación. Nada, excepto, desde luego, aquellas cosas que al presente están en esta creación, pero que no pertenecen a ella. Cris tuvo que hacer un esfuerzo para suprimir otro “¿eh?” y procuró expresar su ignorancia un poco más claramente: — ¿Qué hay en esta creación que no pertenece aquí? Mensajero suspiró y dijo: —Acabo de decírtelo hace un momento. Las primicias de la nueva creación. La iglesia. En vez de componer su confusión, Cris volvió su mirada otra vez a ese resplandor que brillaba tan bellamente allá lejos, al final de los tiempos. —Ven, Cristiano, —dijo Mensajero al atónito

joven. —Ven, vamos a visitar algunos pequeños lugares del tiempo. Habrá poca necesidad de conversar, puesto que se te concederá que comprendas mucho de lo que estás a punto de ver. Cris sintió como que avanzaba hacia adelante y hacia abajo. ¿O era el tiempo el que estaba pasando debajo de ellos? ***En lo personal no tengo dudas en absoluto que la imagen y sustancia de la nueva creación es la iglesia. En esto concuerdo totalmente con el autor. Sin embargo, y teniendo en cuenta mi respeto por el pensamiento de mi prójimo, debo ser fiel y consignar que la única duda que puedo albergar, es a quién o a quienes se les considerará iglesia, y a quien o a quienes simplemente grupo religioso. Esa es la diferencia, y créeme que no es menor.***

Capítulo 41

— ¿Nos encontramos ahora en mi propia época? —preguntó Cristiano al vislumbrar lo que obviamente era un dormitorio de colegio universitario. —No; esta época es la de unos 33 años antes de tu época. Cris se encontraba en una habitación dormitorio de un segundo piso. Delante de él, sentado a una mesa que hacía de escritorio, había un joven. Al verlo, Cris sintió que una extraña sensación lo invadía. Había algo familiar en lo concerniente a ese joven, o al menos algo debía ser familiar con respecto a él — ¡Ese es mi tío Bill! Es mi tío Bill cuando tenía más o menos mi edad. ¡Y éste es el lugar en que él fue salvo! ¡Sí, éste es el día que él nació de nuevo! ¿No es así, Mensajero? ¿No es verdad? Cris estuvo a punto de asir de la mano a Mensajero y sacudirlo para que contestara, pero se detuvo bruscamente cuando Mensajero levantó la mano. —Cris, mira atentamente a tu tío. Es muy importante que lo veas. No; que veas dentro de él. Verás aquellas cosas que son, pero que pertenecen al ámbito invisible. La habitación pareció desvanecerse, y junto con ella desaparecieron la mesa y la silla. Todo lo que Cris podía ver era el joven Bill Young, que tenía la cabeza inclinada y el rostro apoyado en las manos. Lentamente Bill también empezó a desvanecerse, pero al ir desapareciendo, algo distinto comenzó a aparecer... algo dentro de Bill. La escena continuó sin que la imagen de Bill se desvaneciera por completo, y sin que la otra figura pudiera verse con nitidez. —Algo procedente de otro ámbito. — ¿Qué? —Mira cuidadosamente. Cris cambió de posición sintiéndose incómodo. Fuera lo que fuera aquello, Cris tenía cierta sensación intuitiva de que esa cosa estaba muerta. Entonces Mensajero habló otra vez, dirigiéndose a los pensamientos del joven. —No, Cris, no totalmente muerta, pero muerta. Una vez más Cris se oyó a sí mismo exclamar: “¿Eh?”, y deseó terriblemente poder dejar de hacerlo más. —Muerta para el otro ámbito —prosiguió Mensajero. —Muerta para el ámbito de dónde vino. Sí; muerta para el ámbito de su origen. —Lo siento, Mensajero, pero esta vez me has confundido completamente —confesó Cris. —Hace un momento me dijiste que éste era el día que Bill nació de nuevo. Correcto. Este es el día que Bill nació de lo alto; y, si das un paso atrás, verás exactamente lo que eso significa. Cris dio un paso atrás, con los ojos todavía clavados en ese pequeño algo que estaba dentro de lo recóndito de Bill. Fuera lo que fuera, esa cosa hechizaba a Cris. Entonces Mensajero habló de nuevo: —Cristiano, estás a punto de ver la resurrección, no la del cuerpo, sino la del espíritu del hombre, esa porción de su ser que murió en Adán. También estás a punto de ver la participación de la naturaleza divina. Ven, Cris, estamos a punto de visitar el otro ámbito. Veremos “nacer de lo alto”. Cris se aguantó la respiración. Estaba sobrecogido de terror al pensar: “¿Yo? ¿En el otro ámbito? Nunca saldré vivo de esto.” —Nuestra visita será breve. Y tú verás muy poco. Solamente lo que concierne a esta habitación y al joven estudiante llamado Bill, que está a punto de ofrecer su primera oración que jamás hiciera a su Señor, su Dios y su Salvador. A instancia de Mensajero, Cris dio media vuelta. Lo que entonces vio por encima de sí era una puerta. —Esa es aquella puerta respecto de la cual tú estabas tan curioso, joven Cristiano. Al otro lado de esa puerta hay ámbitos invisibles, en los que no existe ni tiempo ni espacio. Solamente lo espiritual. Incluso los lugares celestiales... y ése es nuestro destino. —Advierte que la puerta se encuentra encima de ti, Cristiano. La puerta siempre está arriba, en lo alto. Mensajero tomó la temblorosa mano de Cris. Al instante Cris sintió que se elevaba. Sobrecogido de espanto, cerró los ojos y por un breve momento deploró haber nacido nunca. A continuación, los dos pasaron del ámbito visible al ámbito invisible. ***Coincido contigo: es aparente ficción, aunque hilvana conceptos profundos que llevan a la reflexión a unos y a otros. Ya, eso, es bueno porque retrotrae circunstancias y enmienda errores. Sólo resta un leve detalle: ¿Y si en verdad no fuera ficción? Esa es una duda que te acompañará ahora y el resto del relato.***

Capítulo 42

Cris estaba parado frente a la puerta situada entre los dos ámbitos. Tenía los ojos apretadamente cerrados de terror. Con sus fuertes manos, Mensajero lo mantenía inmovilizado. —Acabamos de pasar por la puerta que une nuestros dos ámbitos, y ahora estás parado en los lugares celestiales. Te he dado vuelta de forma tal que estés encarando tu propio ámbito, no el mío. Cuando abras los ojos, sigue parado exactamente donde te he puesto, o tu vida estará en peligro, porque detrás de ti hay un infinito ámbito de luz, el cual tú no podrías sobrevivir, porque no fuiste creado para ello. A pesar de que estaba casi paralizado de miedo, Cris abrió los ojos abruptamente. Alrededor de él había una inundación de luz. Su único punto de orientación era la puerta abierta que se encontraba directamente delante de él. Para su asombro, a través de ella aún podía ver claramente la figura de un joven estudiante universitario que oraba con la cabeza inclinada. Cris estaba seguro de que su mismísima existencia dependía de su habilidad de enfocar toda su atención en ese estudiante que oraba. Mensajero volvió a hablar: —Observa con mucho cuidado. Escucha atentamente. Cris se estiró hacia adelante. La forma de Bill Young se encontraba directamente delante de él y ligeramente más abajo. Vio que Bill movía levemente la cabeza y entonces lo oyó suspirar: — ¡Señor! Era como si esa palabra perteneciera solamente a los lugares celestiales, porque el sonido de ella llegó sin disminución alguna a través de la puerta. Y al pronunciarla, la distancia que había entre la puerta y Bill Young empezó a acortarse. A Cris le pareció que los lugares celestiales se habían movido hacia Bill. Cris aguantó la respiración una vez más al comprender que algo, algo tremendo estaba aconteciendo detrás de él. Entonces, en forma automática pero necia, Cris se volvió. Una luz inimaginable asaltó sus ojos. Sin embargo, en medio de esa luz, en algún lugar mucho más distante, había una luz aún más potente, y Cris estaba seguro de que en el centro de aquella luz podía distinguir el contorno ¡de un... trono! En el centro mismo de aquel trono se estaba desenvolviendo un drama tremendo. Con un movimiento abrupto Cris se echó atrás; sintió absolutamente en todo su ser como si se estuviera desintegrando. Con una sensación de vértigo, aterrado y cegado, cayó hacia la puerta. En forma rápida Mensajero levantó a Cris, manteniéndole el rostro cuidadosamente apartado de la cegadora luz. —Te lo advertí —se oyó su tranquila voz. —Dime, Cristiano, ¿qué fue lo que viste? Aturdido, Cris desvarió diciendo varias expresiones incoherentes y finalmente dijo: —Era... era como un cometa, un cometa indescriptiblemente brillante... naciendo... o saliendo como una explosión desde el centro de algo, algo más brillante que mil soles. Y... y cuando ese cometa se abalanzó fuera de aquel sol... dejó atrás una cola de luz... una ininterrumpida cola de luz... que seguía uniendo los dos... el cometa seguía unido a ese sol. Con un tono de urgencia en su voz, Mensajero respondió: —Bien dicho. ¡Pero ahora, pronto, la puerta! Estás a punto de ver la regeneración. Estás a punto de ver a un Bill Young de 18 años —nacer de lo alto. Entonces Mensajero se volvió, poniéndose de frente hacia donde se aproximaba aquella luz, y de esa manera su vestigio entero casi desaparecía en aquella gloria reflejada. Mensajero levantó una mano y al hacerlo, cada momento pareció retardarse —exactamente cómo, Cris no lo sabía, pero sí estaba del todo seguro de que era para su propio beneficio. Para entonces prácticamente todo estaba sorbido en la luz, e incluso el contorno de Mensajero había desaparecido. Sólo eran discernibles las figuras de la puerta y de Bill Young, un poco más allá de la misma. ¡Y la puerta! La puerta se estaba moviendo otra vez. Hacia Bill. Y siguió avanzando hasta que pareció meterse directamente dentro de él. Ahora en la mente de Cris se combinaba la confusión con el asombro, y estaba a punto de gritar: “¿Cómo puede ser esto?” Entonces escuchó la voz de Mensajero que venía de algún lugar no lejano hacia la derecha de Cris. —Recuerda, Mortal, que estás en una dimensión en que no hay ni tiempo ni espacio. Aquí nada es grande ni pequeño. Tampoco hay materia física como la que tú conoces. Sí, viste cómo la puerta pasó dentro de Bill. Ahora la entrada o paso entre dos mundos se halla en él. La puerta se encuentra dentro de su espíritu humano. Esto no es nada extraño para los ciudadanos de este ámbito; el espíritu humano es algo que Dios sopló dentro del primer hombre, y que hace mucho tiempo tuvo su origen en este ámbito. En aquel hermoso huerto del remoto pasado, ese espíritu fue puesto dentro del

hombre en el momento de su creación. —Adán, el primer hombre, era un alma. No obstante, recibió un espíritu en lo íntimo de su seno, procedente de esta dimensión. En su desobediencia, ese su espíritu murió; esto es, murió en cuanto a su lugar de origen. En este momento estás a punto de ver la regeneración, o resurrección, de ese espíritu humano dentro de uno de los hijos de Adán. Cris estaba seguro de que, si se atrevía, él podía extender la mano y tocar esa cosa gris, inanimada, que veía justo delante de sí. Podría haber hecho exactamente eso, a no ser que aquella bola de luz que había visto abalanzarse desde el trono, le desviaba la atención. Y estaba seguro de que esa bola de luz venía en dirección de la puerta. Una vez más Cris tuvo que luchar con toda su voluntad para no darse la vuelta, pero ese pensamiento le hizo comprender que, si la misma venía en esa dirección, ¡él se hallaba parado en su camino! Trabajosamente, Cris se movió hacia la izquierda, justo cuando la bola de luz empezó a aparecerse sobre su hombro derecho. — ¡Está viva! —gritó Cris. — ¡Viva! ¡Pura, más allá de toda descripción, pulsante y viviente! Por un breve instante, justo cuando esa bola de luz pasó al lado de él, Cris se vio totalmente sorbido en el resplandor de su brillo. Por un microsegundo, la única cosa de sí mismo que él pudo distinguir definidamente fueron sus ojos; todo lo demás de él quedó momentáneamente sumergido en luz. Lentamente, la esfera de luz viviente pasó junto a Cris y se acercó al borde de esa puerta. Justo antes de llegar a ella, el fulgor delantero de su resplandor pasó a través de la puerta y tocó aquella cosa fría y gris que yacía un poco más allá. De repente, hubo otro estallido de luz. ¡Aquella 'cosa' que estaba dentro de Bill fue despertada! ¡Ahora, aquello también estaba vivo! Directamente delante de los asombrados ojos de Cristiano, el espíritu humano había sido vivificado otra vez, con relación a su ámbito original. Por un breve instante hubo luz emitida desde ambos lados de la puerta. Entonces aquella bola de vida y de luz, que procedía de alguna parte del interior del trono de Dios, se precipitó a través de aquella puerta. Cris sintió un repentino e inesperado temor por la vida de Bill. "Aquello", pensó, "esa luz, esa vida, está entrando ahora dentro de Bill. ¡Tal vez él no pueda sobrevivir con eso dentro de sí!" Pero aquello siguió precipitándose, dejando una larguísima cola de ininterrumpida luz que —Cris tenía la absoluta certeza ahora— llegaba, por todo el camino recorrido, ¡hasta el trono de Dios! "Tal vez", se oyó a sí mismo musitar, "¡tal vez hasta el seno mismo de Dios!" —¿Podrá Bill sobrevivir? —exclamó Cris, sin esperar realmente una respuesta. Entonces ya esa bola de luz viviente se había precipitado a través de la puerta. Acto seguido, aquella puerta, la frontera que separaba los dos ámbitos —todo—, pareció disolverse. Por un muy breve momento Cris no estuvo seguro de lo que había sucedido. ¿Dónde estaba la puerta? ¿Y la frontera? Todo eso se había desvanecido. Al parecer, de algún modo asombroso se habían unido dos ámbitos en el resplandor de aquella ardiente luz. Igualmente parecía que aquella viviente esfera de... lo que fuera... y el espíritu vivificado de Bill Young habían hecho lo mismo: se habían unido. Casi en forma incoherente, Cris se repetía a sí mismo: —Esa luz viviente, esa vida, está en Bill. Entonces recordó algo que últimamente había aprendido de memoria. Un versículo de la Biblia; palabras de Simón Pedro: Porque hemos llegado a ser participantes de la naturaleza divina. Una vez más Cris tuvo la sensación de que su mismísimo ser estaba a punto de disolverse, si algo no cesaba. Sintió que sus rodillas empezaban a doblarse. Cris Young cayó hacia delante en un desmayo total.

Capítulo 43

Fueron el canto de un sinsonte y el olor de césped recién cortado, las dos cosas que primero penetraron el conocimiento de Cris al recobrar el sentido. Pero con ellas no le vino ningún impulso a moverse o siquiera a pensar. Simplemente yacía allí acariciando el césped que sentía debajo de los dedos. Finalmente, cuando algunos pensamientos coherentes lograron ya emerger en su mente, Cris abrió los ojos. Mensajero se encontraba parado directamente enfrente de él. Cris dio la vuelta, pues estaba boca abajo, y se incorporó quedando sentado. Un breve rato después, inclinó la cabeza y dijo en un tono suave: —He visto bastante, Mensajero. Comprendo. Te prometo que no volveré a dudar nunca más mientras viva, y no me quejaré nunca jamás acerca de nada. La voz de Mensajero delataba buen humor cuando respondió: —Tú no comprendes todavía. Dudarás muchas veces. Llenarás los cielos con tus quejas. De hecho, te aconsejo que no

prometas nada. Desde la Caída he observado que a ustedes lo mortales les ha sido muy difícil cumplir aun las más pequeñas promesas. —Ven, Cristiano, tenemos que hacer una breve visita más antes de completar nuestro pequeño peregrinaje. — ¿Te volveré a ver, alguna vez? —preguntó Cristiano con un viso de esperanza en los ojos. —Esa es una decisión que está en otras manos. — ¿A dónde vamos desde aquí? Antes de contestarle, Mensajero le echó a Cris una e esas miradas que son una combinación de perplejidad y de paciencia dolorosamente probada. — ¡Aquí es a donde vamos! —declaró Mensajero señalando el lugar en que se encontraban. Asombrado, Cris se puso en pie de un salto y dio una vuelta completa, al tiempo que exclamaba: — ¡Vaya! ¡Pero si aquélla allí es la gran piscina de natación municipal! Y éste es el parque municipal de mi ciudad natal. Sí, cuando yo era niño solía venir aquí a jugar. —Entonces Cris calló, teniendo todavía bien abiertas y extendidas las piernas y los brazos. — ¡Mensajero, yo me... convertí en este parque! —Lo sé —dijo él con esa serena y desconcertante voz. —En efecto, te recomendaría que mires en esa dirección. Supongo que podrías ver a alguien que conoces muy bien. — ¡No... no puedo creerlo! —gritó Cristiano muy asombrado, al tiempo que asió a Mensajero por los hombros y empezó a sacudirlo muy excitado. — ¡Ese que está allí, soy yo! —dijo gritando. — ¿Me oyes? ¡Ese soy yo! Es que no puedo creerlo. ¡Te digo, ése soy yo! ¡Este es el día que fui salvo! No puedo creerlo. —Cree —dijo Mensajero suavemente. —Después de todo, acabas de decirme que no volverías a dudar nunca. — ¿Puedo hablar con... éste... con él? —Oh, sí, puedes probar si quieres, pero él... tú... no oirás. Además, ¿deseas entrometerte en un momento tan importante? ¡Es el día que adquiriste vida eterna! Cris se volvió y miró al joven que estaba sentado a una rústica mesa de merendar que distaba unos 50 metros de ellos. Volviéndose otra vez hacia Mensajero, todo su porte cambió. Entonces le preguntó, casi desconcertado: —Se supone que mire solamente, ¿no es así? —Sí. Puedes ir a su lado. Allí puedes observar la ocurrencia de tu propia salvación, cuando tuvo lugar en el tiempo y el espacio. De inmediato Cris empezó a recorrer la distancia que había entre él y el joven muchacho sentado a la mesa de merendar, que se hallaba muy absorto leyendo atentamente un libro. Cuando Cris llegó a unos diez metros de él, ya no pudo acercarse ni un paso más. Algo turbado, se volvió hacia Mensajero. Pero éste, que estaba casi a su lado, parecía estar desvaneciéndose. Cris podía ver directamente a través de él. — ¡Estás... estás desapareciendo! —Como tú lo estás, para mí —replicó Mensajero. — ¿Qué quiere decir eso? —Quiere decir que nuestro tiempo de estar juntos está terminando. En breve estaré de nuevo en mi ámbito y tú volverás al tuyo. —Terminaremos nuestra observación aquí. Pero vuélvete ahora y observa cómo tú mismo recibes la vida eterna. —No estoy seguro de que pueda sobrevivir el tener que pasar otra vez por una experiencia como ésa —dijo Cris, vacilante. —Oh, pero no es la misma en absoluto cuando se la contempla desde este ámbito. Ahora observa. ¿Puedes ver dentro de este joven como veías dentro de tu tío? — ¡Sí! —gritó Cris asombrado. — ¡Sí, puedo! Allí está esa cosa fría y gris dentro de él... ¡en mí! ¡Exactamente como estaba en mi tío Bill! Cris hizo una pausa. Entonces su semblante decayó, al tiempo que dijo: —Pero esa cosa no parece ocupar tanto espacio en mí como el que ocupaba en tío Bill. ¡Es mucho más pequeña! Cris dio la vuelta para mirar a Mensajero directamente en el rostro y le preguntó: — ¿Hay algo que está mal en cuanto a mí? ¿Por qué es tan pequeño ese lugar en mí? —Correcto, Cristiano. En realidad, el espíritu humano es muy pequeño, mucho más pequeño de lo que te pareció cuando lo viste dentro de Bill. A decir verdad, no se lo puede ver en absoluto. Recuerda, tu cuerpo tiene peso y tamaño: estatura, profundidad, longitud y anchura. Tu cuerpo es material. Físico. En una palabra, tiene dimensión. Aun tu alma ocupa tiempo y espacio. Pero tu espíritu, bueno, aun cuando constituye parte de tu mismísimo ser, y es totalmente tuyo, con todo, el espíritu pertenece a un ámbito que carece de dimensión. —Para ser exacto, no te puedo decir siquiera que el espíritu humano es pequeño; no es ni pequeño ni grande. Procede de un ámbito donde tales palabras no tienen sentido. Lo que has visto antes y lo que ves ahora, es algo que se te ha permitido ver... pero que pertenece al ámbito de lo invisible y de lo inmensurable. —Pero te voy a decir esto, Cristiano: ¡Puede crecer! Tiene la capacidad de ser agrandado. Pero no comprenderás cabalmente estas cosas en el lapso de tu vida mortal. Ahora vuélvete otra vez. Observa al joven que tenemos delante. Nuestro tiempo de estar juntos se está acabando rápidamente. Aquel joven que estaba sentado frente a esa rústica mesa del parque, dio la vuelta a una página del libro que leía y luego lo cerró. Hubo una pausa, y

entonces el joven empezó a llorar. Entonces Cris dijo impulsivamente: —Ese... ése fue el preciso momento en que entregué mi vida a Jesucristo. Sé que fue ése. ¡Sé que fue ése! En ese momento apareció un pequeño y suave resplandor, bien profundo allá dentro de lo más recóndito del ser del joven que ahora estaba llorando. —Es tan diminuta esa luz, Mensajero; la luz allá adentro es tan diminuta. No como era en Bill, en absoluto. Apenas puedo verla. Inquieto, Cris se volvió hacia Mensajero otra vez. — ¿Qué es lo que está mal? —Nada. Nada en absoluto. Lo que ves delante de ti, Cris, es el mismísimo acontecimiento que tiene lugar en lo recóndito de todos los creyentes. Te aseguro que ésta es la misma tremenda visitación que presenciaste en Bill. —Pero fue tan espectacular la otra vez —dijo Cris con una creciente frustración. —Me siento defraudado. —Siempre es espectacular, Cristiano, cuando se lo ve desde mi ámbito; nosotros los que vivimos allá, contemplamos esta cosa sagrada con temor reverente y con gozo. Cris miró por un largo rato el diminuto resplandor. Su único pensamiento dominante era cuánto de sí mismo había allí que no era esa diminuta partícula de refulgente luz y vida. Entonces Mensajero habló otra vez: —Ahora, mi amigo, tengo que dejarte. Lo que estás viendo es la primera evidencia de El Ungido que mora en el creyente. Conforme transcurran los años, El realizará su obra en ti, lenta pero inexorablemente, desde adentro hacia fuera... tocando, cambiando y reduciendo a Cris Young más y más. Se abrirá camino hacia fuera por cualesquiera y todos los medios posibles, tanto convenientes como inconvenientes, como ya lo has descubierto en el corto tiempo que lo conoces. Y a medida que El lleve a cabo su obra hacia afuera, sin seguir reglas ni métodos predecibles, El ensanchará su lugar dentro de ti. —Ahora, pues, joven cristiano, a medida que Él se abre camino saliendo hacia ti, tú también tienes que efectuar un viaje. Un viaje hacia adentro. Es tu parte, joven cristiano, volver tu alma hacia adentro... hacia Él. —Ha llegado el momento. Tenemos que despedirnos. Por cierto que nos volveremos a encontrar, al menos una vez más, en el Día de días. Pero antes de separarnos, mira una vez más a ese nuevo cristiano. Hoy recibió Vida Eterna... El Ungido de Dios. Sin que lo sepa, ese joven ha quedado unido a otro ámbito. Ha heredado todas las riquezas de los lugares celestiales. Ahora, por la misericordia de Dios, este nuevo cristiano tropezará con esas cosas que habrán de ayudarlo grandemente a aprender cómo empezar su viaje hacia adentro. Entonces Mensajero levantó los brazos y todo lo que estaba delante de Cris comenzó a disolverse. Por una fracción de segundo le pareció ver el final mismo de aquel extraño túnel, dentro del cual había viajado con Mensajero. En aquel distante extremo apareció algo en forma tan rápida, que ni la mente ni la vista podían registrarlo. Qué fue lo que vio... Cris no estaba seguro. ¿Una bella, bellísima muchacha, vestida de blanco? ¿Preciosa más allá de toda descripción, que corría hacia algo o hacia alguien? Esa escena, que él ni siquiera estaba seguro de que en realidad había ocurrido, se desvaneció en una cubierta de negrura. Cris permaneció muy quieto, como había aprendido a quedarse en esos momentos de extraña transición. Una especie de no existencia de tiempo pareció pasar delante de él... más, al parecer, que lo que estaba acostumbrado a experimentar en ocasiones previas. Cris se estaba poniendo ya algo inquieto, cuando vio fulgurar algo en lontananza. Hubo una breve pausa, y luego volvió a ocurrir: un relumbrón de luz azul blanca. Hizo un esfuerzo por recordar dónde había visto anteriormente semejantes cosas. Entonces oyó el retumbo del trueno. Y el sonido de la suave lluvia que golpeaba contra su ventana. ***Fin. Confieso que no soy precisamente admirador de la llamada "ficción cristiana". Quizás es alguna estructura de excesiva sobriedad de mi parte y lo admito como falencia. De todos modos, privando en mí el deseo de aportar a tu vida de creyente y teniendo en cuenta la validez de este autor del cual he leído trabajos muy profundos y equilibrados, decidí compartirlo con la única finalidad de ayudarte a ver una visión diferente, quizás, de tu propia salvación, de tu propia vida de fe y, obviamente, de tus propios sufrimientos en ella. Es mi oración que sí haya sido. Habrá valido la pena.***

137
138

Posted in:Palabra Confirmada,Sin Categoría | | With 0 comments